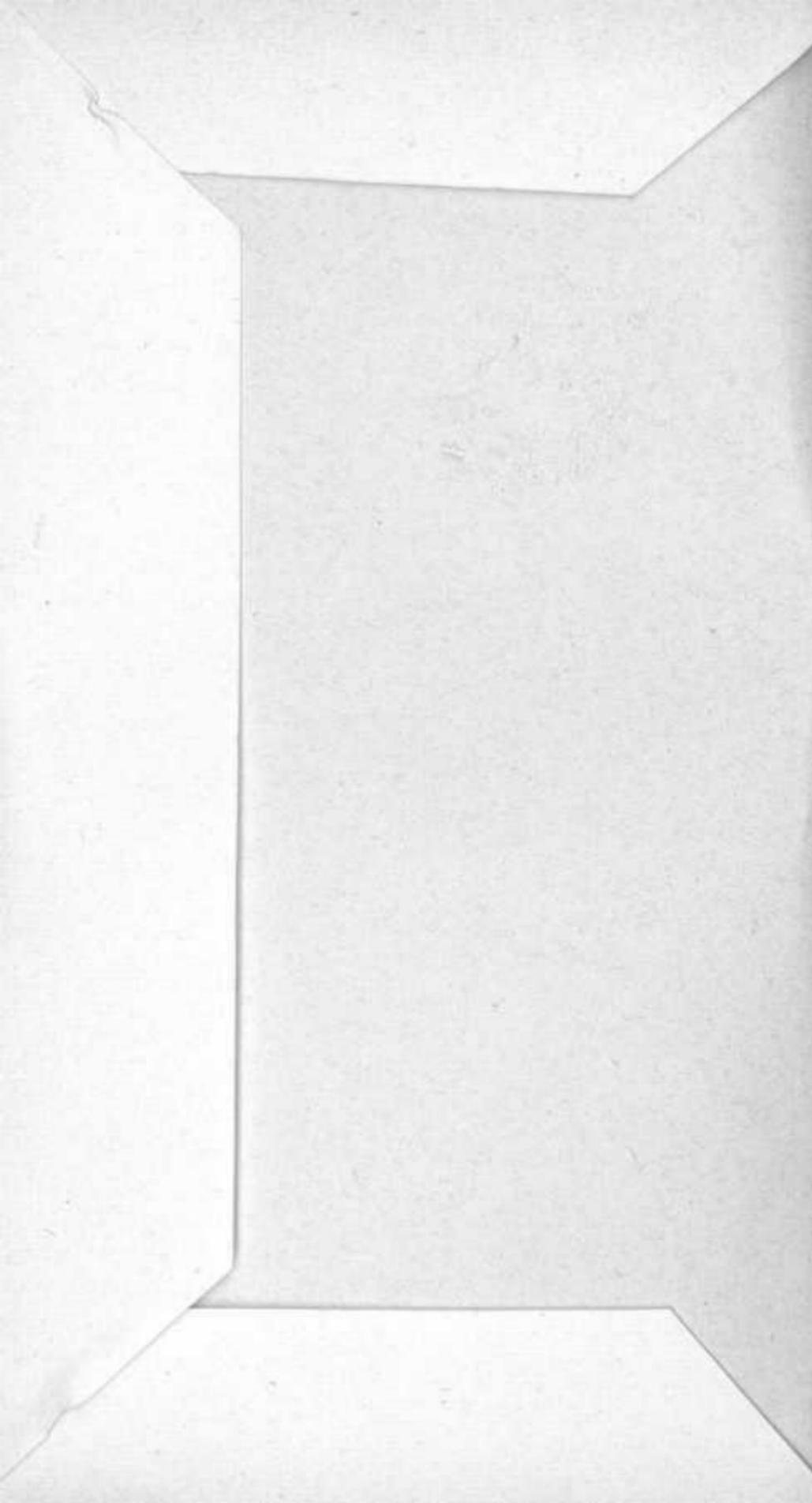


# NOCHES CASTELLANAS

LAS ESCRIBIÓ EL  
SEÑOR DOCTOR  
DON ANGEL DE  
CASTANEDO

LIBRERÍA  
DE  
VICTORIANO SUÁREZ  
PRECIADOS, 48  
MADRID



DG  
C891

# NOCHES CASTELLANAS

LAS ESCRIBIÓ EL  
SEÑOR DOCTOR  
DON ANGEL DE  
CASTANEDO

1913

+ 1265827

R. 162625

PREFACIO



Ni en la ciudad ni en el campo, orillano al mar y vecino al monte, vivía un pensador norteño en un hotelillo modesto de un arrabal bellísimo y campestre, ni tan retirado del mundo que hasta él sus rumores no llegasen, ni tan metido en el mundo que fuesen bastante á turbarle los rumores que llegaran.

Era hombre que pasaba los 25 sin llegar á los 30; laureado doctor y feliz viajero, buen humanista, concienzudo observador; en el habla muy elegante, en las costumbres severo, por desengañado del ánimo y quebrantado del cuerpo.

Pasaba por varón muy versado en costumbres humanas y conocedor discreto de los idiomas del Norte, en cuyas universidades hizo estudios profundos, en armonía con su modo de ser privilegiado.

No estaba su fortuna, ni con mucho, en parangón discreto con su saber ni con su sangre, porque era aquél romano de pura cepa y ésta se la legaron marqueses. Con esto resaltaban más sus grandes cualidades de dignidad y aun sus defectos de orgullo, porque era de aquellos hombres que en la prosperidad se corrompen é inutilizan y los hace la desgracia dignos y grandes; ¡feliz patrimonio de almas elevadas, que por débil desprecian á la dicha y pelean y vencen como buenos, por fuerte á la desventura!

Contribuía á esto no poco el haber sufrido este caballero muchos desengaños y aun malcasos de que es tan pródiga la vida y que él sufrió con aquella sonrisa que jamás debe perder quien comulga en todo primor de gentileza y galantería. Para complemento de desgracias, sufrió males de envidia de los que no se libra ningún bueno y aun

de traición, que es hija contrahecha de la envidia y el deshonor.

Así que desengañado del mundo y despreciando á la gloria por ver quienes la dan y la quitan, gustaba del reposo, silencio y oscuridad como de un manjar de dioses á los seres abyectos prohibido.

Muchos eran los amigos muertos que en su despacho le consolaban y enriquecían; pero tenía además una corta y peregrina tertulia de fieles amigos vivientes que le visitaban al caer de la tarde para gozar sus razones, deleitarse con sus palabras, placerse con sus conceptos, aprender sus sentencias, gustar sus donaires, paladear sus bellezas, saborear sus elegancias, penetrar sus sutilezas, averiguar sus enigmas, contagiarse de su ideal, abrasarse en su fuego, apropiarse su pensar y seguir sus pasos.

Por acaecer en Castilla, de cuya naturaleza aprendieron y se nutrían

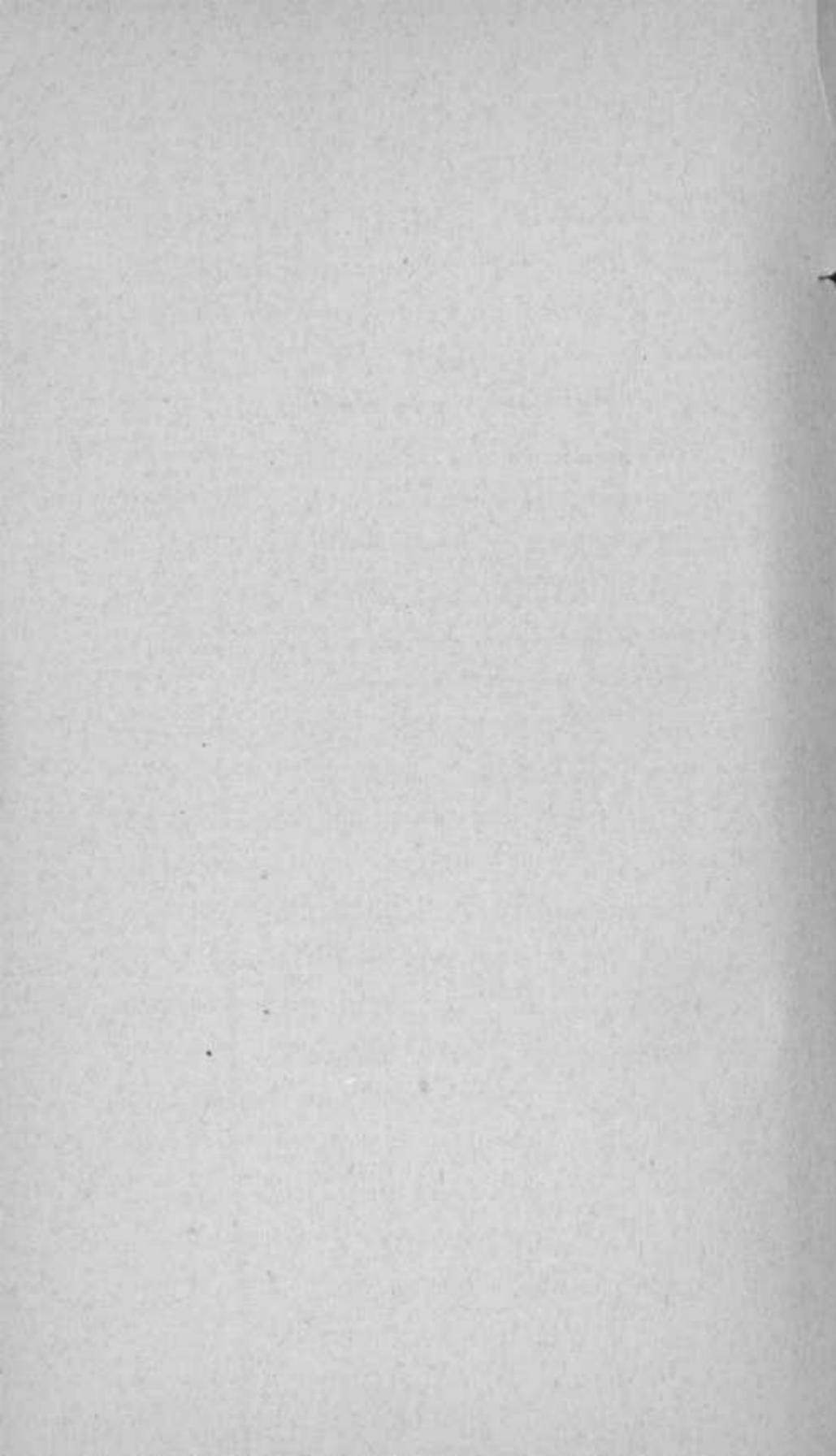
todos, eran los visitantes caballeros de prendas discretísimas, virtudes cristianas y clásica educación, con lo que dicho está que en la tertulia no lograban cabida copleros amatorísimos, prosistas sicalípticos, sonetistas de Jueves Santo, ni poetas premiados en juegos florales.

Todas las noches solía disertar el joven, desengañado y enfermo caballero sobre alguna materia razonable, bien filosofando acerca de ella con oportunas razones, bien narrando un cuento ó novelilla que manifestase su pensar con diáfana amenidad.

Y lo hacía con tal discreción y decir tan placentero que para que muchos disfruten el holgamiento que consiguieron pocos, se publica el razonar de estas catorce noches, con las sentencias que las siguen, que no son sino una muestra de lo que en otras muchas acontece.

Yo creo que serán bastantes á

un sabroso deleite literario y provechosas para un buen pensamiento moral; cada lágrima de doncella que por ellas se vierta, cada noble hecho de varón que á su calor germine, serán para el autor mayor recompensa que todas las riquezas que desdeña, que toda la gloria que no ambiciona y que cuantos vanos honores hacen abrirse en amplio gesto de sonrisa su larga boca de patricio romano.



NOCHE PRIMERA

---

**SOBRE EL HAMBRE, EL AMOR, LA AMISTAD  
Y OTRAS NECESIDADES HUMANAS**



Garbeaba el caer de una tarde de otoño sus últimas luces al sol y hallábase la tierra poblada de fantasmas, henchida de silencio la atmósfera, el horizonte descolorido y confuso, en forma que sin mostrar sus bellezas hacía que se adivinasen; los caminos en reposo, el mar en calma, sosegado el aire y discreto, de modo que todo convidaba á la meditación y al estudio de tal manera que la paz de la tierra llevaba á pensar en el placer del cielo, y la hermosura del cielo impelía á sentir las grandezas y miserias de la tierra.

En esta buenaventura y bienandanza estábamos todos á solas con el universo cuando interpretando el común sentir con voces mejores si cabe que la Naturaleza misma, habló el buen caballero y nos dijo: Por vida mia, señores y amigos, que estaba mi ánimo necesitado de los placeres que hoy disfruta y que, á no mandarnos la clemencia del cielo esta puesta de sol y este silencio, es positivo que enfermara. Y que igual acontece á v. v. m. m. harto me lo dijeron vuestro mutismo y vuestros rostros porque ví claro que bebísteis en esta fuente de belleza y por pensar que ya no habéis sed, quiero que lo

dejéis no se convierta la necesidad sentida en hartura grosera y la espiritual satisfacción en carnalísimo amodorramiento. Porque en esto de las necesidades nos mentimos aun á nosotros y fácilmente proclamamos por tales á las cosas supérfluas y aun á los vicios, cuando no trocamos en vicios y en cosas supérfluas, las que en principio y equidad son necesarias, funesto engaño que engendra dos mil males y doble número de injusticias. Asi vemos que el sibarita llama necesidad á los manjares exóticos, como si el estómago necesitase rarezas; el lujuriente apellida necesidades á los más bajos, reprobados y prohibidos placeres; el que odia, á la venganza; el avariento á las ajenas lágrimas y al oro extraño y la señora de Luperulus á los azotes, por lo que dijo el satírico:

*Sterilis moriuntur et illis*

*Turgida non prodest condita pycido Lyde:*

*Nec prodest agili palmas proebere Luperco.*

Esto de la necesidad á todos miente, á todos perjudica. El enfermo, moribundo casi, cree imprescindible asistir al banquete; un frio extraño paraliza sus miembros; la copa escapa y se desliza entre sus dedos trémulos, rodando al suelo donde se quiebra con fúnebre ruido; la vianda huye por entre sus cárdenos lábios en vomitona inmunda. Lue-

go, la trompeta funeral suena, flamean las hachas y el joven ricamente vestido y adobado con preciosas esencias, extiende hacia el pórtico los piés rígidos y aguarda á que los esclavos emancipados ayer, con la cabeza cubierta le conduzcan á la hoguera.

Así se cumple lo que dijo Persio:

Hinc tuba candelae; tandemque beatulus alto  
Compositus lecto, crassisque lutatus amonis  
In port am rigidos calces extendit: at illum  
Hesterni, capite induto, subiere Quirites.

Mirad que sólo lo necesario es útil y que en ello se encuentra la conveniencia y acomodo. Así en lo material y bajo de la vida como en lo más noble y levantado de ella los excesos y prolijidades son los que traen el desengaño y la ruina. Porque es gracioso ver quejarse de hambre al que desprecia el pan y los alimentos sencillos, de sed al que abomina del agua; de traición amorosa al que soñó bajos placeres, que huyen con la salud de quien los cultiva, y de falta de cariño y consecuencia al que se sirvió de sus amigos para marchar á la crápula, los conoció en la venta común, intimó con ellos en torno á la baraja y dió malamente el nombre de amistad á lo que era compadrazgo y quizás cuadrilla.

Porque yo sé que es necesidad del cuerpo la bebida y el alimento y que sin amistad

y amor se marchita el ánimo; pero nunca me hicieron traición el amigo virtuoso ni la mujer honrada, ni se quebrantó mi salud cuando al final del modesto yantar elevé mis gracias al cielo. Porque hay una necesidad que es mayor que todas y á todas las abraza y comprende, y ésta es el bien que es la belleza ó la belleza que es el bien. San Dionisio Areopagita, de la pristina iglesia y muy sábio, dice por ello: «Que todo cuanto existe procede de lo bueno y lo hermoso y está en lo bueno y hermoso y á lo bueno y hermoso se dirige. Y todas las cosas que son hechas por lo bueno y hermoso son hechas y á lo bueno y hermoso se dirigen y todas las cosas miran á ello y por ello son movidas y ordenadas» (los Nombres Divinos. X)

Pero hay quien se enamora de la mujer que le mostró las piernas, entornando los ojos, ó de aquella otra sucia y descocada que hizo ante él con feísimo impudor varios gestos de simia. Y hay quien toma por amigo al señorito bravucón, desleído é ignorante que le hizo socio de sus vicios y cómplice de sus groserías y le creyó elegante por vestirse y desnudarse varias veces al día, como los animales inferiores que cambian con frecuencia de pelo. Y á estos no se los crea nunca elegantes porque la elegan-

cia es residuo de la belleza y de la belleza constituye el saber principalísima parte. No se objete tampoco que hay hombres y mujeres muy hermosos, que son ignorantes y aun brutales, porque esos de tal condición tienen la hermosura como cosa prestada y no siendo completos no son bellos como flores sin aroma ó frutos sin sabor. Eso bien lo saben ellos, y la dan de razonadores y sabios, no siendo lo peor oírles disertar, que de puro disparatada lo hacen peregrinamente y se llena la boca de risa y el alma de piedad, pues como dice Cicerón, más mísero es el que carga con el peso de un crimen que el que padece la maldad ajena.

Pero miren v. v. m. m. cuán bajo caímos desde aquellos tiempos gloriosos del Cortesano y qué se ha hecho de aquellos sabios caballeros y de aquellos caballeros sabios.

Que no solo los elegantes han de sufrir la sátira que merecen sino también y en mayor grado aquellos demócratillas de pega, hinchados de vanísimo orgullo, ayunos en toda disciplina seria, teniendo la suciedad por distinción, como si el talento fuera grasa que se fundiese sobre los cerdos y la polémica veneno para emponzoñar los diarios ó revistas en que escriben. Es que con tanto periodista talentado y con tanto periódico mútuo y con tantísimo goce y tan

poca seriedad, la vida interior ha muerto y solo se ocupan las gentes de lo que digan sobre ellas los otros y ellos de si no quieren decir nada y por la opinión olvidan la conciencia

«Dejándose la señora descompuesta.»

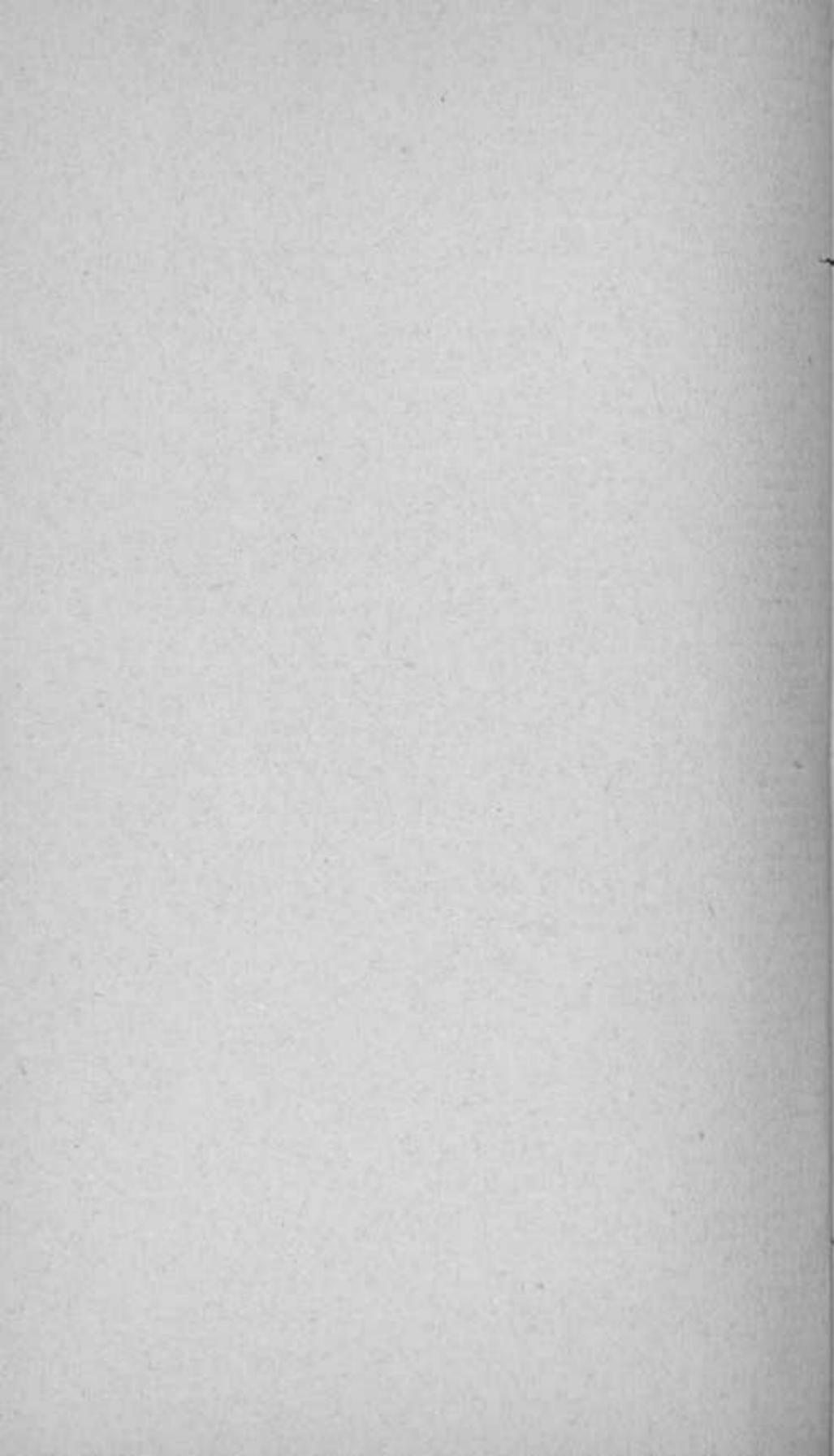
Vivamos cada cual nuestra vida y el planeta Tierra la suya y Júpiter y Saturno la que les asignó el cielo y de la verdad de todas nacerá la del universo, que imitar á los demás es traicionarse á sí mismo: En lo malo porque es crimen y en lo bueno porque nunca será tan útil la inspiración de la conciencia ajena como el dictado de la propia, y de todas cuida Dios.

Calló el joven doctor dichas estas palabras, con mucho agrado y en tono natural, y corriente como de quien habla cosas sabidas y se limita á repetir lo que van pensando otros, que no se sabe si los oyentes se las hacen decir con los ojos ó si él lee en los ojos de los oyentes sin su voluntad. Respondióle un silencio augusto, voz de almas y lenguaje de meditantes y habiéndose hundido en el mar el sol cumplidor de su vida y destino, un rayo de luna vino á bañar el rostro del caballero inundando de paz sus grandes ojeras de enfermo deshauciado, en que sonreía la muerte.

NOCHE SEGUNDA

---

SOBRE LA TOLERANCIA Y EL RESPETO NECESARIO  
QUE MERECEAN TODOS LOS QUE CREEN



Harto se deja conocer que el autor de estas noches comulga en la verdad y como él muchos de los que concurrían á la tertulia sintieron en sus ojos la llamarada que deslumbró los de Saulo y apartándose de la vanidad creían en la sabiduría. Muy afligidos estaban todos un viernes de Noviembre por los desacatos y colisiones que la intolerancia á la sazón engendraba y abominando de ellos y condenándolos, el caballero dijo:

No se me alcanza, señores, que haya gente racional que pueda ser intolerante. Porque no hay cualidad que resplandezca como la tolerancia ni que dé mayores frutos, Ella es caridad, sabiduría, nobleza y arrogancia en una sola virtud. El tolerante es generoso porque admite una idea que cree inferior á la suya junto á la que él estima por de mejor condición y más elevada; es arrogante porque deja á su enemigo en libertad de herir seguro de la victoria final; es valiente porque no encadena los brazos del contrario, antes le permite combatir con iguales armas; es magnánimo porque pone su condición de hombre sobre su amor de

creyente y es, en fin, cristiano porque á Cristo solo la intolerancia le mató. No hablo yo por mí, que me he visto por tantos desdeñado, ni me importa nada que me calumnien y combatan, pues más de lo que Dios ordene no ha de ser y á otra gloria mundana no aspiro yo que al olvido, tras conocer el mundo y los hombres; pero espantáos de tantos males como la intolerancia causa, cuantos huérfanos hace, cuantas doncellas viola, que de reputaciones pierde y cuantos fenecen á sus manos. Si la felicidad está en el bien es ser intolerante ser desdichado. Mucha parte tiene en ello la ignorancia y por probarlo contaré una novelita en que con menor esfuerzo y más amenidad se vea, rogándoos no esculquéis en ella herejía ni sectarismo, antes amor á la verdad de Cristo y al prestigio de la Iglesia.

## LA DECISIÓN DE D. PABLO



El Marqués de Vega-Seca, hombre sesudo, varón preclaro y Grande de España por obra de sus abuelos, de su padre y de una bailarina del Real, deseando emplear cual le corresponde la inmensa fortuna que heredó de sus mayores y desconfiando modes-

tamente de la gran inteligencia que le cupo en suerte, reunió en su salón de Madrid cierta tarde de invierno, que era además de cuaresma festividad de San Adriano, con objeto de pedirles consejo, otorgarles protección, inspirarles interés y legarles gloria á las siguientes personas, según sus títulos, según sus merecimientos, según sus edades, según sus naciones:

Primero.—El Duque de Selva-Humbria con tres títulos y cinco cruces, sin contar la que Dios Nuestro Señor le cargó en la persona de su mujer, que tiene tres lustros menos y dos amantes más que su marido. Sesenta años.

Segundo.—El Marqués del Real-Sopapo, hombre de gran nobleza y muchas deudas, grueso de cuerpo, menudo de espíritu, gran galanteador de damas: Cuarenta años.

Tercero.—El Marqués de Monte-Duro, sujeto de grandes prendas é inteligencia despejada, mucho título, poco dinero, de profesión casado: Cuarenta años.

Cuarto.—El Conde de Casa-Vacia, escritor y propietario, más propietario que escritor y sin otras deudas que saldar, que las contraídas con la lengua y con los autores nacionales, extranjeros, conocidos é ignorados. De la Academia Española. Setenta años.

Quinto.—El Conde de Lugarejo: Mayordomo de todo el año.

Sexto.—El Vizconde de los Hoyos, descendiente de los antiguos Hoyos del tiempo de Quevedo y Felipe IV.

Séptimo.—El Barón del Cuerno-Negro, título muy decaído aunque glorioso en la historia: divorciado de su mujer.

A todos estos señores acompañaban sus Secretarios, de los que la infame plebe que toleran por desdicha con tales privilegios los desastrosos Gobiernos que padecemos, se ha permitido decir que son autores de cuantos trabajos hacen, emprenden, impulsan ó engrandecen estos varones insignes, desde ajustar las cuentas al cochero á defender en el Senado los intereses sacratísimos de nuestra Santa Nobleza. Pero en honor de la verdad debe el cronista confesar que los dichos Secretarios son simplemente Doctores en Filosofía, Ciencias ó Derecho, que no hacen sino acompañar con el respeto y pleitesía que su gran categoría requiere á los citados egregios varones, á quienes Dios Nuestro Señor quiso colocar tan alto en la ya de suyo elevada pirámide de estos Reinos.

Y haciendo aquí un gran paréntesis aunque seguro de ofender su gran modestia y excesiva humildad quiere el dichoso redac-

tor de tales páginas narrador de hechos tan grandes, evocar junto á los nombres de estos insignes Grandes de España, los de Char-sena, Sethar, Admatha, Tharsis, Mares, Marsana y Mamucan, los siete sabios que aconsejaron á Assuero la repudiación de Vasthi la reina orgullosa que perdió por ellos ciento veintisiete provincias.

Octavo.—El Obispo de Polvieja, hombre de Dios y por tanto de todas las cosas, varon de mucha Santidad y no escasa elocuencia.

Noveno.—El Padre Juan Verrischiaga, teólogo vascongado, pensador luengo, espíritu sagaz, hombre muy docto.

Décimo.—El Padre Angel Querubini, Columna y voz del arte y ciencia italianas, portalón de la elocuencia y Guarda-Jurado de las conveniencias sociales.

Once.—Los Duques de Saltonia y Pie-Fuerte (de Amadeo) y los de Santa Marina, Fernández-Harina y Gómez-Garbanzo. (Pontificios.)

Doce.—Marqueses de Negra Brata y Mina-Rica (de Amadeo) y de Gómez-Gil y Justo Pérez. (Pontificios.)

Trece.—Condes de Usurpa-Conventos y Compra-Bien (de Amadeo) y Lopez-Jimenez, González-La Cuadra y Pellón. (Pontificios.)

Catorce.—Doce señoras de las cuales unas estrenan trajes, otras abrigos, otras sombreros y otras sombreros, abrigos y trajes.

Quince.—Doce Diplomáticos que vienen á cumplir su augusta misión de siempre: Entretener á las damas y bailar con ellas.

Y el Marqués de Vega-Seca, después de haber oído el parecer de estas personas y tomado té y pasteles con todas ellas, á excepción hecha del Padre Verrichiaga, que tomó chocolate con mojicón, retiróse á deliberar con los siete Secretarios de los siete Grandes de España en medio de la general ansiedad, temor y estupefacción de la docta asamblea.

Por espacio de una hora estuvieron reunidos los siete Doctores bajo la presidencia de aquel archidotor de la sangre y al Cabo de ella el Espíritu de Dios descendió sobre sus cabezas y los iluminó de forma que aparecieron victoriosos y triunfantes llevando el más anciano de ellos en las arrugadas manos un trozo de rico pergamino sellado con las gloriosas armas del Marqués, mi Señor, que si hoy no son Reales lo fueron en no lejano tiempo y volverán á serlo cualquier dia con la ayuda de Dios y de nuestras Leyes.

Alzóse en todo el salón, ó mejor dicho en todos los salones, al ver aparecer esta grave

y majestuosa comisión, y la llamo majestuosa en atención á aquel que la presida, un sordo y trepidante rumor que semejante al de muchos rios que se desbordan, ponía pavor á los ánimos y disecaba los espíritus; vino luego un augusto y solemne silencio que solo interrumpían los labios aristocráticos acariciando con suave zumbido la porcelana de Sevres ó las cucharillas de plata chocando armoniosamente contra el cristal de Baccarrat. Todos comprendían la inmensa importancia de aquel augusto momento, y aprovechándose del general temor é inquietud reinante, el Marqués, mi Señor, que siempre gusta de despreciar los peligros y reservar para sí los puestos más dañosos y terribles, arrebató con hermoso ademán, de manos del viejo Secretario el pergamino que aquél indignamente conducía y dió lectura al siguiente documento en que no se sabe qué admirar más, si la galanura del lenguaje, la concisión y elegancia del estilo ó las profundas ideas que, cual perlas engarzadas de diamantes, se albergan medrosicas y pudibundas entre tropos, sinecdosques, metonimias, perífrasis y atenuaciones.

Hé aquí el texto admirable de este precioso pergamino que ha venido á aumentar la ya colosal fortuna del Marqués, mi Señor, pues

es indudable que dentro de pocos años se disputarán los archivos el tal pergamino y tal vez algún rico norteamericano ofrezca por él cantidad bastante y suficiente á hacernos olvidar para siempre la pérdida de nuestras pequeñas colonias.

Dice así el documento:

«Abrió hace un mes un concurso con objeto de premiar las mejores plumas que condujeran como faros luminosos las almas al otro mundo por medio de la novela.

Once autores han concurrido á este pelenque, ninguno de ellos flojo ni cobarde y diez han sido premiados por mi cajero. Sus trabajos se imprimirán formando una biblioteca que llamaremos nacional y que espero será del agrado de cuantos la lean.

La onцена novela, si bien no desmerece en estilo de las anteriores, está redactada en tal forma que nos llena de perplejidad y confusión, pues mientras por una parte su autor parece alabar á Dios y creer en su Providencia, emplea por otra con personas respetables frases poco respetuosas y casi insultantes conceptos. Y como yo deseo aparecer ante los ojos del Supremo Juez libre de toda injusticia (Dios nos libre de los pesos del alma) quiero leeros la novelita de que es autor un firmado A. de C., para que vosotros me ayudéis con vuestro claro juicio

á discernir si se trata de una obra amiga ó adversaria de nuestra Religión Santa.»

Sacó el Marqués, acabadas estas elocuentes palabras, del bolsillo de su levita un viejo y averiado cuaderno y así leyó con la sonora voz que hace más retumbante su puro acento y el perfecto conocimiento de la prosodia castellana:

## LA DECISIÓN DE D. PABLO

---

Novela corta, por A. de C.

---

«En una aldea de España, cuyo nombre puede ser el de cualquiera de ellas, no há mucho tiempo que vivía un maestrillo de los de panza en astillero, escuela irreparable, ama jamona y sobrino guapetón. Para imitar á Dios en algo, que tratar de hacerlo en todo fuera necia presunción y gravísimo pecado, descansaba toda la semana en memoria del séptimo día en que Nuestro Señor reposó y lamentaba profundamente que solo tuviese aquella siete días, siendo así tan pequeña la diferencia de descanso entre el Supremo Hacedor y él. De Job procuraba tomar las riquezas mas no la paciencia, que

es virtud de grandes Santos y para ser algo bíblico tenía en su casa corta representación del Arca de Noé; pero aprovechable y bien mantenida. No queriendo compararse á los Mártires que se freían en el aceite, freía el aceite en él y tales digestiones hacía al mezclarle en su cocina que no era poca ni uniforme, que en ocasiones no era prudente hallarse cerca de él.

Llamábase este varon D. Pablo del Pejugar, y era hijo de una rancia y aldeana familia de labradores con más escudos en la portalada que en la bolsa y más calderas en los escudos que en el hogar,

El era abundoso de carnes, largo de miembros y lengua y corto de meollo. Tenía la color de santo de cuadro viejo y las facciones de estatua por terminar ó de escultura comida del tiempo y maltratada de los hombres. Más tenía de aldeano que de viejo, porque como decía él para hacer gala de sus profundos conocimientos geográficos no contaba sino diez años bisiestos.

Sus conocimientos en latín lindaban al Sur con el nominativo de la tercera declinación, pues por demasiado fáciles no aprendió las dos primeras y al Norte con las oraciones de relativo, materia que juzgo siempre muy relativa. El ama y el sobrino con quienes vivía le reputaban por señor y le

tenían como maestro en lo poco que podía y quería enseñarles.

Por hallarse soltero y ser las noches largas, dió nuestro pedagogo en la peor manía en que puede dar hombre alguno; y fué que siendo tan lego y poco experimentado en la más elemental disciplina, metióse á dogmatizar en materias religiosas y con un criterio más estrecho, si cabe, que sus luces, no paraba en todo el día de lanzar excomuniones. Era el ama lejana pariente del sobrino y del pedagogo. El sobrino contaba veinte años; ella hubiese podido contar el doble; pero en tales no sabía sumar sino hasta treinta y dos. Tenía el sobrino tan garboso y varonil el cuerpo como ignorante el ánima y parecía apocado sin serlo. Grande, esbelto, moreno de color, negro y vivo de ojos, amarillo de orejas, mal vestido y peor calzado, formaban sus trajes y su cuerpo feo conjunto; pero á quien supiese desnudarlo *in mente* le parecería un mozo de perlas, porque lo era y las valía. El ama tosca, gruesa, cetrina y achaparrada, como yegua montañesa, no fué nunca bonita y poco tiempo apetitosa. Su mirada tenía menos fuego que la cocina de un pastor inglés en domingo y su frente más arrugas que cuerpo de mártir en capilla aldeana; bien es verdad que las manos de puro cortas, calludas

y negras parecían pezuñas y que los pies á menudo descalzos y andarines semejaban garras de buitre; pero como tenía los senos inflados como globos de los que sirven á los niños de recreo y los labios igual que hocico de cerdo, no era dable fijarse en las narices que remedaban trompa cercenada de cautivo elefante. Tal era la familia de nuestro maestro, orador más rudo que atildado que así discutía de guerra como de paz y antes empuñaba la escopeta que las disciplinas ó el cilicio. Hombre honrado por lo demás y tan poco pulido como había menester el pueblo que espiritualmente regía, el cual era rico á fuerza de ser pobre, ya que allí no se conocían más necesidades que las que hicieron nacer al sobrino del domine. Cuando venía la noche reuníanse en la taberna los conspicuos del lugar y hablaban de problemas intrincados con menos verbosidad pero con igual ingenio que aquel Licenciado servicial á todos y al Rey servicioso, que propuso en una venta del diez y siete siglo ante arrieros y estudiantes, desecar con esponjas el mar de Flandes para acabar la guerra de Amberes. Había en el pueblo plaza y bailes en ella, que terminaban en los trigales primero y en la iglesia después; existía alcalde que hacía política, y concejales que aumentaban su fortuna

menguando la del Concejo lo que aminoraba el pecado. Era esta vida, sino regalona cómoda y sosegada, ya que el sosiego comodidad es y no pequeña.

Estando en esta paz y bienandanza de pocos deseos, sucedió que un día oyéronse en el pueblo cornetines y atambores y desembocaron en él hasta dos compañías de can-sinos y polvorientos soldados, produciendo tanta alegría con su llegada que muchos creyeron fugaz como tristeza con su permanencia que juzgaron eterna no pocos, porque venían alojados donde no sobraban alojamientos. Trocóse la curiosidad en despecho y en quejas las canciones. Salieron á las puertas humildes, desgredadas comadres y el grito pusieron en el cielo y aún sobre el cielo contra quienes no sólo les llevaban de casa los hijos propios sino que les metían en ella los agenos. Acudió al ruido de los clamores, para ver de ponerles fin si le tuvieren, nuestro maestro D. Pablo, que estaba á la sazón fuera del mundo, no por gracia de la meditación, sino por obra de una siesta. ¡Y aquí sí que creció el tumulto! ¡Cómo cobraron al ver al Pastor vigor las ovejas y cómo les crecieron á los carneros los cuernos!!

D. Pablo vióse al poco tiempo rodeado de su rebaño y de los lobos que á él acudían,

pidiéndole justicia y demandándole consejo y tras de leer y oír los partes y razones que el Capitán traía y le dió, habló así poniendo á todos silencio con una voz tal, que aun no callándose le oyeran sin oírse:

—¿Qué es esto hermanos míos? ¿Por qué os inquieta y acongoja la llegada de quienes defienden nuestros hogares y educan á nuestros hijos? Pues qué, ¿son moros ó judíos los que vienen á partir nuestro lecho sin tocar vuestro pan ni vuestro trigo? ¿Hay acaso alguno de ellos que sea francés, ni aun que le sepa hablar siquiera? ¡Voto á tal!! que más de una moza ha de quedar contenta de este acontecimiento venturoso y que se han de dar por esta noche más absoluciones y cobrar más bautizos de lo que vosotros deseáis y podéis desear.

Aquíétense todos, no grite nadie, baile el que quiera y diviértase el que pueda como sepa y le dejen.

Esta alocución y alguna promesa de castigos y augurios de recompensas fué más que sobrada para que todo terminara y acabase en un punto, y así se repartieron los alojamientos y los alojados como convenía al servicio del Rey Nuestro Señor.

Marcháronse en pintorescas tunas de redomados tunos los soldados á los diversos aposentos y cuadras que se les destinaban y

procuraron cumplir las instrucciones de D. Pablo, que eran las de su instinto y muy gratas.

A casa de D. Pablo vino á parar un Capitán, cucharón de origen militar y de modesto origen civil, que había llegado á tal puesto (al de Capitán) por solo el valor de su brazo y la piedad de las ajenas balas, que era suerte valerosa y valor afortunado. En verdad que es poco lógico y nada conveniente despreciar á estos cucharones que en cosa tan bárbara y miserable como la guerra es, llegan á algo de la nada y por su esfuerzo. Entiendo yo que de creer innecesarios á los ejércitos, está en su lugar abominar de los cucharones, pero de reverenciarlos y acatarlos como hoy es preciso dada la maldad y ambición de las naciones que nó á los derechos sino á los ejércitos respetan, ¿á qué viene rebajar al hombre esforzado que jugó su vida y ganó la de otros sin más interés que el de su Patria? Los cucharones son, pues, los más guerreros de cuantos en los ejércitos sirven.

Dejemos, no obstante, tales digresiones y ocupémonos de este campeón á casa de D. Pablo venido. Tenía el tal campeón más larga la talla que la vista, por lo que gastaba lentes de observatorio, menos carne que concupiscencia, más pestañas que na-

rices, menores los ojos que las cejas y una boca y unos dientes que nunca al mirarlos dejó de temblar hostelero. Mucho bigote, mal peinado y peor atusado, voz bronca, hablar campanudo, sentencioso y pretencioso; así era el Capitán y D. Vicente Gutiérrez se llamaba.

Alojóle D. Pablo en el granero cerca del ama por creerle á la vez inofensivo y receloso, y como le preguntasen á qué hora deseaba cenar, respondió que para tales menesteres eran todas buenas y mala ninguna, con lo que el maestrillo apuntó la de las ocho, que era la establecida en la casa y al hijo de Marte le pareció de perillas, si bien dijo que habían de servirle ocho platos, uno por cada hora, en todo lo cual se convino fácilmente, como era de esperar dado el carácter augusto de las dos milicias contratantes.

Fuése el Capitán á la plaza, tras librarse del polvo y lavarse la cara, á ver bailar á las mozas; bajó el ama al corral para ejecutar varias aves; salieron el maestro y el sobrino á pasear por el campo, y á las siete y media estaba confeccionado el siguiente Menú que copio y transcribo:

Sopa de ajo  
Gallina asada  
Pollo asado

Chuletas de cerdo  
Guisantes con patatas  
Lechuga

Arroz con leche, dulce de membrillo,  
Vino de la Nava, tinto y blanco.

Cada comensal de los cuatro tenía enfrente ocho platos de blanca y fina loza, dos copas de cristal y otras tantas botellas, una de blanco y otra de tinto vino.

Cuando el Capitán volvió, traído por su cortesía y llevado por su estómago, á la docente mansión, sentáronle en el lugar de preferencia y tras un *benedicite* de los breves, dió principio la cena y comienzo el fin de los manjares con la mayor alegría y más sana cordialidad con que nunca soldados y pedagogos han comido y bebido desde el feliz comienzo de la cultura en el mundo.

Hallábanse al sentarse, y aun después de sentados y antes de bebidos, el maestro perplejo, el ama temerosa, el sobrino atónito, espectante el Capitán y todos hambrientos y secos; pero luego que mataron con los manjares el hambre, con el vino la sed y el miedo y la cortesía con los eruptos de toda condición y procedencia, soltáronse las lenguas á decir, más y más torpes que antes; dieron en reir las bocas y en hablar los ojos y la madre dicha que es confianza si hay mu-

chos, hizo á cada cual feliz con los dichos de cada uno.

Narró el maestro sus triunfos *némine discrepante* obtenidos, aunque de nadie los recibió ni los conoció ninguno; hizo desfilar el ama sus cortejos en lista interminable, por más que nadie la pretendió de joven sin lograrla y no llegaban á tres los que la lograron; el sobrino habló de sus hazañas en el corro y en la bolera y el Capitán, imponiéndose á todos por la voz y el gesto, se expresó en estos conceptos que por ser suyos valen mucho y nada perdieran si yo no los copiase:

¡Benditos los que siembran odio entre los hombres, que es amor para las mujeres y mantienen en el orbe terráqueo esta pléyade gloriosa de uniformados héroes tan prontos á la muerte como á la vida, sedientos de la sangre del macho y de la de la hembra codiciosos! Oh y ¿qué sería sin los permanentes ejércitos, de esta vida y de esta sociedad, donde todos se trajean lo mismo, visten igual y calzan de idéntico modo? ¿Qué aspecto presentarían las calles lacias y terrosas sin la guerrera del husar, el calzón del infante y el casco del jinete? En lugar y vez de los magníficos sueños que hoy disfrutan, ¡cuán pobres fantasmas turbarían de noche la velada imaginación de las castas don-

cellas, si sobre los retorcidos bigotes no hubiese un ros ni un sable al costado del galán que las desvela!

¡Pues qué! el macho que fuerte nació, ¿no ha de ejercitar su fuerza? Y la mujer que débil es, y busca protección, ¿ha de limitarse á yacer con estantiguas sensibles, mientras tengamos nosotros miembros fuertes, corazón fuerte, y benigna fortaleza para cuantas damas nos otorguen su amor?

Los ejércitos permanentes, señores, salvan la sociedad y la poesía porque son quienes atraen á la mujer preferentemente. Vengan y díganme qué harían las mujeres si nosotros no tuviéramos uniformes, ni cuarteles, ni paradas, revistas ó batallas para enamorarlas y enardecellas. Pues acaso cuando un oficial en buen amor y compañía de otros muchos cuenta y narra las conquistas que hizo ó mejor las dichas que engendró, ¿no vale más que todos esos poetillas de trastienda, roedores de biblioteca que tendrán luego que romperse la cabeza averiguando cómo y con quien engendramos nosotros? Y si ellos cantan al amor y nosotros le practicamos y es cierto el dicho aquel de que vá gran distancia de la palabra á la acción, ¿quiénes somos más dignos y mejores? Quítenme allá todas las filosofías, donde estalle un polvorín ó brille una bayoneta: ríanse de

todos los derechos donde un entorchado apunte ó le alumbre una antorcha y vosotras, María, Juana, Federica, Diega, Eugenia y tantas otras víctimas de mi triunfante amor, atestigüad con vuestras lágrimas y con la vergüenza de vuestros maridos, las que casadas fuísteis, la indiscutible superioridad que la milicia tiene, ha tenido y tendrá sobre todas las cosas de este mundo.

Dijo el Capitán desgreñado y convulso como gato en encerrona, temblorosa la voz y la color subida y aquí el ama, el sobrino y el dueño de la casa fueron á felicitarle por su felicidad y buena ventura, y aun se atrevió el maestro á rogarle les narrase algunos de los muchos triunfos que en materia de amor decía y parecía haber obtenido.

No deseaba nada mejor el belicoso esqueleto y rompiendo á hablar y á beber hizo tan bien ambas cosas que causando en él el vino sus naturales efectos, produjo su palabra en quienes le oían los que las cantáridas causar suelen.

De modo que con los ojos salidos de las órbitas, dilatadas las narices, y congestionados los rostros más parecía la salita del pedagogo reunión de ninfas y faunos ó conjuro de incubos y súcubos, que tranquila velada en casa de maestro cristiano. Y como nadie sosegaba y andaban los piés del

Capitán buscando los que el ama no escondía, parecióle á D. Pablo más que prudente levantar una reunión que juzgaba peligrosa y dando á sus convidados las buenas noches y á Dios las gracias por la bondad de que disfrutaban, dispuso que fueran todos á acostarse y cada cual bujía en mano, partió en busca del reposo á su lecho y aposento. Pero si todos se acostaron ninguno durmió porque á todos desvelaban diversas causas.

Andaba D. Pablo muy turbado por haber recibido cartas de otro loco pedante de su casta previniéndole é interesándole contra cierto mal sujeto que recorría la provincia repartiendo gratuitamente nada menos que folletos en que se contradecían sus estupendas afirmaciones, y se sostenía ser la bien entendida tolerancia muy grande virtud.

«Ya pasaron nuestros tiempos, decía el tal fanático, y ese miserable que en otros siglos estaría tostado, á estas horas, recorre libremente nuestras católicas aldeas sembrando el veneno de su ponzoñosa doctrina.» La pintura de tal mónstruo apocalíptico, traía, pues, á D. Pablo en muy grande zozobra y desasosiego.

El sobrino del maestro, ignorante de muchas cosas que el Capitán en su charla descubrióle, había vislumbrado tanto (porque ya dije que era naturalmente despierto,) que

hallábase como el ciego que de pronto alcanza la luz, viéndolo todo, sin comprender nada y tan absorto de ver lo que vé, que discernirlo no sabe. Parecíale la vida que hasta allí llevó más de bestia que de hombre y aún acusaba al destino de haberle traído para no vivir á la vida.

Pensaba el Capitán, no obstante su fealdad, en el ama, y el ama ansiaba al Capitán á pesar de sus años y figura.

Estando en esta calentura de malas pasiones y deseos sintió comezón el Capitán de ir á holgarse con el ama, y como lo sintió lo hizo, saliendo de su cuarto en paños menores, y caminando á tientas por el pasillo, tan alto, huesudo, velloso y mal encarado, que como si nadie le vió acertára á verle alguno, quedárase la casa escuela con leyenda de fantasmas.

Acertó con el cuarto del ama el héroe que nos ocupa y entró en él procurando no hacer ruido y caminando á tientas; pero sintióle con todo el ama y no sabiendo quien era comenzó á pedir favor y como el Capitán se echara sobre la cama y fuera esta chillona, porque de puro vieja no sabía guardar secretos, tal clamor alzaron los tres que se oyó en toda la casa y en otras se oyera si las hubiese vecinas. Sintió, pues, el famoso estruendo nuestro buen D. Pablo y

tomándolo como presagio cierto y seguro indicio de lo que acontecía, subió prestamente á la buhardilla deseoso de evitar lo que temía si á tiempo llegaba, de interrumpirlo en otro caso y de tomar en ambos ejemplar y sangrienta venganza; pero marchando como iba cegado de cólera y con menos razón y discernimiento del poco que le era habitual, subió y entró tan desatinado, que no tuvo el Capitán, que dejando al ama le aguardaba ya á pie firme, sino descargarle en la cabeza, con un tablón de la escandalosa y parlera cama arrancado, tal golpe, que á repetido, solo resucitando hubiese podido el maestro acusar á su matador.

No le repitió el Capitán por causa bien ajena á su voluntad y fué que llegando el sobrino en auxilio de su tío y acudiendo el ama en socorro de su señor abrazaron los dos al Capitán y dieron con él en tierra donde comenzó la más encarnizada lucha de puntapiés, pescozones, mordiscos y arañazos que jamás el militar presenció en sus muchas campañas. Dificil es aventurar si hubiera podido el héroe narrar esta última acción, á no haber sonado en la puerta discretos golpes de llamada, que poniendo á todos pavor, hiciéronles dejar la lucha creídos de que la justicia llegaba.

Alzáronse todos del suelo y tras de levan-

tar á D. Pablo y colocarle sobre la cama, determinóse que el Capitán, como persona de más autoridad y respeto, fuese el encargado de bajar al zaguán á contener el ímpetu de los esbirros ó la dureza justa de los guardias civiles.

Descendió el Capitán, mientras se lavaba el ama y se vendaba el sobrino, y grande fué su asombro al hallar, no una docena de esbirros ni aun una pareja de guardias, sino á un viejecillo decrepito y majestuoso en su excesiva debilidad, con las señales del cansancio en el cuerpo y el fuego de la fe en los ojos.

No traía más armas que un modesto libro bajo el brazo y al ver al Capitán herido y sanguinolento, preguntóle olvidándose de sí, qué le acaecía y si en algo podía servirle. Inmutóse el militar, que si venía dispuesto á combatir no había pensado en razonar é invitó al anciano á subir la escalera, para que por sí mismo viese y oyese lo que pasado había.

Admirado quedó el huésped al enterarse de todo, pero no tuvo palabras de censura para nadie teniéndolas de piedad y de perdón para todos y afrentando con ellas al Capitán, ante sí más que ante ninguno. Ocupóse luego con sosiego y paciencia, en socorrer á D. Pablo y lo hizo tan bien, que

á las pocas horas disfrutaba aquél de un grato y tranquilo sueño. De imitarle trataron los demás y preparando el ama un lecho y aposento al pacificador recién venido, se retiraron todos, sin preguntarle quien era, que no podía ser malo quien tales cosas hacía.

Digo, pues, que durmieron todos y al amanecer del siguiente día despertóles una grata diana con que á la Patria consagraban el vivir sus más esforzados hijos.

Todos sintieron á sus sonos el ansia de ver el sol y al comedor bajaron, donde humeante y sabroso desayuno, por orden de D. Pablo y obra del ama les aguardaba ya. Viéndose vendados y heridos á todos les ocurrió reír y gruñir á nadie, de donde coligieron con buen sentido que no esperaban ya rencores y que serían las cicatrices más duraderas que los odios fueron.

Tras almorzar en buena paz y compañía, ocurriósele, como de razón, á D. Pablo, dar las gracias al pacificador huésped y preguntarle quien era y qué pensaba hacer en el pueblo, por si había menester su ayuda en algo.

Respondió el otro, con mucha compostura y gran modestia, que las gracias á Dios se debían solamente y que él era el repartidor de los folletos que anunciaba el compinche de D. Pablo.

Aquí todos se admiraron y el maestro no se desmayó, porque un terremoto no le haría temblar sino con la tierra que pisase.

Animóse por ello á preguntarle cómo siendo hereje hacía tan buenas obras y el anciano respondió que él no se tenía por tal hereje, sino por hijo amante y obediente de la Iglesia. Dijo y explicó cómo sus teorías eran del todo católicas y cristianas, porque no puede serlo quien persigue á otro y él sólo traía ideas de amor y de tolerancia; añadió que sus ansias de reforma, que él creía antes necesaria que conveniente, se referían tan solo á ciertos aspectos de discutible y reformable disciplina y nunca al santo Dogma que respetaba y á la autoridad de la Iglesia á la que estaba en todo sumiso; que á todo hombre se ha de socorrer como hermano, llámese como quiera con tal que esto haga y que la salvación se consigue imitando á Cristo en sus obras y practicando sus dichos. Con esto todos estaban eletos y no acertaban á responderle palabra.

Sonó entonces una corneta y aquí el sobrino hincándose de rodillas pidió permiso para salir del pueblo con los soldados, sentando plaza de tal, si su tío y el Capitán querían y ambos dijeron que sí, porque siendo discretos mal podían mirar con malos ojos profesión que hoy es por desdicha ne-

cesaria y fué siempre honrosa, máxime cuando el Capitán juró que le pagaría los estudios y haría pronto del honrado mozo un valeroso y digno oficial. Con esto, porque quede algo en misterio, que siempre poesía es, diré que el Capitán y el sobrino se fueron con el batallón, el anciano se marchó con su fé y el maestro D. Pablo quedó con la suya que era honrada, firme y sincera, pero de allí en adelante jura y perjura que no son los modernistas (y cuéntese que no cuentan los que condenó el Pontífice) lo que el vulgo cree y lo que no es vulgo le hace creer.

.....

Acabóse aquí la novela, si tal nombre merece este engendro y las voces de protesta que contra ella se alzaron dieron á conocer bien á las claras que nos hallábamós en la mansión de un Grande de la España legendaria.

Dominó, no obstante, con una llamarada de sus ojos, el Franciscano Padre Verri-chiaga aquel generoso tumulto y así dijo:

· En verdad que esta novelilla no es herética ni perniciosa; pues no puede negarse que su autor es muy fervoroso creyente y buen cristiano. Sé además que este autor A. de C., á quien conozco, es muy amigo y admirador de nuestra Orden, pues siendo

como dije cristiano, no puede aborrecer á nadie.»

«Así es la verdad, replicó Angel Querubini, pero de todos modos buena lástima es que no gaste las aptitudes que parece tener ese letrado en mejores empresas y ocupándose más de la literatura que siente, se ocupe menos de religiones que es materia en que muy poco se le alcanza.»

A pesar de esto, tras breve deliberación, acordóse rechazar la obra de A. de C. y darla por herética y descomulgada, y al són de un piadosísimo vals de Straus, pasaron los egregios varones é ínclitas damas que la reunión formaban, á gustar los honestos placeres del baile, de lo que yo, como Secretario, doy fé.

Me parece muy bien esa novela, dijo uno de los oyentes á nuestro buen caballero, porque en ella se critica con gran donaire y precisión á los legos que dogmatizan y á todos aquellos que hacen de la religión juguete y así se sirven de ella para tomar un té como para cantar una ópera y por si fuese poco, no hacen caso de lo que manda la Iglesia, cuando no la desobedecen abiertamente,

Así es como vos lo decís, respondió el doctor. Pero con ser ello tan gran verdad y

con hablarse en mi obra de la buena tolerancia y no hacerse mención de la política, ni de ningún partido político, no han de faltar quienes me pidan coraza y aun otros más sutiles que puestos á interpretar lo que dije descifren mi esoterismo y me hagan decir lo que nunca pensé. Dejad empero, amigos, que esos tales disparaten descifrando por procedimientos teúrgicos; y aun que se venguen de mí, si saben y pueden con el arte de la goecia.

Había en esto anochecido y como todos tuvieron los ojos puestos por más devoción, en el rostro del que hablaba, al levantarlos al cielo, hallaron que ya la luna tendía sus blancos rayos sobre la paz de la tierra y que las innumerables estrellas, como muchas y bien avenidas hermanas hermo-seaban el firmamento con orden tan admirable y tan bella proporción y armonía, que iba la mente de ellas á Dios y ante reposo tan sagrado y tan magnífica distribución y concierto, no era dable pensar sino en eterno amor y divina calma y fuera evocar luchas ó rencores blasfemia inaudita contra el Creador y grosera injuria á lo creado. Así todos estábamos en oración de bienaventuranza y en el paraiso nos creyéramos, si un llanto consolador, tributo del cuerpo al espíritu, no nos humedeciese los ojos.



NOCHE TERCERA

—

**SOBRE LA DESGRACIA**



Tratamos una noche de la desgracia, y el doctor nos dijo que fuera de aquella primitiva y culpable que nos hace peregrinos y errantes en este desierto del mundo, todas las otras son de poca monta si las sabemos referir á aquella y las llevamos con bien. Y nos lo explicó de este modo: Somos tan vanos y valemos tan poco, que á las tinieblas llamamos claridad y á hechos venturosos y profícuos en bienes, apellidamos desgracias. Esto viene de escasa reflexión, egoismo y dureza de ánimo.

Habiendo yo, en un día de mucha tristeza, buscado consuelo con Publio Syro, que es de mis amigos entre los mejores de Roma, halléme al poco rato de la conversación muy turbado é inquieto, por parecerme que se contradecían estas dos frases suyas:

«Te considero desgraciado, si no lo fuíste nunca. Feliz el que muere antes de haber invocado la muerte.»

Pero luego que hube mirado en ello con más calma, hízose en mi mente consoladora claridad y ví con holganza cómo Syro no estaba en pugna consigo, porque él quiso

decir que no vivió quien no soportó la desgracia y que no la soportó quien se inclinó ante ella, rindiéndole vasallaje.

Dice Aulo Gelio en el capítulo XX, libro décimoséptimo de sus *Noches Aticas*, «que un acto considerado en sí mismo no es vergonzoso ni honesto.»

De las desgracias puede decirse igual; lo son ó no, según las recibamos. El pusilánime en todo ve daños y siniestros; el hombre honrado que vive con su conciencia, de ella aprende, y, levantando el ánimo sobre los males de la vida, así se distancia de ellos que acaba por no notarlos.

Debemos llamar desgracias á las que Dios nos ordena y éstas llevarlas con tal coraje que antes las exhibamos como honor que las toleremos como afrenta. Porque si un general coloca á sus soldados en sitio de gran peligro bien cierto es que los honra y ennoblece, y esto de las desgracias suele ser peligro grande y los desgraciados son, por tanto, gente honrada y ennoblecida por Dios. Eso, pues, quería decir mi amigo Syro cuando escribió que es desgraciado quien no padeció desgracia, porque viene á ser un rancho en el ejército de la vida y su situación muy humillante cuando trate de competir con tantos gloriosos capitanes como por ahí pelean.

Y luego dijo que es feliz quien no invocó la muerte, lo cual es igualmente cierto; por que quien á la muerte llama deserta de su puesto de combate, cede el lugar al enemigo y toda la grandeza de que le invistieron truécase en deshonor que eligió. Aguárdese á la muerte sin miedo; llegará para todos á su hora, y sólo quien no la invocó ni la temió, quien se limitó á esperarla, hallará grato el fin de la espera.

Respecto al dolor, que es hijo de la desgracia, yo diré que no existe caballero más cumplido, ni mejor educador, ni maestro tan avisado, ni consejero tan discreto. No necesito nutrir mi afirmación con citas romanas, porque en un pueblo tan vanal como el francés, cantó al dolor no hace mucho el juerguista sensiblero Musset, que por lo visto gustaba de vez en cuando el placer de lo bueno:

Rien nous rend si grands qu'une douleur profonde  
la douleur est la chose la plus sublime du monde

En este peregrino mundo debe haber muchos desgraciados, á juzgar por las caras tan avinagradas que se notan; bueno sería, con todo, preguntar á sus dueños qué les ocurre: si un mal á ellos ó una fortuna á otro.

Pues es de advertir que así como yo alabé á los que sufren desgracia por voluntad del

cielo y la llevan bien, no hallo palabras para vituperar á quienes el Hado hace felices y ellos, por maldad de alma y dureza de corazón, se tornan desdichados. Estos son los envidiosos, los lujuriantes, los que desprecian á los filósofos y los que no creen en los dioses. Los envidiosos no gozan de hora tranquila ni tienen minuto seguro. Un canto de alegría les turba el ánimo, un rostro feliz les hace infelices. Cuando no ven el bien ageno le fingen ó le agrandan en su imaginación perversa para darse el sádico tormento de envidiar. Ni hay mal que ellos no deseen ni daño que no inventen para torturar al feliz. Dos envidiosos que trabajaban en la sombra vieron á un hidrópico que descansaba al sol.—¡Qué bien reposa ese miserable!—suspiró uno.—Aguarda—dijo el otro—; quizás con el calor le comience á hervir el agua.

Hay envidiosos del poder, de la salud, de la fortuna, del talento y hasta de la hermosura (1). En castellano al envidioso que escribe se le llama crítico.

Lo mismo que los siervos de la envidia

---

(1) Oscar Wilde, en una de sus cónicas y floridas novelas, explica así el poder de la hermosura: «Vous avez une figure adorablement belle, monsieur Gray... Vous l'avez, ne vous fâchez point. Et la beauté est une des formes du Génie, la plus haute même, car elle n'a pas besoin d'être ex-

son desdichados los lujuriantes, porque para ellos no hay reposo. Dante nególes un lugar determinado en su infierno y los hace recorrerlos todos; presa de una aspiración torturante é insaciable, vagan errantes y ansiosos, impelidos por el viento.

Y nótese que digo lujuriantes y no lujuriosos, porque lujuriente es el que practica la lujuria y lujurioso el que la siente; los lujuriantes caen en un lodazal de inmundicias, donde se van hundiendo poco á poco, como puercos que son; los lujuriosos truecan en floridos prados la inmundicia que los rodea. Lujuriosos fueron, desde que existe el mundo, todos los hombres grandes; lo fueron los santos que abrasaban y destruían su carne con el fuego del espíritu; lo fué aquel gran señor romano, que compraba en el mercado las más bellas esclavas y, tras contemplarlas desnudas y á solas, las daba libertad exclamando: — ¡Me he vencido!

El verdadero amor, el digno de tal nombre puede sentirle un lujurioso y ser grande

---

pliquée; c'est un des faits absolus du monde comme le soleil, le printemps ou le reflet dans les eaux sombres de cette coquille d'argent que nous appelons la lune; c'est une souveraineté, elle fait des princes de ces que la possèdent. Vous souriez? ¡Ah, vous ne sourirez pas, quand vous ne l'aurez plus!» (Le portrait de Dorian Gray. T. I., Paris, Savine.)

con él: un lujuriente no se le explicará jamás.

El lujuriente pasa su vida esclavo de un villano deseo, ardiendo en una sed que no se sacia, corriendo de torpeza en torpeza. Su inteligencia se atrofia, su razón se oscurece, pierde el buen gusto, si algo tuvo, y se convierte pronto en un animalejo de lupanar. En nuestra sociedad española se dan los lujurientes á docenas, y de ahí lo grosero del lenguaje (sobre esto del lenguaje volveré otro día, porque merece la pena), la infamia de la vida, la tertulia diaria en las casas inmundas.

Es costumbre citar á Roma como un centro de infames placeres y á Petronio como la personificación de los mismos. Eso lo dicen los eruditos que conocen la gran ciudad por la lectura del *Quo vadis*. En Roma, entre todos los vicios que la gangrenaban, florecía un plantel de gentes honradas, cuya moral severa hubiesen querido para sí muchos de los que después han reinado y mandado en Europa.

Petronio mismo, en su criterio pagano, sólo adoraba en la lujuria lo que tiene de arte pecaminoso y de perverso ideal y de vivir en nuestros tiempos jamás hubiese pisado el café concierto ni frecuentado el lugar de deshonra. En el *Satyricón* nos refiere el árbitro, con vivos colores, el hondo disgusto

que la sola vista de un lupanar le produjo. Paseábase, á fuer de observador, por un barrio crapuloso de Roma, y habiéndose extraviado en cierta callejuela, preguntó á una viejecilla que vendía legumbres:—Dime, buena madre, ¿no puedes indicarme en dónde vivo?

Agradecida á la cortesía de un tono á que no está acostumbrada, la vieja se levanta prestamente:—¿No he de saberlo?—responde—. Y guiándole hasta una casuca de siniestra apariencia, levanta en la puerta una sucísima cortina y dice á Petronio, mostrándole el interior, con repugnante sonrisa:—Aquí es donde te conviene vivir (*hic, inquit, debes habitare*). Petronio tiende la vista por aquella sala infecta, y al descubrir lo que describe, y de lo cual hago honor á mis lectores, cúbrese la cabeza con la toga y huye avergonzado hasta el extremo opuesto de aquel sitio; *ad alteram partem*, dice en su texto el elegante romano. El lujuriente, esclavo de quien desea, lo es también de sí mismo y el más vil entre los desgraciados.

Vienen en tercer lugar de desgracia los que desprecian á los filósofos, que son los que aman los placeres mentidos, los honores falsos y las dignidades mendosas.

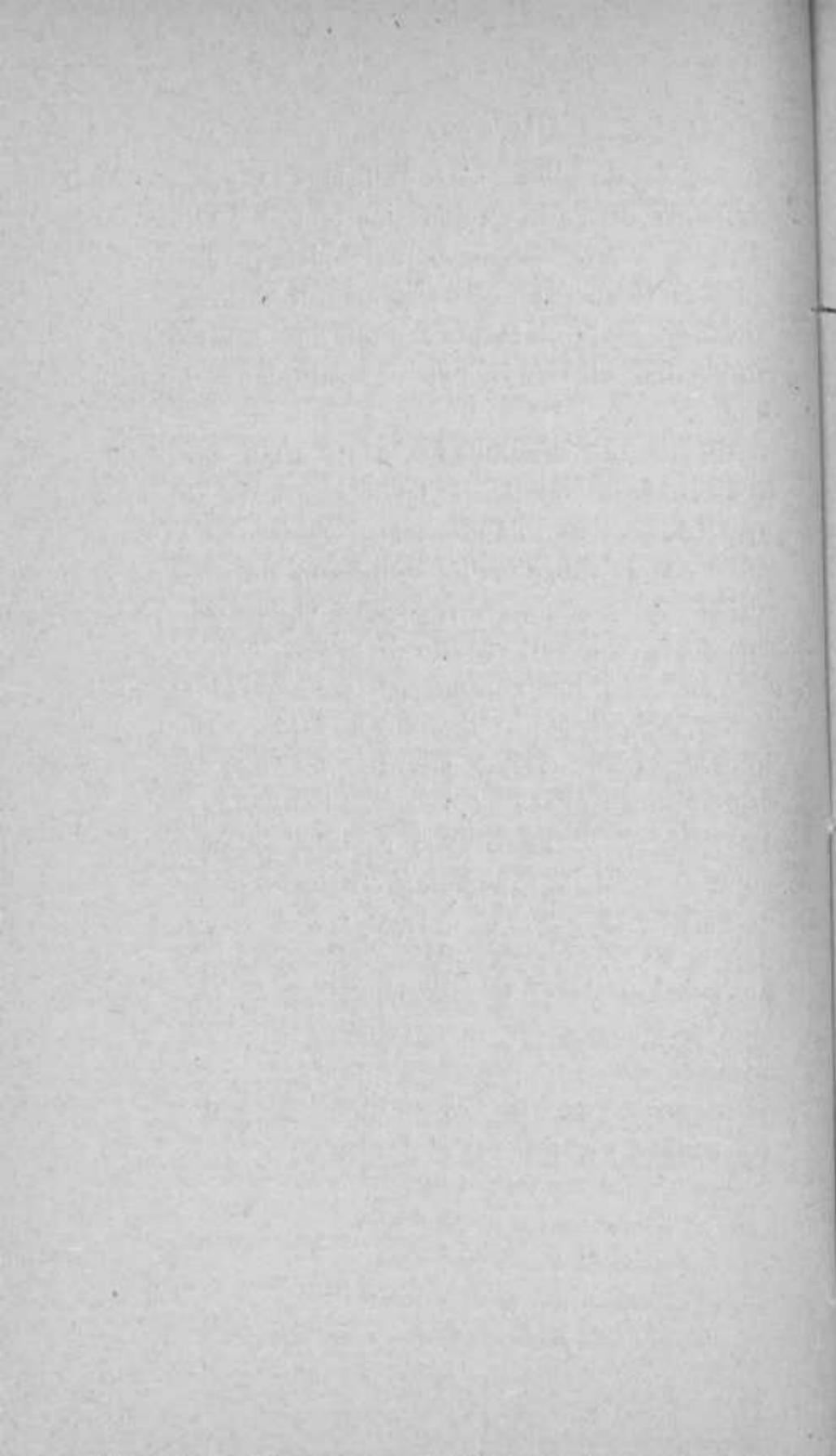
Hombres he visto llorar porque otro tan

vil como ellos no les quiso dar permiso para colgarse un cintajo al pecho y salir adornados como buey en día de feria. Hace poco, por cuestión de una cruz, hubo un duelo, ¡un simulacro de muerte, disputándose el signo del que ordenó no matar!. Quién gime por no asistir á una orgía, otro porque no tiene automóvil, el de más allá porque el que conduce es de 40 caballos y él le desea de 100. Y en tanto, apartada la sociedad de los sanos principios, el honrado perece de hambre, está en la obscuridad el sabio, las doncellas honestas mueren en la virginidad y en el silencio. Los que no creen en los dioses son los indiferentes, los perversos, los egoístas, todos los que no tienen un ideal ó no profesan una religión. Estos andan por el mar de la vida como buque sin timón, corren en todas direcciones sin llegar jamás á parte alguna de provecho, sufren la fuerza de todos los vientos y la impetuosidad de las más débiles ondas. ¿Dónde han de volver en la calamidad los ojos, si es negro cuanto les rodea y fuera de ellos no tiene realidad el mundo? En el amor no creen porque le llaman placer grosero y están vedados los placeres de tal índole al enfermo y al débil. ¿Recurrirán á la amistad? Nunca tuvieron amigo que no les aprovechase, ni nunca les amó quien no obtuvo

provecho de ellos. ¿A la religión? ¿A cuál, si dicen que están vacíos los cielos? ¿A la filosofía y á la satisfacción del deber cumplido? No conocen otro sistema que el de satisfacerse ampliamente, y al no lograrlo no tienen idea de apoyo ni sentimiento de honor.

¡Oh, cuán desdichados son y cuán verdaderamente infelices! Toda la fuerza de que blasonaban cuando sanos, poderosos y jóvenes, es ahora baldón de ignominia y los deshonor más, como envilecen y ridiculizan los harapos de un vestido de púrpura.

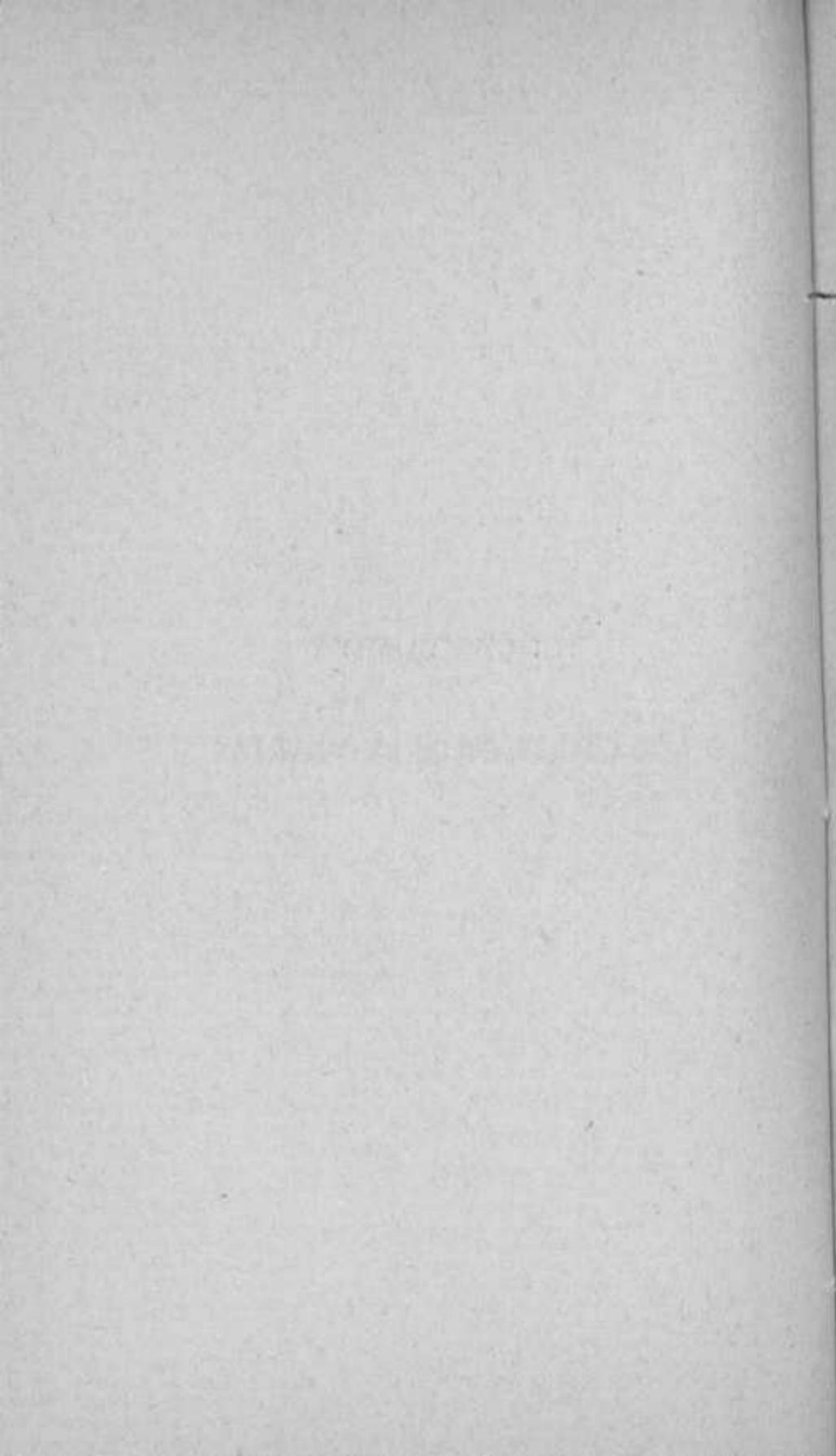
Esos son los verdaderos desgraciados; nosotros, no. No lo seremos mientras haya un cielo con estrellas, mientras un rayo del Sol que nuestro Padre enciende, venga á decirnos al amanecer que es hora de marchar al combate, que tenemos nuestro puesto en la liza y que nos premiarán si triunfamos. Y á esos pobrecillos que desertan de la felicidad y buscan con sus bajezas la desdicha, mirémosles con compasión; pero sin olvidar que la compasión es hija ilegítima de la piedad y que ésta, en un momento de locura, la engendró con el desprecio.



NOCHE CUARTA



DE CUANTO PUEDE LA VOLUNTAD



Dijo nuestro amigo al comenzar esta noche: Uno de aquellos refranes con que la experiencia castellana enseñó y asombró al mundo, dice que no riñen dos cuando no quiere uno. Esto ocurre en todo, es aplicable á cada caso y destruye esas complicidades forzosas que hoy fingen, los débiles, los descuidados y los perversos. Así lo confirmará esta historia, cierta en muchas partes y en todas natural y verosímil.

## NOCHE DIABÓLICA

---

Cuando llegué á las plantas pedregosas de aquella colina singularísima donde se alza el castillo de Almagro, eché pie, ó mejor dicho piés á tierra, porque salté de la silla al suelo, negándome el apoyo del estribo y entregué al espolique las riendas de mi mula, con la satisfacción del que ahuyenta un maleficio.

—Hasta mañana, Mateo.

—Pero vá á subir solo don Fernando?

—Sí.

—¿Sin que nadie le guie?

—Conozco el camino de memoria; con Isabelita le andaba de mozo y jugaba en él con los niños á la gallina ciega.

El viejo aldeano abrió la bondad de sus gruesos labios y corrió por ellos el relámpago de una sonrisa. —Ya le recuerdo; mozo era que buenas prendas prometía; travieso saltaba por los setos como un diablillo montaraz, igual que un duende.

—Ahora soy un diablo viejo.

—No diga eso, don Fernando. Joven es y de arranques; bien á la vista salta. De diablo nada tiene tampoco, ya ví que se santiaguó al pasar frente á la iglesia,

—No te fíes y hasta mañana.

—¿Pero es de veras que vá á subir solo á la casona?

No le respondí y eché cuenta arriba, silbando una tonada del pais, que me susurraban al oído los árboles, testigos de mi infancia.

Mateo insistió todavía con rústica y amante hombría de bien.

—Mire que es largo el sendero y angosto y está oscura la noche: mire que plantaron setos en el cagigal de doña Ana; mire que el señorito Carlos estuvo armando antier trampas de lobo. Luego se perdieron en el silencio grato de la noche negra el metálico son de sus zapatos herrados y el pastoso so-

nido que alzaban los cascotes de la mula, que jamás herradura conocieron. ¡La mula de Mateo! Por ella dejaba yo á mi guía y subía solo y á pie el sendero escarpado de Almagro. Por miedo, á la mula, sí, tengo que confesarlo y esa quemadura no encierra para mí el moral dolor del ridículo.

La mula de Mateo era una bestia sardesca, peluda, enmarañada, amplia de vientre, corta de patas y torcida de cuello. Sus orejas eran pequeñas para la casta; pero estaban siempre en tensión molestísima, como si su propietaria entendiera y escuchase; los ojos de expresión diabólica encerraban un reto y un sarcasmo y los labios ¡oh, jamás bello alguno expresó mayor desden por las cosas de los hombres. Alzábalos el maldito animal, con sorna tanta, mostraba con tan cínico descaro los dientes amarillos y deformes, que era su gesto algo insultante que hacía levantar la fusta contra ella y obligaba á dejarla caer... sobre la charolada bota, arrepintiéndose de haber ofendido á tan prodigioso animal. Al montar en la mula, junto á la estación de Valdeolmo, me recibió el extraño bicho con aquella expresión que me dió miedo y durante el camino quiso voltear por siete veces su torcido cuello, con el fin, según colijo de hacerme ver la mueca demoniaca. El mismo Mateo, lo dijo:

—Los diaños tiene en el cuerpo este animal.

—¿Tiene los diaños, Mateo?

Mateo se rió. Por decir lo dije.

—Sin embargo, insistí yo, á veces los demonios entran y moran en el cuerpo de un animal. Mateo corroboró mi afirmación. Al abad de Riosioño le oí decir que pasó eso. Creo que fué con chones.

—Tienes razón; en la Santa Escritura se refiere. Con mulas nunca debió pasar.

—Yo no lo he oído.

Pero la mula de Mateo sacudióse fieramente y dió al aire perfumado por la hierba húmeda y fresca, la carcajada de su relincho. Yo comprendí que el demonio que hasta Almagro me trajo, habitaba en aquella bestia ignara y me había de ser fatal. Y tuve miedo; mi porvenir aparecióme sombrío, sangriento y endemoniado. Al pasar frente á la iglesia me persigné y quise rezar un conjuro que me enseñó mi ama de leche; pero con el correr del tiempo había olvidado lo principal y no debía ya tener virtud. Entonces me acordé de una jaculatoria que decía mi madre al acostarme y la fuí repitiendo hasta el pié de la montaña.

## II

La situación de mi ánimo al escalar los riscos de Almagro es más para sentida en el ánimo que para descrita en el concepto. Era algo tan íntimo, tan familiar, tan particular, tan egotista que sólo puede comprenderlo quien se haya sentido en igual ó parecido caso. Así como ciertos santos mal esculpidos y peor trajeados sólo inspiran veneración en la penumbra de su santuario y mueven á hilaridad cuando de ella se los saca, temo yo que mis sentimientos, venerandos y venerables en el refugio de mi pecho, pierdan su poesía, su vaguedad poética y su bella certidumbre, cuando al exteriorizarlas en vocablos los presente mi poco arte y el rebelde idioma en que escribo, como un ramo de flores artificiales sin el color debido ni el aroma apropiado, siendo ellos naturales y bellísimas rosas que crecieron en mi alma con riego de lágrimas y con aroma de dolor la perfumaron.

Subía yo el escarpado sendero con lento paso de caminante observador, de viajero catador de paisajes y perito en sensaciones. Hacía ya diez años largos que salí de Almagro, lugar de mi nacimiento y morada del buen caballero don Roque del Alisal, herma-

no menor de mi padre, que por ser yo huérfano recogióme en su casa y dióme en ella cama y mesa ya que no ternura ni amor, cosas ambas que él creía supérfluas cuando menos. Don Roque gastaba el escaso caudal de su cariño con una hija única que le dió su esposa doña Clara, muerta á los pocos años de las nupcias y poco llorada por su marido, quien no obstante respetó su memoria legal como buen licenciado en leyes y no quiso profanar su grato recuerdo dándole sucesora legítima en el vasto lecho que abrigó tan graves amores. Sus conocimientos jurídicos le permitieron, sin embargo, recurrir al antiguo fuero que autorizaba la barraganía, «siendo la barragana honesta e buena» y tras algunos meses de trabajo intelectual y carnal reposo, sostuvo por quince días polémica en el *Adalid* con un abadmitrado de Corcueros, sosteniendo que aquel fuero no había perdido fuerza legal por descostumbre y poco uso y probó otras tantas noches á una moza de cántaro que le plació lo suficiente, que se hallaba en estado y condición de no dejar en modo alguno que el fuero se interrumpiese. Esta moza que se nombraba Mercedes y era mujer de buenos sentires, ocupaba en la casa una situación de privilegio y aunque vivía en el rango de los criados y moraba con ellos todo el día y

lo más de la noche, á nadie se ocultaba su poder y era muy respetada de todos, y de sus iguales envidiada y temida. Isabel, la hija de don Roque, contaba tres años menos que yo y era rubia, muy blanca, con los ojos azules, aunque muy parleros; las facciones, rebeldes á la línea segura y fría, poseían todo el encanto revolucionario de una bella incorrección; sin ser delicadas, y aun siendo imperfectísimas cada una en si, tenían juntas particular y peculiarísimo agrado; revelaban una gran fuerza de pasión, un caudal de vida fuerte que convidaba al goce y al placer. En el mirar y en el reir de Isabelita algo había de sarcástico para el ascetismo; exalaba un hálito de burla incónciente contra todo lo santo. Mi tío, depositario legal de mi caudal escaso, empleó lo más saneado de él en hacerme bachiller en un colegio de Escolapios y luego me animó á conseguir en Santiago la licenciatura en leyes. Cuando me gradué, me estrechó la mano de igual á igual, me llamó compañero y me hizo saber que no teniendo yo dos pesetas debía ganar la vida con mi trabajo. Yo amaba á Isabel y ella me quería; mi tío no lo ignoraba tampoco, pero sus secas palabras me anunciaron y me evitaron la negativa de la mano de mi prima. Puesto en la necesidad y trance de trabajar, el orgullo

de mi vieja casta y el ardor de mis jóvenes años lleváronme á una carrera aventurada y honrosa. Supe que había en la Corte oposiciones á la carrera consular, las hice, las gané y durante diez años anduve por oriente saturándome de poéticas leyendas y viviendo de dulces recuerdos. Casi á un tiempo me informaron de la crónica enfermedad de mi tío y del matrimonio de Isabelita con un caballero carlistón gran neologista y doctrinario que había gozado el honor de muchas entrevistas con don Carlos. Yo contesté dando la enhorabuena al caballero; á Isabelita no me atreví. El viejo hidalgo respondiómeme muy fino, cortés y atento. Me llamaba en su carta continuador de la obra de Cheta, con lo cual después de todo me hizo reír y la boda de Isabel no me pareció tan triste.

Mi vida sin embargo estaba rota; algo faltaba en ella que me prometieron los hados y no se realizó. No sé si era la nostalgia de la tierra perdida, ó el amor de la hembra anhelada; pero no sentía el gusto de vivir. Estaba resignado, pero notaba la vida como una carga; los sucesos cruzaban ante mí como una sección de cinematógrafo ante los ojos de un miope; no podían interesarme y solo los percibía en conjunto, borrosos, faltos de atractivo, de encanto y de color. *Vous*

*êtes le plus charmant silencieux que J' ai connu dans ma vie. Le silence près de vous fait penser avec vous. Vous êtes un grand causeur dans votre silence* me decía en Smirna un consul de Bélgica que narraba á todos su historia y que en vano se empeñó en saber la mía.

Dejaba yo pues correr mi vida con el fatalismo de un musulman sin ocuparme del presente ni temer al porvenir. No pensaba volver á España, á no ser que me destinasen al ministerio y eso no era fácil, habiendo allí contadas plazas, deseándolas muchos y contando yo con pocas influencias. Pero un día recibí una carta de Isabel. Conocí su letra en el sobre y tuve la tentación de echarla sin abrir al fuego. Por desgracia de todos no lo hice. Comunicábame mi prima la muerte del excelente don Roque, sucumbido al fin á manos de cierta enfermedad crónica que al casarse Isabel le comenzara. Lamentábase ésta del trance como buena hija y como buena heredera, porque el testamento del hidalgo hacía en favor de aquella moza Mercedes, que sirvió su lujuria tanto tiempo, no sé que horrendos legados que indignaban á mi prima; pero que no parecían bastantes á la manceba; por desgracia para ella el juez de Almagro, pensaba lo mismo que el abad de Corcueres, sobre el fuero de

barraganía. Había con todo, pleito paralargo y como yo era testigo de importancia y tenía á más, cartas y escritos de valor y peso, suplicábame Isabel que ya que nunca hice uso de mis licencias ni pisé la patria en tanto tiempo, lo hicese ahora aprovechando el asilo de su casa y viniendo á ella no como huesped sino como hermano primero y como bienhechor después.

Finjime un deber de esta invitación. Hice creer á mi conciencia que el pleito se perdería si yo no volvía á España, y no se necesitaba tanto para que volviese. La voz de la tierra y la voz de la sangre me llamaban juntas; aquella con cariño de madre, ésta con sollicitaciones de hembra. El hada que me protege apenas balbuceó cuatro razones fútiles á fuerza de discretas. Vine á España por eso y por eso me hallaba subiendo penosa y dulcemente impresionado, la cuesta infernal y juguetona que hasta Almargo conduce. Hallábame en esa edad indefinida en que los recuerdos de la infancia no están tan lejanos que no pensemos en darles realidad.

Yo con mis treinta y cinco años no era ciertamente un muchacho, aunque muchos de mi edad se juzguen niños, pero tampoco me consideraba un decrepito, como algunos sensitivos se creen á tal edad. A los recuerdos del paisaje que á medias me velaban

las sombras de la noche, en pugna maga con los rayos de la luna, respondía mi corazón con un cántico de esperanza.

Aun es tiempo de quererla, decía una suave voz en mis oídos; aun es tiempo susurraban los pinos embalsamando el ambiente con hálito de amores; aun es tiempo musitaba la brisa y mi alma se henchía de quimeras.

Cuando más á ellas me entregaba, caminando perezoso y tardo, cual si temiese llegar á mi destino, vi brillar ante mis ojos luz vacilante de resinosas antorchas, oí ladrar á encadenados perros con furiosa vigilancia. La masa negruzca de Almargo, se presentó á mis ojos imponente y sombría, sangrando luz de petróleo por las heridas seculares de sus ventanas. Entonces oí voces rudas de aldeanos que me anunciaban, inundóse de luz la portalada, y saliendo bajo el escudo legendario, ví correr hacia mi un demonio blanco y bellissimo que me tendía el alabastro de sus brazos entre una espuma de encajes y puntillas. Luego una voz nunca olvidada pronunció mi nombre con armonioso acento de sirena. Y yo petrificado en mi carne y deificado en mi espíritu, quedéme inmóvil, eleto, infantil, perplejo, sin saber si debía arrodillarme ó erguirme, rezar ó maldecir, reir ó llorar.

Isabelita llegó entonces á mí y me tomó hechicera las manos.

### III

Isabelita no había envejecido. La pétrea hermosura de su juventud vivía en ella congelada por el destino, semejante á uno de esos bellísimos cadáveres de pecadoras asesinadas, que exhiben en los depósitos judiciales ante un público malsano y prolífico, la crispatura que no pudo ó no quiso evitar nadie. Había sin embargo más fuego que antaño en sus ojos, mayor malicia en sus andares, la música de su voz era más atrayente más refinada y poseía nuevos encantos.

Ven, me dijo; te voy á presentar á mi marido, á mi Juanito, es un vejete de muy mal genio y muy buen corazón ¡más gracioso! y reía tentadora y amarga. Los servidores que llevaban las antorchas eran recientes y no me conocían. Mirabanme estúpidos á la luz oscilante de sus móviles llamas, rojizos y espantosos como ánimas del purgatorio. Cruzamos el zaguán venerando preñado de recuerdos de amor. La emoción subía á mis ojos y corría en lágrimas límpidas y abundantes por entre mi barba polvorienta. Al pasar bajo el gran farolón le saludé como á un amigo. ¡Había jugado bajo su

luz tantas veces! Los retratos de nobles, sabios y guerreros, que crearon y mantuvieron mi nombre, me sonreían afectuosos. Estaba tan turbado que llegué á perder el miedo á una figura alargada y severísima, que brotaba de la estrechez de una gola blanca en ramillete de huesos recios, barbas duras y morena piel. Aquella figura tenía bajo sí una inscripción gloriosa y sacrilega que le daba carácter demoniaco. Decía así la inscripción en letra magestuosa grande y abierta: *D. Nuño, hijo del Cardenal.*

A pesar de su sonrisa juraría que al pasar ante él Isabel y yo agitóse el retrato del caballero y se animaron sus ojos mirando á la matrona con el réprobo fuego que encendió la lujuria de su padre.

#### IV

Don Roberto de la Freira y Taborgues un cincuentón apolino, canoso y atlético aguardaba en el comedor tendido en su sillón de labrado cuero. La leña de sus bosques ardía crepitante y abundosa en la monumental chimenea y el humo esclavo llegaba de vez en cuando á tributar homenaje al caballero y se extendía humilde á sus piés. Al verme levantóse el hidalgo majestuoso y cordial. Bienvenido, me dijo alargándome la mano sin hacer caso de la exuberante presenta-

ción de Isabelita.— Siéntate y descansa, ordenó cortés y obsequioso. Después añadió halagüeño: De Luengas tierras vienes. Mucho viajaste por nosotros.

—Yo rectifiqué—Por la Patria.

—Todos somos la Patria. La Patria soy yo, es Isabelita, Almagro, Mateo y su mula; todo lo que aquí nace y vive es la Patria.

¿Porqué mentó á la mula de Mateo.? Quizás entonces atrajo sobre sí la desgracia fatal y rompió el conjuro que los ángeles buenos meditaban. Reinó un instante de silencio.

—Tu Profesión es arriesgada y hermosa, dijo luego el caballero. Todos te debemos respeto.

—Vivo entre infieles.

—Ya lo sé; también nosotros, suspiró el prócer amargamente, también los que nos gobiernan son infieles, peor aun, renegados. Pero, rugió amenazador, no ha de ser eterno su triunfo, no es esta tierra donde arraiguen tales doctrinas ni puedan imperar semejantes hombres.

Un momento su rostro se nubló y una expresión feroz, subió á sus ojos contrayendo sus labios.

—¿Qué ideas tienes en política y en religión? preguntome, brutal, bárbara, grosera y encarnizadamente.

—Sirvo á la patria.

—Es verdad.

Meditaba el caballero y era cierto que preparaba algo. «En el país se conspira», me había dicho en la capital de provincia el gobernador militar. No lo dudé un momento, estaba en presencia de uno de los jefes de la conspiración. Cual si no diese importancia á la pregunta, cambiando la conversación, narré locuaz y pintoresco leyendas aventurescas de oriente. Isabelita, pendiente de mis labios, interrogábame á intervalos con tan vivo interés que halagaba mi vanidad de narrador y me adormecía en la narración. Hacíame don Roberto, cuando de sus cavilaciones surgía, preguntas tan acertadas y observaciones tan donosas que muy luego vine en conocimiento de que me las había con uno de aquellos cultos señores norteños, que sin haber cruzado las aulas de la universidad, cuya plebeya algazara desdennan, y sin haber sufrido la bohemia estudiantil cuya hediondez y libertinaje les inspiran justo desprecio, hanse nutrido en la señorial soledad de su dominio con una dosis tal de mal latín, filosofía escolástica y aun enrevesada teología, que no es extraño puedan discutir bién y acertadamente sobre materias amenas, cuando torturaron su espí-

ritu y le hicieron vagar, divagar y aun profundizar en tan áridas disciplinas.

Corrió así con la conversación el tiempo y al sonar las ocho campanadas conque el vetusto reloj anunciaba allí desde tiempos irrecordables, sinó la necesidad del yantar, la imperiosa obligación de sentarse á la mesa y cumplir con un rito, entraron una doncella montaraz y un mozo garrido, tendieron sobre la mesa de nogal la blancura de un mantel de lienzo de holanda, desparramaron sobre él, la artística riqueza de una vajilla de plata, despertaron el olfato é incitaron al estómago con la succulenta tentación de sanos manjares y sabrosos vinos y yo que me creía un volteriano y no era por dicha sinó un incorregible romántico, víme sentado á la bien provista y aderezada mesa, teniendo á mis espaldas un gigantesco escudo grabado en cuero centenario, haciéndome cruces en el rostro y murmurando á media voz las pocas palabras que del «*Benedicite*» recordaba.

Isabelita sonrióse al mirarme; su marido lanzóle severamente un digno reproche con los ojos y cruzóse entre ambos una mirada tal de guerra á muerte que yo maquinalmente me volví á santiguar.

## V

\* Entonces una discreta puerta cobijada tras la riqueza de un cortinón de damasco se abrió con suspiro de vieja. Ví avanzar por la estancia, sin alzar son ni dejar huella, un figurón delgado y recio que se adelantaba autoritario. Tenía unos treinta años; su barba durísima y negra era la que exhiben los sábados aquellos que no se afeitan sino los domingos.

Negror esotérico llevaba en los ojos, misterio sardónico tras los labios. Don Roberto me le presentó ceremonioso.

—César, un seminarista á quien pago los estudios; el señor Cónsul de España en Smirna.

Esdeñoso me miró el futuro clérigo.

—¿Honorario?, preguntó.

—No, señor; de carrera.

—Bueno.

Y á don Roberto se volvió.

—¿Es fiel al Señor?

—Es primo nuestro. Se educó en Almagro; don Roque le sirvió de padre.

—Buen padre tuvo.

La sangre llamó á mi corazón presurosa.

—Tan bueno era el que Dios me llevó.

—Bien.

Luego me miró el seminarista con maliciosa sorna romana. Desde luego leí en sus ojos, que no le llamaba Dios al sacerdocio y que no sería nunca uno de esos entes angélicos y perfectísimos que llamamos curas católicos; antes parecía un pastor acomodaticio que trocase la Biblia en cómodo código ó un luterano fanático que se sirviese de ella para satisfacer sus pasiones.

—¿Ha convertido Vd. muchos infieles? — preguntóme sarcástico y despreciativo.

—No lo tengo por oficio.

Cierto. Me arrojaba las palabras al rostro con un desdén hierático con clerical malicia. Su mirada de acero me hacía bajar amedrentado los ojos. En un supremo esfuerzo quise luchar con él.

¿Y Vd., señor seminarista, ha catequizado alguno?

—Los que puedo, ¿no es verdad Isabelita?

—No lo sé.

—Bien, bien. No lo sabe Vd. Creí que lo sabía; pero no lo sabe; ¡sea todo por Dios! y su voz gruesa, pastosa era más irónica aun que el mirar de la dama. Don Roberto meditaba. La presencia del seminarista, con ser al parecer muy usada, le había dado lugar á cavilaciones nuevas. Diríase que le temía y le odiaba, que le respetaba aborreciéndole, que necesitándole quisiera verle lejos de sí.

El mozallón tomaba de vez en cuando con sus velludas manos de uñas negras, trozos de manjares que engullía con grosería aldeana, copas de vino que trasegaba con plebeyo deleite. De pronto preguntó el caballero sorda y humildemente como de quien habla durmiendo la inquietud de un sueño hipnótico:

—¿Será esta noche?

—Sí.

—¿Todos conformes?

—Sí.

—¿Todos decididos?

—Sí, sí. ¡Vayan los imprudentes al infierno!

Comprendí que mi presencia estorbaba.

—Pecando de descortés, me atrevo, dije, á demandar descanso. El viaje fué largo, las emociones hondas y muchas; en casa tan hospitalaria, donde quitáronme pródigos el hambre, no me dejaran crueles el sueño.

El caballero me contempló piadoso y había en su piedad una viril ternura tan noble y franca que sentí agradecimiento profundo.

—Es verdad, dijo. Has menester quietud y retiro, no sé como pude olvidarlo. Tú no sabes tampoco que crueles afectos me torturan y que males horrendos me hieren. Si lo supieras tendrías lástima de mí. Esto

nunca lo dije á nadie y á tí te lo digo en penitencia porque fuí egoísta contigo.

Erguíme caballeroso.

—Cualquier mal que os amenace, no sobrevendrá si yo puedo evitarle y sino está en mi mano destruirle, os ruego al menos que le partáis conmigo. Los insultos que este escudo padezca, á mí se hacen también y los vengaré en cuanto pueda. Fuera injuriarme como á huésped noble, ocultarme amenazas que os dirijan. No soy cobarde y no desciendo de pusilánimes tampoco.

De nuevo el caballero fué tristemente bondadoso.

—Te lo agradezco y lo tomo en cuenta. Y al criado imperativo le dijo: Muestra su habitación á don Fernando.

Isabelita levantóse al oír la orden, ligera, arrogante, bellísima, venenosa y feroz como una serpiente. Corrió hacia mí y gritó en voz alta:

—Sal por aquí; así tendrás menos que andar. Al mismo tiempo deslizó rapidísimamente en mis manos un papel oloroso que exhalaba la suavidad aristocrática de sus perfumes ignotos. ¡Cómo temblaba su lasciva carne! ¡Qué fiebre devoraba su sangre legendaria y medioeval! ¡Qué fulgor excitante de demonio faunescos, encendía el histerismo en sus ojos! Oculté traidoramente

el billete de la dama y con una cortesía me despedí. El criado y don Roberto no vieron nada; quizás el seminarista.... La voz franca del caballero sonó en mi oído expresando un deseo sincerísimo:—Descansa.

Y el mozón negro añadió maquiavélico:  
— Si puede.

Salí.

## VI

El criado llevaba en la mano un vetusto candelabro de plata donde cinco velas vírgenes sufrían tormento de fuego. Una caravana de sombras malélicas, danzaba alrededor de las víctimas, poblando la escalera centenaria. Llegamos al pasillo amadísimo por donde pasó mi infancia en flor. El doméstico abrió una puerta de roble tallado y me deseó buen sueño, poniéndome el candelabro en la mano. Era el cuarto donde dormí de niño el que me destinaban. Una emoción justísima pero agobiante y agridulce me ahogaba. Todo estaba lo mismo; sólo mi inocencia y mi dicha yacían allí de cuerpo presente entre los cirios de mis recuerdos. Mis ojos lloraban y eran mis lágrimas la esencia de todo mi ser. Sobreponiéndome á todo leí el billete de Isabelita. Una orla roja color de sangre joven, la circundaba y con tinta azul de celos y letra aguda como colección de puñales, había escrito la castella-

na:—«No duermas esta noche; no te acuestes, vela; van á ocurrir sucesos graves. Si quieres vivir, baja á mi cuarto cuando el reloj del torreón cante las doce. Te ama Isabelita». ¡Me amaba, la pérfida! ¡Me quería, la infame, la traidora! ¡Mujerzuela sin corazón y sin honor, ¿y por qué no lo dijo? ¡Y me hizo perder la juventud, llevando á cuestras la cruz del sacrificio! ¡Me obligó á vagar por el mundo hipocondriaco y solitario! ¿por qué? Quiso vengarse de mí; pero qué mal le hice, yo que hubiese dado la bienaventuranza por evitarle un disgusto? ¿Qué insulto inusitado le causé? ¡Ninguno!, ¡ninguno!

Y amándome se casó con otro! Ah; pero fué quizás una heroína entonces y era una mártir ahora. Dios abrió un abismo entre ambos; existía quizás algún secreto impediendo. Y me quería salvar la vida... quien ansiaba matarme? ¿Por qué causa? Y ella, ¿por qué me llamó para que me asesinaran é impedía ahora el crimen de que fué cómplice primero? Luego... su carta ¿era una esquila de amor ó un aviso de hermana? Decía «te ama»; ¡pero se puede amar de tantos modos! Y sus ojos dijeron que de un modo imposible para un hombre de honor, para un hombre de bien. El anciano caballero don Roberto era un hombre de honor

y de bien; me miró con ternura, me acogió con bondad, y yo ¿abusaría de ellas bajo su mismo techo? No. ¡Nunca! Pero á él le amenazaba un peligro, el mismo que á mí quizás, é Isabelita quería salvarnos á ambos ó pretendía sólo.... ¡qué horror! De cinco soplidos augustos y generosos arrojé vencido al fuego que torturaba á las velas. Llegué á tientas á la ventana y la abrí. Viento de tempestad cargó sobre las nubes del cielo y dispersó sus escuadrones de mónstruos. Batallones de cíclopes que sirven á los rayos de la luna se extendían en torno del castillo, desfigurando arbustos y colinas. Junto á la misma ventana rezaba yo de niño por mi madre y pensaba en Isabelita. Un dolor verdugo me desgajaba el corazón del pecho. Hundí la cabeza entre las manos y lloré, lloré mucho tiempo, quizás horas enteras iguales á los siglos que el monje santo de la leyenda buena pasó en el bosque célico, cuando las puras vírgenes cantaran.

El cansancio del viaje mantenía mis nervios en una laxitud enferma y débil que favorecía el ensueño y de cuando en cuando aires de visión los crispaban. Sufría todo el rigor de una pesadilla semi-consciente en la que se desgranaba mi espíritu. De pronto turbó el silencio, para mí tumultuoso de la noche una voz humana que dió en torpe

imitación á los ecos, el canto del mochuelo por tres veces; al punto respondieron otros gritos que fingieron mejor otras gargantas y luego volvió la doliente calma más amenazadora y siniestra que antes. ¡Estábamos cercados por una banda entera de foragidos! ¡Ira de Dios! Levantéme de un salto, en fatal despertar y quise dirigirme hacia la maleta donde guardaba mi browning; pero en aquel momento el reloj del torreón, tras un rechinamiento metálico conque sacudió sus cadenas de esclavo vigilante, lloró sus doce sonoras lágrimas de muezin prisionero. Una mirada irresistible atrajo entonces mis ojos y el moreno rostro de Isabelita, cuya cabellera negrísima flotaba en el vacío de la noche como la más bella de las sombras.

—¿No bajas, Fernando?—preguntóme dulcísima, tentadora, atrayente y satánica.

—No, Isabel, no puedo.

—Baja en nombre de Dios; por la salud de todos, baja ó mueres.

—Por la salud de mi alma y por la vida de mi honor moriré aquí matando.

—¿No bajas?

—No.

—Entonces seré yo quien suba.

Y como una aparición ultraterrena que se desvaneciese, no la ví más en el hueco de la colosal ventana. Entonces, convencido

de que subiría, de que vendría implacable á mi retiro á tentarme y á vencerme, lancéme furioso á la puerta y dí dos vueltas á la llave. ¡No entrarás, balbuceaba ciego de coraje y sin saber en quien ni contra quien descargar mis terribles iras. Si he de morir, muera en buen hora, será que mi destino está cumplido y bien puedo creer que padecí ya lo suficiente; pero no perderás mi alma como perdiste mi cuerpo, no deshonorarás mi memoria, como envenenaste mi vida, mujer infame, y bien puedes asegurar que no iré solo en la barca de Caronte y que alguno de tus cómplices, el más amado de todos, tu amante quizás pasará la Estigia conmigo. Así diciendo rasgué con mi cortaplumas el cuero de la maleta, revolví un momento con las manos crispadas, entre telas de Arabia y dulces de Turquía, que compré ¡necio de mí! para obsequiar á la pérfida, y hallé regocijado la browning Carguéla y la monté, riéndome como un loco, sin saber á ciencia cierta lo que hacía ni lo que murmuraba. En la puerta sonó entonces un rumor ratonil, un ruido discreto de bestia nocturna y sagaz á los peligros avezada y sapiente de los males que la sonoridad ocasiona. La llave cayó derribada por un poder secreto, giró la puerta sobre los goznes sobornados y silenciosos, é Isa-

belita casi, completamente desnuda, tendido el negror de sus cabellos sobre las carnes duras y palpitantes, moviendo apenas los miembros venusiacos con recelosos y elegantes movimientos de pantera, adelantóse hacia mí diciendo con su voz armoniosamente pérfida: «Mátame, hombre, má-tame porque te quise salvar la vida.»

Yo solté asombrado la pistola y caí sentado en el lecho, sin poder articular una palabra.

## VII

Isabelita vino entonces hacia mí y apartóme del rostro los crispados dedos con sus manos acariciadoras de hetera. Yo me puse en pié violentamente. Cúbrete con algo. No debes estar así ante mis ojos. ¿Por qué has venido así, insensata? Ella sin enrojecer ni turbarse, tomó de sobre la cama la colcha señorial de damasco y arrebujóse en ella displicente.

—Tengo frío, dijo con acento mimoso de niña privilegiada.

—Me alegro, repliqué con rabia, mordido por las dos serpientes desgarradoras del honor y de la carne. Me alegro, ¿por qué viniste así? Ella tuvo en los labios una respuesta altanera; asomóse la soberbia á sus ojos castellanos; pero supo contenerla con

latigazo brusco de domadora de fieras y luego con astucia felina se humilló.

—Era preciso. Mi marido me hubiera sentido al coger los vestidos.

—¿Y no te sintió hablar?

—Hablé desde otro cuarto.

—¿Por qué no le dijiste á tu marido que peligraba mi vida?

—Porque en ese caso hubiera peligrado la mia.

Atolondrado me dejé caer en el sillón.

—No te entiendo.

—Me entenderás ahora. Yo te he querido siempre, Fernando!

—¡No me lo digas, miserable criatura, exclamé como un poseído; no me lo digas aquí! ¡Te mataría, sin poder contenerme!

Prosiguió inalterable:—Te he querido con un cariño serio y formal; como se quiere á un hermano; y si te parece poco un hermano te diré como á un padre ¿estás contento?

Humillado sentía crecer mi rabia. Se reía de mí.

—Hace tiempo, dijo tras paladear mi tortura, me hubiera casado contigo, lo cual hubiese sido un mal para los dos Tú me querías demasiado y yo te amaba muy poco, no era digna de tí, no lo soy ahora mismo, Fernando. Y que te amo dignamente has de

verlo al instante cuando te confíe mi deshonra, cuando te pida consejo y te confiese mis culpas de carne, lo que nunca confía una mujer á su amante.

—Busca otro consejero. Yo no podría oírte con calma ni te sabría aconsejar con acierto.

—Tienes que ser tú, replicó ella, otro no me sirve.

—Habla.

—Me casé por la voluntad de mi padre que me casó sin consultar la mía. De un matrimonio así no podía resultar nada bueno. La noche de bodas fué para mí de una ridiculez aplastante. Mi marido con una cortesía de otros siglos y unas fuerzas muy en armonía con las generaciones actuales me dejó una impresión de desprecio, de desdén, hasta de asco.

—No te avergüenzas de hablar así?

—No. Me estoy confesando, no me interrumpas hasta que termine la confesión. Lo dijo con acento autoritario de hembra lasciva, acostumbrada á ejercer vergonzosos imperios. Miréla con disgusto y callé. Ella siguió:

—Yo no conozco la vida más que por las novelas. ¡Leí tantas! Y he visto claro que mi papel de aristócrata no está entre las cuatro paredes de este caserón inmenso.

Los aristócratas de hoy debemos brillar, lucir joyas, dar saraos y torturar hombres. Somos las vengadoras de las pobrecitas que se venden. A mí me gusta atormentar á los hombres y ese es el papel de las damas.

Yo proteste:—El de las cortesanas.

Ella fingió con aguda sátira una inocencia cínica y cruel.

¿Qué más dá? dijo. ¿No son las cortesanas las que están en la Corte? Todos mis esfuerzos, sin embargo, para sacar á mi marido de estas ruinas fueron inútiles, estériles, baldíos. Bueno, me dije, yo no puedo vivir aquí consagrada á los viejos y á los cerdos. Haré en lo posible, lo que una gran señora romántica debe hacer, y puesto que tengo un marido viejo me buscaré un amante joven. Pero ya comprenderás que este amante no podía ser un hombre vulgar. Necesitaba alguien valeroso, intrépido, inteligente y cuando menos investido de una gran dignidad. Le busqué en vano. Todos los hidalgos que vienen por aquí tienen reuma, juegan al tresillo y saben latín. Entonces para dar á mis amores el sabor de lo prohibido y el lustre de la perversidad pensé en atraerme algún casado y gozar á más con la humillación y vencimiento de otra mujer; mas ¡ay! eran tan pobres enemigas las hidalgas oscuras de estos valles, que sus lágrimas

humildes no podían causar placer á mi realidad azul. Tuve entonces que apechugar con el único hombre digno de mí. Pensé en las tentaciones amargas que debe sufrir un seminarista y me dispuse á disputárselo á Dios.

—¡Cómo, desdichada, grité con la angustia creyente de un sincero dolor! Ese.... seminarista que me presentaron antes....

—Es mi amante, si.

Lo afirmó la diablesa con la morbosa tranquilidad de una histérica que miente y yo por un instante respiré anhelando que no fuese cierto el sacrilegio. Siguió la desgraciada. ¡Qué triunfo más satánico sobre el cielo; y lo dijo del mismo modo que debió Satán desafiar á Dios con su «non serviat».

—Fué delicioso, Fernando. Comencé por conversaciones libres y agudezas crudísimas que hacían retorcerse al pobre mozo como cualquier alimaña dañina, presa en el cepo de avariento labrador. Seguí por declaraciones embozadas que hacían variar diez veces por minuto su semblante rasurado de siervo divino. Le dejaba disciplinarse en ocasiones y en otras le permitía rezar, todo para que sufriera más y fuese mayor la derrota de los ángeles en su lucha conmigo. Cuando quise le poseí y cuanto quise le desmoralicé; pero conseguido mi objeto,

empecé á disgustarme y aburrirme. Es un aldeano grosero que tiene celos de toro y acometidas de gallo. Debo advertirte que mi señor marido en vez de amar á su mujer se dedica á derribar repúblicas y restaurar tronos. No hace mucho declaró la guerra á Andorra y ahora quiere que los Braganzas vuelvan á reinar en Portugal. Ya ves tú qué mal gusto. ¡Como si esos republicanos harapientos mereciesen el acero de un noble. Con ellos debe procederse como con los ratones, cuando invaden una casa: desalojar el local y echar veneno. Esta noche había de salir una banda que se organiza aquí para pelear en Portugal; mas no saldrá. El seminarista que también debía partir ha denunciado á don Roberto para que le prendan y poder él dedicarse tranquilamente á reconquistar mi corazón.

—Miserable!, ¡y no me dijiste que le ahogara!

—Pienso ahogarle yo. Te diré además que quiere tu muerte. Cree que tu venida á este castillo obedece á una causa amorosa y quiere asesinarte el pobrecito. Estaba loco el infeliz; y es para estarlo. ¿Cuándo soñó que le diese sus brazos una mujer de mi casta?

Irguióse de pronto con sutil inquietud de bestia bravía. Dejó la colcha con rapidez in-

sólita y apagó velocísima las bujías del candelabro. Después encendió una lamparilla, que había sobre la mesa de noche, y la colocó en el centro de la estancia. Agarróme por un brazo y me ocultó tras la cortina.

—No te muevas, dijo, y apenas tuvo tiempo para entrar en mi lecho y arrebujarse en él, cuando por segunda vez se abrió sin ruido la puerta de la habitación, una cabeza hirsuta buscó mi lecho con mirada de condor y el seminarista de Almagro avanzó hacia la almohada sigiloso, agitando en la peluda mano de demonio un relámpago mortal de toledano acero.

### VIII

Sentíme preso por la torturante parálisis del terror. Ahogó la angustia el aire en mi garganta y ví, sin poder gritar, como el mozo criminal alzaba el puñal finísimo sobre el que él creía mi cuello. Isabelita entonces, entreabrió los ojos con estoicismo sorprendente, desperezó su cuerpo arrogante en un movimiento cálido y deleitoso de pantera soñolienta y musitó arrulladora un nombre que alentó sus sueños.

—César.

El asesino apenas tuvo tiempo para ocultar el acero en la manga de su negro chaquetón.

—Isabel, Isabel, ¿estás aquí con ese hombre?

—¿Con quién?, balbuceó la tigre despertando. ¿Con quién, César? ¿Eres tú? ¿Qué me quieres? ¿Por qué me buscas? *¿Et quare conturbas me?* Véte de aquí, ¡pronto!, ¡largo!

El seminarista se había sentado en la cama con señales de profundo desaliento. Su rostro anguloso de aldeano norteño demostraba una feroz aflicción.

—No sabía que estuvieses aquí.

—Y entonces, ¿á qué venías? ¿Qué impulsos te guiaban? Ninguno noble, á ciencia cierta. Tu alma de villano servil no puede concebir sinó villanías y bajezas. ¿Qué querías robar? Yo te daré dinero si pasas necesidad.

El negro figurón, levantóse manoteando; toda la cursi elocuencia propia de un impetuoso y rudo aldeano mal saturado de Cicerónicas arengas y recién arrancado al cálido aroma de la cuadra, que le insufló sanos amores, palpitaba en las palabras del mozállon lujurioso, que se creía capaz de engendrar en tal noche emperadores.

—Isabelita, mia, Isabeliña del alma, mascullaba el infeliz con su voz gruesa que tantas veces llamó cabras perdidas entre los riscos, y manoteando con los apéndices colo-

sales que selló en la niñez el azadón.—¡Yo necesidad! ¡yo querer algo y pedir algo! Tu cariño sólo, tu amor nada más, mociona amada de las entrañas mías, Dáme eso y será el mundo nuestro. No me calumnies así, tormento mío; yo no soy de los que piden sino de los que ofrecen y de los que dan. Fueran otros los tiempos, paloma blanca, y me vieras á caballo, enristrar lanza por tí y blandir espada en tu nombre. No nos diera vida el cielo en tan poltrones tiempos como estos, donde se llama á la cobardía virtud y á la holganza sapiencia, y tuvieras para tu recreo montones de cabezas cercenadas y tus estanques llenos con la sangre de enemigos vencidos.

Y hablando así lanzó la oscura masa que formaban su carne sucia y sus vestidos negros sobre el impúdico primor del cuerpo de Isabelita y comenzó á cubrirla de sacrílegos besos con los perjuros labios, á mancharla de baba hedionda, con la boca rebelde, á ensuciarla con el contacto criminal y lascivo de sus enormes manos villanas. De un salto gallardísimo, eludió la dama tales caricias y se escurrió con movimiento de anguila, esquivando al sucio mozón.

—¡Qué asco! le dijo. Déjame, me das asco, asco tan sólo. ¡Estarias bonito de veras, medido en una armadura, hermoso César. Ma-

nejarías la lanza aguda con aquel elegante vigor con que te serviste ogaño del cortante dalle y estando familiarizado con el garrote, esgrimirías la espada con gentileza singular. ¡Si sólo oirlo dá risa! ¿Quieres vestirse un día, la vieja armadura de la gran panoplia y velar las armas como don Quijote en el corral?

La desnudez de la dama excitó más aun el apetito del rábula. Estuvo un rato dudando si arrojarse sobre ella eon faunesca acometida; pero los ojos de la señora cual siempre y como siempre le vencieron. Cayó á sus pies convulso, congestionado, imbele, balbuceando torpes escusas.

—¿Ya no me amas, Isabeliña?, le decía, ¿no quieres ya á tu César, á tu chacho? ¿No soy el mismo de antes, nena? ¡Oh, no digas que no, dí que me amas. Tú me llamaste al palacio, que yo bien en paz vivía en el retiro de allá arriba, sin pensar nunca que había de gustar la miel; pero la gusté, Isabel, gustéla y me hice á ella y cebéme en su sabor y la necesito. No me la robarás; me la diste un día y quitármela no puedes hoy. Pégame, hiéreme, tortúrame; pero que sea yo para tí algo, que sienta tu cuerpo joven y divino, oprimirme, mortificarme, gozarme, depurarme y revivirme. ¿No te place ya rasgar la carne de mi espalda? ¿No te agrada

como antes poner el pie sobre mi cabeza?

Y se arrastraba el miserable, como un gusano enorme y negro, á los rosados pies de la diablesa, cubriéndolos de baba con su enorme lengua roja de caballo. Ella le incorporó de un puntapié en la cara.

—Pero acaba, sacristán. Expílicate de una vez, apaga-velas, canta-muertos; ¿qué venías á hacer aquí? Habla, hombre.

—¿Y tú?, dijo el sofocado, ahogándose, tú ¿qué hacías?

—¿Yo?; lo que quería, lo que quiero, respóndeme y te contestaré... ves como no me amas; ves como no pretendes de mí sino goces livianos y no eres capaz de hacer nada por mí?

Se irguió el negro gigante, amenazador y robusto como una estatua de Miguel Angel.

—¡No soy capaz de nada! Pues sábelo, Isabel, yo venía á matar, á matar por tu causa, por tu amor, por tus celos. Con este puñal seré por tí asesino y con este corazón he sido por tí traidor. A los pies del castillo están doscientos hombres leales á la causa del Rey que serán entregados por tí y por tí quizás no habrá monarcas en Lusitania y quizás por tí volarán los cuervos en torno de los ahorcados y lágrimas de madre correrán por tí en el silencio de la noche y

suspiros de esposa turbarán por tí el reposo de los dolientes. Te entrego mi dignidad, mi honor, mi reposo eterno, arrojó á tus plantas lágrimas de madre, ayes de esposa, suspiros de prometida y la corona de uno de los países más nobles de la tierra y ¿me dirás aún que no hago nada?

Con los brazos cruzados, los ojos chispeantes, pálido el rostro, en desorden el hirsuto cabello escaso, bien puedo decir que he visto un réprobo consumirse en fuego eterno por el mundo. Pero entonces algo de noble, de hidalgo y de santo hinchó mis venas en alubión de generosa sangre, que ideas magnánimas arrastraba; sacudí mis miembros como bate el gallo gladiador las fuertes alas; la imagen de aquellos héroes de *os Lusitadas* entregados, vendidos infamemente, de aquellas madres espartanas obligadas á un dolor estéril, pudo en mí más que el cansancio y el asombro. De un salto de tigre lancéme á la ventana, que abrí al instante con un golpe de ciclope y tendiéndome en ella cuanto pude, grité con toda la fuerza de mis pulmones: ¡Viva el Rey! Huid, hacia Almagro sin tocar la carretera! ¡Huid á campo traviesa! ¡Salvaos, señores! ¡Traición!

## IX

Alzó el bosque confuso griterío; retumbaron por los ecos secas descargas de fusilería mortales. Muchos pigmeos corrían entre los árboles gigantes ó se arrojaban en las bocas enormes de los mónstruos de sombra. Fué una visión rapidísima y vaga como ensueño de santo ó aviso de profeta; luego sentí la garra peluda del demonio sacrílego que atenzaba mi garganta y al volverme á él para mirarle de frente y morir altanero ante su fuerza y desdeñoso para su maldad, ví que Isabel con mi pistola le apuntaba. Sonó un disparo, desplomóse sobre mí una masa negra y musculosa aplastándome con su peso, ahogándome con su sangre ardiente. Comprendí que mi última hora era llegada y con esfuerzo supremo quise lanzar un viva sonoro que me excusara de traición. No pude: un mónstruo gritaba á mis oídos, otro me golpeaba las sienes, un tercero tegía mis entrañas, y caí en ese sueño letárgico y estúpido, verdadera barca de Caronte, donde cruzan los más de la vida á la muerte.

## X

Cuando resurgí, un médico anciano estaba dándome inyecciones de no sé qué veneno de vida.

Hallábame tendido en el atrio sobre el diván blasonado de familia y mi sangre ennoblecía los cuarteles del escudo bordado en su respaldo. Todo gemía en torno mío. Un pobre guardia civil, uno de esos héroes sublimes y anónimos que veneré siempre como á mártires, agonizaba á mis plantas.

—Mis hijos, mis pobres hijos, lloraba el infeliz; y la pérfida diablesa, causa de tanto dolor, generadora de tanta sangre, se paseaba entre los heridos repartiendo sonrisas, desgarrando finísimos cendales para hacer vendas y reparos, alentando á los dolientes con frases bellas y conceptos mendosos. Quise insultarla, maldecirla; pero el médico me puso la mano autoritario sobre los labios ardientes.

—Chist. No hable usted.

Y en horrenda pesadilla oí cómo narraba la mujercuela al coronel de la benemérita, los sucesos. Supe que don César fué muerto por un balazo llegado desde fuera y el cual me destinaba á mí Panchazo, el mozo de mulas, á quien á su vez mataron los conjurados por haber sido el traidor; ví sacar entre seis hombres el espantable cadáver del sacrilego condenado y oí, en fin, que Mateo y su mula, le aguardaban fuera para trasladarle á casa de su madre. Entonces oí de nuevo el relincho sarcástico del animal en-

demoniado; pero esto no pude resistirlo y de nuevo me desmayé.

## XI

Estoy á bordo del *König Wilhelm*. Me vuelvo á Smirna cadavérico, anguloso y amarillento; pero más fuerte, más desengañado de lo que llegué á Almagro. He perdido las ilusiones que me ligaban á la tierra; he visto á la mujer que adoraba, que alentaba mis ideales, presa de una pasión hedionda, en que ni había amor ni odio; sólo suciedad, desprecio y orgullo. Por causa de ella quizás se haya condenado quien aspiraba á ser sacerdote del Señor y por su causa también están muchas familias honorables en la aflicción, gimen en humildes prisiones leales caballeros....

Pero mi alma no tiene ya apego á la tierra; voló al cielo desde Almagro, se desprendió del mundo en aquella noche diabólica en que los conjuros infernales no pudieron vencerla.

Cumpliré mi deber; esa será mi aspiración única. Los hermosos placeres del bien hecho y del deber cumplido, me consolarán; con el dolor de mis recuerdos pagaré por Isabelita y quizás....

La madre Tierra me tiende sus brazos de roca que besan las espumas del mar. ¡Tierra

y patria mia, recibe tú mi último saludo; ¡Guarda tú en tus ecos sonoros el último són de mis palabras; para tí será mi último suspiro, para tí mi pensamiento postrero, tumba y cuna de mis padres, nodriza y maestra mia! Quizás no logre dormir en tu seno; pero en la soledad de un cementerio extranjero siempre habrá en los cipreses que me rodeen y en los rosales que me circunden una sentida voz de desterrado amor que en la calma de la noche y en el bullicio que acompaña al sol, se haga entender murmurando ¡España!

En el pñente del buque raudo y tronante, la orquesta toca el himno español que, como una oración, sube al cielo. La distancia me acaba de robar el último monte, que despidiéndose de mí, agitaba su pañuelo de bruma.

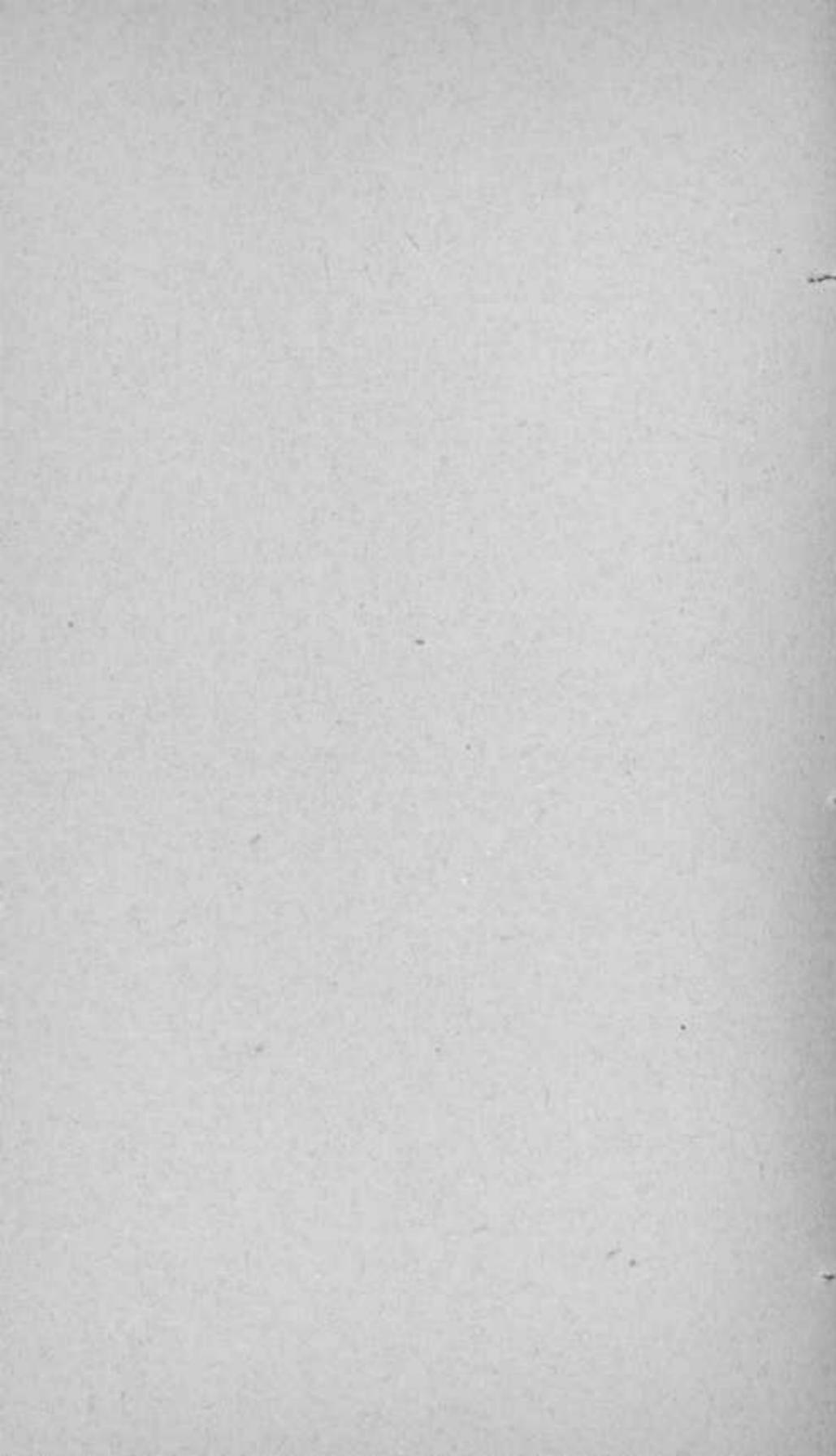
Sin fuerzas para otra cosa he ocultado la cara entre las manos y he llorado, mucho tiempo, con mucha ingenuidad, con mucho ruido, como los pobres niños que se pierden en las ciudades populosas.



NOCHE QUINTA

---

DE LA BONDAD Y GRANDEZA DE ÁNIMO  
DEL MAESTRO PEREDA



Siendo el aniversario de Pereda, preguntamos al caballero lo que pensaba de él, y nos dijo: «Por sus obras los conoceréis», manda la Biblia, y si al maestro Pereda aplicamos el precepto, han de amarle mucho los que le lean y han de conocerle muy bien y alabar sus virtudes. Porque la belleza de su estilo con ser tanta, no iguala á la de su alma y la riqueza de su vocabulario parece pobrísima junto á la de sus sentimientos. Es indiscreta fama entre no doctas gentes, que Pereda sólo fué pintor de lo que exteriormente vió y no tuvo nada de *psicólogo*, como ahora dicen los que por no ser ninguna cosa de algún modo han de apellidarse.

A este propósito sería bueno recordar los dos diálogos que Sócrates tuvo con el pintor Parrasio y con el escultor Critón, según refiere Xenofonte.

—¿Puede pintarse el alma?—pregunta el filósofo al artista . Y como aquél responda negativamente:

—¿Acaso, dice Sócrates, no puedes tú poner en los ojos de un mancebo el amor ó la

ira, el miedo ó la intrepidez, la dulzura ó el encono?

—Sí puedo.

—Entonces, pintas el alma, ó, al menos, los afectos del alma.

Lo mismo razona con Critón y le hace ver que sus esculturas tienen alma, y que Critón hace almas para sus cuerpos de mármol.

Igual puede decirse del glorioso Pereda, Gran psicólogo es el pintor de almas montañosas, y para probarlo y acreditarle de tal están sus mujeres, tan de mano maestra hechas y animadas.

Pereda no manchó su pluma mojándola en sudor de rameras ni en sangre de libertinos. Cuando quiso pintar el mal no supo sentirle el bonísimo maestro, y sus mujeres malas son estatuas sin alma y sin vida; no fué psicólogo para el mal, sino para el bien.

Fuera de la Galusa, aquella vieja, repugnante en su codicia, pero parca de lujurias sólo las mujeres buenas tienen en Pereda realidad.

Pereda vió á la mujer como hoy, por desgracia, quieren mirarla pocos, y cantó al amor honrado, á la virtud sincera, al silencioso sacrificio.

En *Sotileza* nos presenta la brava honradez y el pudor valiente de la hija del pueblo que coloca el deber antes que todo y el or-

gullo de hembra casta primero que nada. ¡Apenas hay psicología en la presentación y en el desarrollo del carácter de la guapísima callealtera! Indiferente con su pobreza, conforme con su consciente rudeza y magnánima en el sacrificio de un amor que ella misma mata al juzgarle indebido, es este hermoso tipo un mentís á los supuestos *psicólogos* que consideran á todas las mujeres esclavas de la lujuria y adoradoras del oro, y uno de los más hermosos y consoladores cantos á la femenina honradez que se han escrito desde que el mundo es mundo.

¿Pues Inés, la hija del Berrugo, la educada por la Galusa, la entregada á la seducción de Marcones, á quien ni entre tales consejeros domeñan el amor y vencen el pudor?

¿Y la dulce Agueda, la silenciosa enamorada del incrédulo don Fernando, que teme y llora la condenación del amante suicida, con la energía de una matrona y el pudor de una vestal?

¿Y la franqueza simpática de Pilar? ¿Y la maña casera, ingénua cortesía y doméstico arreglo de Lituca?

¡Oh, qué *alma* más grande y por dicha más verdadera tienen todas estas cosas!

Las mujeres de Pereda son mujeres de carne y hueso, ó, mejor, de corazón y sen-

timiento. No son hembras en celo, ni furias del averno, como las que esos malaventurados *psicólogos* quieren presentar en nuestros días.

Las mujeres de Pereda cruzan por sus libros cumpliendo la misión de las verdaderas mujeres: llenando el corazón de consuelo y el ánimo de esperanza; pasan agradables y simpáticas, produciendo emociones suaves, fuertes para el mal en su débil fortaleza y débiles para el bien en su fuerte debilidad.

¿Qué ojos no lloran con los de aquella viejecita tan buena, tan cansada, que embarca para América á su hijo y pide lacrimosa al *señor capitán* que se le cuide como le cuidaría ella misma?

¿Y con las novias y las hermanas que despiden á los de la leva? ¿Y con las criadas que lloran la muerte del padre, no el fin del amo?

¡Oh, Pereda, maestro consolante, maestro bueno, maestro dulcísimo, maestro santo: todas las mujeres tienen que agradecerte lo que por ellas hiciste, y todos los hombres que no hayan nacido de lobas lo que hiciste por las mujeres! Tú las pintaste como son, no las calumniaste, no las vendiste, como hacen los que hoy explotan su graciosa debilidad.

En nombre de lo santo, de lo honrado, de

lo bueno, yo te doy por todos las gracias,  
y puesto que fuiste príncipe del arte, te digo  
por la boca de Shakspeare:

«Que los ángeles que creaste arrullen con  
el son de sus alas y el rumor de sus cánti-  
cos tu eterno sueño, príncipe mío.»

---



NOCHE SEXTA

— —

DE LAS LEYENDAS DEL NORTE



Por haber nuestro amigo estudiado en el Norte y aprendido en él con provecho, le tenía en grande estima y agradecimiento y mirándole como pariente espiritual, le era grato discutir ó explicar sus cosas, y que se hablase de ellas bien, le placía en extremo.

Algunos por embromarle con su afición y distraerle de sus dolores le tachaban de poco patriota á lo que él replicaba, con mucho fuego, que entre los beneficios debidos al extranjero, contaba en primer lugar el mayor amor á España, porque estando lejos de ella aprendió á codiciarla, y la quiso más.

Intensamente debió de vivir allá, porque aun ahora, al verle en ocasiones decaído, le hacíamos narrar sus recuerdos y tal se animaba que parecía cobrar vida con ellos.

Por la literatura norteña sentía el debido aprecio, y consultado una vez sobre la conveniencia de aclimatar aquí sus leyendas, respondió:

Tienen las leyendas del Norte perfume tan grato y sabor tan fino, que siendo en nuestra nación plantas exóticas se las ha de cuidar en invernadero y enseñárselas sólo

á refinados y elegantes. Voy esta noche á mostraros una que planté en esta tierra confiado, pues con escribir yo mal la lengua española, es ella tan hermosa y fecunda, que todo género de poesía crece y prospera en sus vergeles. Mirad al fondo del relato y os agradará porque tiene enseñanzas muy hermosas.

## TRAGEDIA INTIMA

---

Si mueres á manos de traidores será  
porque los traes en tu compañía.

*Shakespeare. Julio-César.*

### I

En el silencio frio de la noche otoñal, sonó una trompa de oro. Luego vinieron los caballos jadeantes y los perros sanguinarios, que perseguían al pobre ciervo enamorado. Corrían todos sobre las hojas amarillas del bosque muerto causando rumor pavoroso y como iban envueltos los jinetes en negros capuchones, cortejo de demonios asemejaban. Cristián volvióse hacia Elsa, que temblaba, y le dijo: Son los señores von Schereng, que van de caza. Los dos niños miraron pasar á la comitiva y cuando la perdieron de vista quedaron oyendo la trampa de oro que sonaba siempre, siempre.

## II

Entonces salió el primer rayo de luz de sol, palidecieron unas estrellas y corrieron otras por el espacio.

Del tronco de un abeto surgió una vieja mendiga que había huido de una hoguera donde quisieron quemarla hacía cien años. Todos los siglos recorría el bosque, porque era querida del diablo y no podía morir. Eso, al menos, decían los leñadores; y aunque las ancianas del bosque cambiaban de estatura y de rostro, en esencia era siempre la misma. Esto lo decían los leñadores también.

La hechicera dirigió á los niños su mano sarmentosa y les dijo: - Si me dáis patatas de vuestro almuerzo, os haré una predicción.

Los chicos no contestaron; pero ella tomó las patatas, porque sabía leer en el pensamiento. Después miró las manos de ambos y les dijo que serían víctimas de traición. También les contó una historia de amor; pero no la comprendieron y regresaron á sus casas pesarosos y tristes.

## III

Corrieron los años por el abismo de la vida como las estrellas por la extensión del cielo. Cristián y Elsa se acordaban de la historia de amor de la hechicera y empezaban á comprenderla; también sabían que morirían por traición y desconfiaban de todos, jurándose defenderse mutuamente. A veces en invierno sobre la nieve del bosque pasaban peregrinos católicos que iban á Roma, apoyados en sus largos bordones, excitando la piedad con sus hábitos pardos. Sus sombras se agigantaban sobre la nieve y parecían la de un ángel que los acompañase. Cristián les interrogó sobre sus penas; pero ellos huían del amor carnal y no pudieron contestarle. De buena gana hubiese vuelto á hablar á la hechicera, pero para eso había que esperar cien años.

## IV

Cristián y Elsa habían comprendido del todo la historia de la bruja, pero cuando iban á explicársela uno á otro, Cristián cayó soldado y partió. Su vida en la ciudad donde le llevaron cambió tan por completo que se creyó transportado á otro mundo de aquel en que había vivido,

Poco á poco se fué olvidando de Elsa, cuando acabó el servicio se reenganchó y la historia y la predicción de la hechicera acabaron por hacerle reir. De Elsa recibió dos cartas; pero no las contestó por dos causas: la una, porque no sabía escribir; la otra, porque había dejado de amar y con la segunda bastaba, sin que fuese menester la primera.

## V

Cristián fué sargento; le enseñaron á escribir y aprendió á fumar puro y á jurar, que es todo cuanto debe saber un buen sargento. A veces, en el café de los sargentos, discutía sobre amor y no dejaba de suspirar al acordarse de Elsa. Quizás la hubiese escrito; pero pensó que tal vez se hubiese casado y su marido supiese leer; por eso no la escribió.

Una noche fué al teatro Nacional para ver representar una pieza de gran mérito, laudatoria para el ejército.

El salón estaba deslumbrante, lleno de hermosas damas y aguerridos generales. En su palco se hallaban el Emperador y la Emperatriz. Alzóse la cortina y empezó la representación. La primera actriz apareció en escena. Era de una hermosura deslumbrante y decía los versos con hermosa dicción. Sus

ojos castaños acariciaban á todo el mundo y todos la aplaudían con frenesí. Al acabar el primer acto el Emperador le arrojó un ramo de flores y la Emperatriz con su pañuelo la saludó.

Cristián había visto aquel rostro en otra parte y bajo otra forma, y se acordaba de él como de un sueño. Durante el acto segundo parecióle haber oído también la voz, y al acabar la obra, cuando la actriz, que representaba una enamorada condesa, consentía en la muerte de su amante para no traicionar á la patria, descorrióse el velo que oscurecía su inteligencia, despertaron sus recuerdos de niño y alzándose Cristián en su asiento, gritó, tendiendo los brazos al escenario: ¡Elsa! ¡Elsa! Pero su voz se perdió en el extremo de las aclamaciones, y solamente un compañero que le había oído, le dijo con misterio: En efecto, dicen que se llamaba así; pero ahora se nombra Berta; el primer actor, su marido, la ha obligado á cambiar de nombre.

## VI

Corrieron más estrellas y pasaron más años. Cristián envejeció en el dolor ignorado de la ciudad populosa. Tuvo una mujer y unas hijas que engendró en la miseria y á los cuales reclamó esa sociedad irreligiosa é

infame que pide á los pobres el trabajo del padre y el sexo de la hija.

Abatido y sólo tomó el báculo del caminante y partió para su aldea, decidido á morir en ella ante el umbral de la que fué casa de sus padres.

Era en invierno, y al cruzar el bosque donde conversaba con Elsa y donde oyeron la historia de la hechicera, escuchó una voz que pedía auxilio.

La voz partió de un barranco y á él descendió Cristián denodadamente. Una anciana mendiga, casi helada, yacía moribunda entre la nieve.

Cristián trató de tomarla en brazos para ayudarla; pero sus fuerzas flaquearon y cayó junto á ella, frío é inerte.

—Nos morimos, dijo la anciana con voz débil.

—A mí no me importa, respondió Cristián, y penso en Elsa.

—Ni á mí, repitió Elsa, y pensó en Cristián.

Porque era Elsa, que había derrochado cual casi todas las actrices su fortuna, su juventud y su corazón.

Estaban allí los dos juntos, pensando el uno en el otro y sin conocerse; la vida los separó para vivir y para morir los reunía.

Murieron al amanecer con las manos juntas y los labios unidos.

El agüero de la hechicera se cumplió; murieron de traición se traicionaron á sí mismos, por no decirse á tiempo que se querían; buscaron á sus enemigos por todas partes y llevaban en sí á su enemigo.

## VII

La nieve cubrió sus cuerpos y arrastró la tierra sobre ellos. Nadie sabe el sitio en que yacen, sino el viento, que es quien cuenta su historia, y algunos pájaros que la riman. Sobre su sepulcro ignorado, los señores von Schereng pasan envueltos en sus negros mantos, sobre sus caballos veloces, haciendo sonar sus trompas de oro.

---

NOCHE SÉPTIMA

— —

**SOBRE MENÉNDEZ Y PELAYO**



La muerte de Menéndez y Pelayo causó en nuestra tertulia tal efecto, que, anonadados todos, preguntábamonos qué hay de firme en la tierra cuando el mayor genio en el día conocido así moría como cualquier humano.

Era allí el genio montañés tan admirado como querido, y aun sólo por solidaridad humana fuera preciso lamentar la extinción de aquella antorcha clarísima que desde las Españas alumbraba todo el mundo. Todos rogaron al doctor que en aquella gran aflicción y pena les consolase, y tras decir él que necesitaba ser consolado antes que consolar, exclamó dolorido:

Tengo hoy que tomar la palabra para llorar con ella en el espacio, y tanto lo hizo á la fecha el corazón sobre los ojos, que hablando herido por el dolor y apretado del deber, milagro será que no salgan contrahechas mis imágenes de luto.

Tarea ingrata rogáis hoy á mi discreción, amigos, y valor hace falta para ella, porque así como cuando cae herido en el campo de batalla algún famoso capitán, suelen los soldados arrojar las armas y huir, pensan-

do que cuando aquel que los guiaba sucumbió no podrán subsistir ellos, del mismo modo los que en el estudio nos placemos, cuando vemos acabarse una mente tan rica, extinguirse un pensar tan generoso, apagarse una inteligencia tan lauta y finalizar una vida tan provechosa, nos viene en ganas arrojar la pluma, rasgar los libros, encadenar el pensamiento y llorar, no nuestro desamparo y abandono, sino la pérdida y el fin de aquel á quien lloramos.

Fuera, con todo, obrar de tal manera censurable debilidad, máxime cuando, tratándose de quien hizo tan copiosa y útil obra, podemos nosotros hacer gran bien, sin otro trabajo que difundirla y engendrar gran provecho y cultura con sólo aconsejar que la lean á quienes, por sus pecados, no lo hayan hecho ya.

Fué tan vasta la labor de Menéndez y Pelayo, que tan sólo lo corto de su vida puede dar medida cierta de su talento y facultades. Eran éstas, no privilegiadas, sino sorprendentes y monstruosas, en forma y tono, que en punto á ordenada retentiva y sereno saber, no creo yo que en materias literarias pueda comparársele con figura alguna de la Historia. Porque Erasmo, con ser muy sabio latino y escribir aquella lengua con tan particular elegancia y donosura, que vino á

crear un estilo nuevo, no la conocía ciertamente mejor que Menéndez y Pelayo, y si en punto á griego pudiera rivalizar (el mismo don Marcelino halla sublimes las traducciones del griego al latín de *Ifigenia en Aulide* y de la *Hécuba*), el filósofo de Rotterdam no era, como el de Santander, hebraísta y arabista.

No puede decirse de él que fuese políglota, porque esta palabra, prosaicamente aplicada á los que coleccionan unas cuantas voces extranjeras y se hacen entender con ellas, no basta para designar á quien, penetrando la esencia y origen de los lenguajes, los hacía en tal forma suyos, que á escribir yo en otros tiempos osara decir que la lengua de fuego descendió sobre él y que tenía don de idiomas.

Su estilo castellano es de una majestad tal como el idioma lo pide y no se puede decir más. Elegante en la expresión y sereno, parco, pero justo de voces, severo y atinado de conceptos; en las alabanzas muy digno, veraz, imparcial y gustoso; en las censuras tan sobrio y templado que harto se echa de ver la pena y desconsuelo con que en justicia falla, y envolviendo toda su obra un tono tan placentero y deleitoso que no parece sino que comunica á las lectores una parte

del gusto y holgamiento que en trabajar ponía.

¿Pues qué diremos de aquella rara honradez en el exponer con que nunca se aprovechó de labor ajena y aquella singular modestia en el citar con que dulcemente regalaba sus trabajos ímprobos, como cosa baladí, para que todo el mundo de ellos se aprovechase?

Y así como quien es amante, cortejo ó rondador de alguna bella dama procura bienquistarse con sus deudos y haber con ellos amistad y confianza, así con todas las lenguas parientes de la nuestra tenía don Marcelino singular intimidad y gratisimo trato. Y esto era en forma, que ni él se recataba de pedirles cosa alguna, ni había favor que ellas osaran negarle, y con gozar él las gracias de todas, ninguna había celos de la nuestra, que, siendo la favorita, tenía á su disposición las demás para que la embelleciesen, honrasen y sirvieran cuando fuese menester.

Fué Menéndez y Pelayo latino y helenista de pura cepa, digno de haber convivido con la elegante corte de Urbino y de haber puesto mano en las empresas de Aldo Manucio y de su suegro Andrés de Asola. Tanto conocía estas lenguas que hallándose escribiendo en castellano, no era raro se le

marchase la pluma con el fervor del entusiasmo y acabase en griego ó en latín el párrafo que comenzó en nuestro idioma.

De los lenguajes modernos tenía dominio de los principales; y cuán acertadamente sabía servirse de ellos, harto claro lo pregonan sus traducciones de Shakspeare y el admirable juicio que, sin ser músico, expuso sobre Wagner, prueba admirable de cuán bien conocía el alma alemana de que es el idioma segura muestra. No hablemos del francés y lean quienes duden la erudita disertación que sobre el decasilabo épico francés hace en el tomo XII de su *Antología de líricos castellanos*, páginas 183 y siguientes.

Algunos que no le han leído le tachan de intolerante. Yo no concibo la intolerancia en nadie, y en él no había de creer tal defecto.

¿Acaso no fué él quien dijo «que los españoles le dolía que no se distinguiesen aun en lo malo (cito de memoria, pero ese es el concepto), dando á entender con ello que lo malo y lo bueno son factores en la vida y que quizás lo que juzgamos pésimo es el pórtico de algo bonísimo que tras ello vendrá? Ni se puede llamar intolerante á quien juzga y aun disculpa con benévola crítica las osadías y atrevimientos del Regocijado

Arcipreste; á quien confiesa con hermosa veracidad que no hay en España más traducción artística de la Biblia que la de Casiodoro de Reyna, y que son la de Torres Amat, mala, y la del P. Scío, detestable; al que se extasía ante los primores de lenguaje que Juan de Valdés, en su «diálogo de la lengua», derrocha, y rebusca y expone las bellezas que atesoró aquel gran escritor en el herético «diálogo de Mercurio y Caronte», no menos que las de su hermano Alfonso de Valdés en el atrevido «diálogo de Lactancio y un Arcediano». También alaba á los dos Encinas, compadece á fray Miguel de Molinos y al doctor blanco, censura con acritud al fanático teólogo Melchor Cano, y á lo menos, en cuanto á la forma del proceso, halla injusta la conducta que se siguió con el arzobispo Carranza.

La obra de Menéndez Pelayo es, sin duda, la más patriótica que por España en este siglo se hizo.

En vez de seguir á los serviles que nos inundaban de critiqueja francesa, sin un valor de dos cuartos, desde su juventud, ¡qué digo!, desde su infancia, esforzose en crear una crítica castellana, honrada, robusta y noble que nos hizo independientes y nos llena de justo orgullo.

Pasó el sabio; lloremosle, sí, pero eleván-

donos sobre el dolor y vencíéndole como caballeros; procuremos imitar. ya que no su talento, su constancia y sus virtudes.

.....



NOCHE OCTAVA

---

DE CÓMO NO HAY PASIÓN NECESARIA Y FORZOSA  
Y QUE TODAS PUEDEN VENCERSE



Entre tantos males como le oprimían, ninguno desconsolaba á nuestro joven doctor y su voluntad en medio de ellos florecía, como los hermosos ojos de una moribunda, entre el dolor que la cerca. Digo que era su voluntad su vida, porque despreciaba la adulación, se reía de la lisonja, codeábase con la muerte y no le atormentaban ambiciones ni le herían desprecios, que por ser él quien era no llegaban á su filosofía y no los sentía, aunque los notase. No hay males para el pensador, exclamaba. Una noche le contradijimos, y entonces él de esta manera razonó:

El justo cae siete veces, y todo el que cae merece perdón, y otorgándole Dios, el hombre que le niegue no merece nombre de tal, porque con orgullo é hipocresía le profana.

Pero de eso á decir que las pasiones son necesarias y que la adúltera y el pecador obran fatalmente, tal distancia va, que el que así se expresa róbase en ocasiones benignidad porque no confiesa su falta, sino que la disculpa y enaltece cargando con sus yerros á la Naturaleza y con sus maldades al sino. El alma generosa, no será nunca

vencida por grosera pasión, y aunque tenga debilidades y pequeñas caídas, el triunfo final será suyo, y así lo prueba el sucedido que os quiero narrar por confirmaros con hechos lo que con palabras afirmé.

## MI TÍA LA SOLTERA (1)

### I

Mi tía, la soltera, ha sido de joven hermosísima, romántica, ha tenido unos amores exóticos y espirituales que han perfumado su vida, y en el reino del dolor del mundo habrá muy pocas almas tan viudas como la suya.

Es alta y majestuosa; su mirar sereno y doliente armoniza con la paz de sus cabellos blancos, peinados en ondas de niña y adornados con juguetes de virgen. Su fisonomía dulce y sus labios rojos que boca de varón no profanó, están hendidos por regueros de lágrimas solitarias, y se han desgastado en las noches eternas besando los pies sangrientos de algún antiguo crucifijo. Su andar es

---

(1) Esta novela fué premiada y publicada con el título de «Soñar en vida y despertar en muerte» en la importante revista de Madrid «Los Contemporáneos». De la acogida que el público la dispensó baste decir que se han hecho de ella tres ediciones en poco más de un año.

lento y procesional; sus manos enguantadas siempre, no oprimen nunca el abanico, arma de coquetería que le aterra, y en sus trajes grises, de un luto vergonzante, se adivina el dolor peregrino de su misteriosa viudez.

Mi tía, la soltera, es un ser excepcional é incomprendible para quien no conozca la historia cruda de sus amores misteriosos.

## II

Mi tía es hija de marqueses; sus abuelos descendían de reyes, y en las ejecutorias de la casa se leen nombres sonoros de generales y arzobispos; quizás hay también santos, pero no lo recuerdo. Nació mi tía en el viejo caserón de sus abuelos, una masa negruzca, abortada en las primeras transiciones del estilo románico por el meollo soñoliento de algún arquitecto errante. Apenas si hoy se perciben en él los trazos de aquella escuela que nacida para lo grande sólo es bella en poder de los maestros. En el castillejo remendado cientos de veces, nada podría descubrir de notable un investigador de líneas y estilos, pero las almas abiertas á las sensaciones bellas hallan en él tendencias místicas, ansias de religiosidad, un ambiente hierático. Me lo han confesado así, en sus tertulias vésperas y uniformes, muchas viejas abadesas de conventos vecinos, y más de

un canónigo arqueólogo y un prelado investigador y viajero han sonreído afirmativos en las sombras de la estancia grave, confirmando el dicho feliz. Así es, en efecto: la naturaleza cercó el palacio de mis abuelos con un ámbito de robles enmedio del cual se alza su escudo como el cuerpo de un mártir á quien ellos, por la comarca entera adorasen; de modo que parece además una girola. Un río lame sus plantas causando rumor de salmodia, y sólo de vez en cuando se encrespa y crece como las pasiones en el alma de un justo, para volver luego á su estado anterior, vencido por la gracia divina. En el trifonio de su balconaje canta el viento cual inmortal sochantre, y en la fachada principal, entre las archivoltas, hay tres estatuas, reproducción quizás de mártires modestos y desconocidos, cuyos escultores nacieron para perpetuar sus rasgos, pero no sus nombres. Esta es una opinión de mi abuela, que se propuso y contaba saludarlos en el día del último juicio. Aquellas estatuas debieron nacer en el segundo y pleno período de nuestra escultura á juzgar por sus rostros sin formas, sus manos gigantes y sus pies ciclópeos, lo extático de sus actitudes y lo ceñido de sus túnicas que se les pegan al cuerpo como si las humedeciese el sudor que causa el arrobamiento.

En este palacio nacieron mi tía y mi madre, y yo pienso morir en él.

### III

Mi abuelo era, á más de marqués rancio, pequeño propietario y cazador certero. No estaba atacado de anglomanía en sus cuerdas, ni de galicismo en sus frases. Tres caballos del país, nervudos, pequeños y crinosos, y cuatro mulas carroceras y frailunas, era todo lo que había en las caballerizas, sin contar los dos mozos que las cuidaban. Su jauría formábanla perros enormes, feroces é incansables, que de noche guardaban la casa y de día perseguían por los montes al oso y al jabalí. Casi todos morían sobre el campo de batalla de dentellada ó colmillazo; y así, como no hay en el mundo pedazo de tierra sin una tumba española, no había en el valle rincón escabroso sin el esqueleto de algún perro de mi abuelo.

Mi abuela era bellísima y afable. Vestía con sencillez de aldeana, y cuando no se lo impedían las lluvias bajaba á la iglesia del pueblo para adornar los altares con flores que nacieron en su huerto ó de sus manos, según la estación y los tiempos.

En primavera y en verano tenían una tertulia solemne en el principal de sus inmensos salones. Allí venían á decir cosas santas,

serenos; frailes descalzos que respiraban santidad y mansedumbre y permanecían con los labios cerrados, los ojos bajos y elevado el pensamiento, hasta que alguien deseaba conocer algo de lo mucho que sabían; algún obispo que hacía la visita pastoral y se aposentaba en nuestra casa sonriente y seráfico.

Mi tía tenía dos hermanos y dos hermanas; sus hermanas la acompañaban siempre; los hermanos servían al Rey lejos de la Patria, y vivían en las mentes femeninas como arcángeles, entre humo y fuego, espadas brillantes y relucientes cañones. Los cuatro eran mayores que ella. Mi abuela rogaba á diario con sus hijas y por sus hijos, y en la mente de las niñas eran éstos seres prestigiosos é invulnerables que inspiraban amor y respeto, ya que respetuoso es todo amor en las mujeres. De vez en cuando llegaban emisarios embarrados que traían cartas de los nobles militares. Venían seguidos de una procesión doliente de aldeanas angustiadas que también tenían hijos en la guerra. Si había carta para alguna de ellas y se la traía á que la leyera, mi abuela, que era señora además de madre, tomaba el pliego sin descomponerse ni palidecer; rasgaba el sobre con heroísmo espartano (siempre antes los ajenos que los que á ella se dirigían)

hermosas ancianas de tocas blancas y negras que eran abadesas y prioras, y mi tía se acostumbró á besar sus rosarios enormes que se deslizaban por aquellas manos niveas, cual cadenas sin fin, arrastrando almas ardiendo del purgatorio al cielo. Acudían nobles severos, de hablar tardo y conceptos y leía cosas horrendas de heroísmos y de muertes. Hablábase entonces de la guerra para maldecir á los que la buscaban, que nunca creyeron ellos que su patria las provocase, y deseando suerte propicia y heroico valor á los seres queridos, corrían en el zaguán del palacio bellos raudales de hermosas lágrimas, que vertían, madres, novias y hermanas.

Los sábados llegaban caravanas andidas de pobres harapientos que pedían por amor de la Virgen. Ese día estaban los perros amarrados para que no hicieran daño á cualquier necesitado atrevido que penetrase en el jardín.

Las virgencitas los socorrían á todos menguando con ello su patrimonio escaso y recurriendo quizás á privaciones duras. Pero por la noche soñaban con ángeles y santos.

## IV

Cerca del palacio había una espaciosa casa de cierto labrador rico, colono de mi abuelo. Era un hombre honrado y temeroso de Dios, que no infringió jamás sus mandamientos. Cazador experimentado y gran andarín, gozaba la confianza de mis abuelos. Casóse tiempo hacía con una doncella que sirvió en nuestra casa, y tenían cinco hijos de la edad de mis tíos, sobre poco; pero ellos eran más viejos, que no pueden quienes no tienen medios casarse euando quisieran y sería conveniente.

El mayor de los cinco vástagos tenía tres años más que mi tía Eulalia. Era un muchacho grande, de ojos verdes y cabello castaño casi rubio, abundante y cuidado. Solía acompañar á mi abuelo y su padre en las correrías por los bosques, y aun manejaba ya el cuchillo de monte y la escopeta. Parecía audaz, valiente, emprendedor y activo, y en sus ojos verdes fulguraban los resplandores de la inteligencia y la serenidad.

Frecuentaba nuestra casa con el beneplácito de todos los de ella y el orgullo de cuantos moraban en la suya. Cuando volvió de su primera expedición á las altas montañas trajo rabos de zorro, piedras de colores y

un tejón vivo, todo lo cual fué para las dos hermanas mayores, porque mi tía Eulalia sólo quiso para ella un ramo de flores amarillas cogidas al borde de un abismo sin fin.

También quiso el muchacho mandar la piel del primer oso que cayó al plomo de su escopeta á los dos militares que combatían por el Rey lejos de la familia amada; pero se le hizo comprender la dificultad de enviar aquel regalo á tan lejanas tierras, y además que no dicen bien los lujos ni las pieles en los campamentos sobrios donde pelean los héroes por alcanzar con sangre ajena y propia la gloria inmortal. El se hizo cargo de todo y llevóse la piel: no quiso que lo destinado á otros quedase en nuestro poder.

«Se lo daré cuando vuelvan», dijo, y mi abuela le agradeció la profecía con una sonrisa de mujer y una lágrima de madre.

Este muchacho tenía un nombre sonoro y amadísimo; se llamaba Enrique, que es alcuya de reyes y de confesores de reyes. Mi tía, la soltera, mostróle siempre gran predilección, y salían juntos en las tardes invernales á gozar el esplendor de la Naturaleza esa madrastra que nos lo da todo y todo nos lo quita. Al llegar Mayo y al venir Octubre Enrique era quien acompañaba á mi tía hasta la iglesia del pueblo para «rezar las flores

y el Rosario», y en muchas ocasiones juntos se depositaron á los pies de la Virgen los ramos que ellos cogieron juntos. Yo me los imagino, niños y felices, vagando con las manos unidas y la risa en los labios, por los campos llenos de sol, y los compadezco mucho, ¡hoy que están separados para siempre, después de haber sufrido tanto!

## V

El santo de mi abuela, que era la fiesta de San Luis, fué siempre en la vieja mansión un albo día de hermoso regocijo que aun los músicos del pueblo no lograron turbar con sus remedos de notas. En tal ocasión cantábase en la iglesia misa de tres, aunque nunca hubo en ella menos de nueve curas que venían de lugares lejanos, montados en bestias sardescas, atraídos por la fama del banquete señorial.

Seguíanles caravanas famélicas de familias errantes, que en viendo dos ó más juntos auguraban sobras espléndidas de abundantísimos manjares.

En la iglesia, en el palacio, en el pueblo, en todas partes, aun en los montes, cantaban y reían aldeanos y pastores aquel día feliz.

Cuando mi tía Eulalia contaba ya trece

años y Enrique. el intrépido cazador, rayaba en los dieciséis, ocurrió un suceso de gran importancia para los dos, porque los demás no le supieron ver ni sentir. La misa fué agradable á más de sublime y santa, porque hubo en ella cantores de gusto y un predicador de nervio. Los caminos estaban florecidos por los últimos besos de la estación calmante, y las almas alegres, henchidas de amores y fe, dos cosas sin las cuales es imposible, no ya la felicidad, sino aun la tristeza, porque sin ellas no es dable vivir.

En el remozado tinelo agrupábanse tantos manjares rodeados de tales personas que nunca se vió más ni mejor honrada la vieja mesa donde tantas manos marfileñas se posaron; había, sin embargo, una grosera y simpática excepción. Los dos antiguos colonos, padres de Enrique, y éste con ellos, sentábanse á la mesa de sus nobles señores por vez primera en tal y en todas las ocasiones.

Estaban los viejos cohibidos y medrosos, mirándose sin cesar con angustia entre ellos, y observando á los demás con ansia para ver qué postura adoptar y averiguar cómo y con qué se comían los diversos manjares que les servían. Sus cuerpos enormes se destacaban exóticos sobre los tallados respaldos de las sillas vetustas, y sus manos

inmensas y negras contrastaban con la blancura del mantel. Enrique, en cambio, sólo desdecía en la sala por la pobreza de sus limpios vestidos, que tampoco armonizaban con su talla elevada, su porte arrogante y la dulce y serena expresión de sus verdes ojos. Comía señorialmente, pausado y grave, sin mirar ni imitar á nadie, porque averiguaba el uso y empleo adecuado á cada cosa, con elegante intuición. No tenía esa graciosa y fácil verbosidad propia de artistas ó gente de cultivado trato, pero sí una majestuosa dignidad nativa que no era menos bella por estar en bruto.

Durante la comida se habló de cosas razonables y graves; entre otras de la guerra que se reñía á la sazón, de los peligros que corría la Iglesia y de los males que amenazaban al Papa. Crujían las sedas de luengos trajes al decir y oír tales cosas; castos ojos se levantaban al cielo velados por el llanto; vagaba por los labios caídos y elegantes alguna oración tierna aprendida de las bocas paternas en la niñez lejana; se crispaban bajo la mesa y sobre las botellas puños ciclópeos de valientes hidalgos; pero luego sonaban himnos de esperanza y renacía la calma en los espíritus y la sonrisa en los labios.

Terminó la comida, y en la prolongada

sobremesa mi abuela, sonriente y dichosa, dió una noticia alegre, grata:

—No es —dijo— solamente para honrarme para lo que aquí han venido Juan y María, nuestros aparceros. Yo también me honro sentando á la mesa á ellos y á su hijo, que será pronto un sacerdote si el Señor lo quiere. Sus padres lo desean así, y es de creer que el cielo le otorgue la vocación que por su obediencia merece. Este gran suceso celebramos hoy antes y sobre el de mi santo.

Oyóse un rumor de complacencia. Las ancianas abadesas miraban á Enrique absortas y respetuosas como á un futuro santo. Los canónigos graves sonreían.

—¡¡Que Dios le ayude!! ¡Que la Virgen Santísima le proteja! —murmuraban por doquier labios cristianos. Su madre lloraba silenciosamente, incapaz de vencer tanta emoción.

Mi tía, la soltera, se había puesto más pálida que las blancas rosas y los albos lirios que adornaban el centro de la mesa. Un temblor convulsivo agitaba su cuerpo virgen, y por sus mejillas de niña descendían las primeras lágrimas arrancadas á sus ojos por un dolor de mujer.

Enrique también tuvo en el fulgor de sus ojos verdes un relámpago de honda y terrible amargura, y su luz de esmeraldas se

encontró con el negror de los de mi tia. ¡¡Qué de cosas se dijeron ambos en aquella mirada!! pero callaron y se normalizaron, con un esfuerzo prodigioso, digno de la grandeza de sus almas.

El padre de Enrique creyóse entonces obligado á intervenir en la conversación. Daba las gracias con frases de aldeano, empleando verbos extraños y adjetivos peregrinos. Sus manos descomunales trazaban en el aire círculos enormes y caían sobre la mesa aplastantes y sonoras. Se le oía con benévola complacencia, hasta que mi abuelo le interrumpió:

—¡Basta! ¡Basta!

—Yo no sé hablar—dijo el gigante;—pero sé sentir. Gracias. Gracias.

Y todos decían que le habían comprendido y que estaban satisfechos, alegres y agradecidos á su expresión sincera. La tarde empezaba á declinar. Por los flamígeros ventanales entraba ardiendo una luz caótica y dolorosa.

Mi abuelo se puso en pié, y todos tras él dejaron la estancia. En el zaguán sonaban palabras tristes de tiernas despedidas.

Algunas ilustres ancianas subían á sus carrozas diciendo que al año siguiente no podrían volver y verían la fiesta desde el

cielo. Los sacerdotes bendecían al marcharse con melancólico siseo.

Bajo los robles una muchedumbre familiar se disputaba los restos del banquete.

Mi tía y Enrique salieron á prodigarles frases de consuelo y oyeron sus historias de dolor.

—¡Ay, señoritas!—gemían los viejos amarillentos y las niñas lazarillas que rogaban por los caminos polvorosos hasta que el desarrollo de sus cuerpos las precipitaba en la odiosa esclavitud de la prostitución maldita.

Todo acabó, y al volver á palacio mi tía preguntó á Enrique:

—¿De veras irás al Seminario?

—Sí, señorita.

¿Y nos dejarás?

—No, señorita. Tenemos vacaciones todos los años y en ellas vendré.

—Pero no podrás cazar.

—Dios lo quiere.

—Ni.... ni.... bailar.

—Dios lo quiere.

Y el hermoso muchacho sonreía con doliente calma y heróico gesto de resignación.

—Y te olvidarás de nosotros—insistió trémula la doncella.

—¡Eso no, señorita! ¡De usted... de usted no me olvidaré jamás!

Habían llegado al dintel del palacio. Mi tía Eulalia traspasóle llorando, y llorando pasó en su dormitorio la tristeza de aquella noche.

## VI

A la siguiente mañana bajó Eulalia á la misa del pueblo. Acompañábala un quintero hablador que durante el camino auguraba sobre las próximas cosechas. Mas ella, por primera vez, no tuvo respuesta para las palabras de un humilde.

En la iglesia estaba ya Enrique y sus padres llorando y gimiendo

Debían separarse muy pronto, y los tres oraban fervorosamente.

A los piés de las imágenes se marchitaban las flores que Enrique y Eulalia pusieron juntos el día anterior.

Fué la última. Ya no volverían á esparcir perfumes frescas flores que sus manos en unión cortaran y atasen.

Mi tía rezaba con tal devoción que su rostro, aunque más bello, tenía la expresión de las estátuas del palacio. Sus manos deshacían el pañuelo de finos encajes que bordaron en mejores días. Una vez sus ojos fueron á buscar inconscientemente á Enrique, y halló que los del muchacho iban hacia ella de la misma manera. Se pusieron colorados y rezaron más que antes, clamando á

Dios con mayor fuerza porque se sentían más débiles y más solos. Terminada la misa llamó mi tía al demandadero de unas monjas vecinas, que iba á la ciudad de vez en cuando, le entregó un billete perfumado y le dijo al oído muchas palabras dulces con su boca de profetisa.

El gañán aspiraba embelesado el ardiente divino aliento de la casta doncella, y en su carota se reflejaba un júbilo candoroso, una alegría salvaje de indio á quien enseñan frágil collar de relucientes vidrios. Era sin duda un encargo muy delicado el que le hacían, y él juraba guardarlo bien y defenderlo mejor, porque mecía lo más blandamente posible sus manazas negras y sacaba con aire de reto el ancho pechazo.

Por los senderos húmedos aún de rocío regresaban al palacio mi tía y el quintero mustios y desconsolados. Los campos y los árboles, cubiertos de transparentes gotas, parecían llorar con hermoso llanto las penas de dos hijos del valle. El rumor del río, era cual un sollozo, el viento no pudiendo consolarle, enmudeció como varon fuerte que no gasta lágrimas inútiles ni consuelos baldíos.

Durante la comida de aquel día y los que le siguieron, mi tía habló como nunca, rió desusadamente, su ingenio estaba despierto

como jamás lo estuvo. En el palacio todos se hallaban admirados de aquel cambio y á todos les placía y contentaba.

Sólo una antigua sirvienta que crió á mi tía á sus pechos, andaba desconfiada y recelosa, creyendo en embrujamientos y hechizos,

Ama Joaquina, chiquitina y panzuda, con el rostro de facciones gruesas, afilado por el espanto, salía por las noches con un «tanque» de plata, y traía de la iglesia agua bendita que acariciaron rayos de la luna. Y cuando mi tía dejaba su dormitorio, entraba sigilosa y cauta y manejaba sobre muebles y cuadros el hisopo abstergente, pronunciando extraños conjuros.

## VII

El mandadero de las monjas llegó siendo portador de un objeto extraño en sus manos, por la forma y adecuado á las almas puras cuyos cuerpos servía. Trajo un estuche de terciopelo y dióselo á mi tía que en el balcón le aguardaba desde luengas horas, y bajó presurosa á recibirlo. En el fondo del estuche se guardaba una medalla de oro macizo que representaba al hijo de Dios con el Sacramento de Amor entre las manos.

Mi tía, cuando estuvo sola, se postró ante la medalla y la adoró.

### VIII

En casa de Enrique se hacían preparativos de marcha que traspasaban de dolor el corazón de mi tía.

En un baul enorme ribeteado de clavos, guardábanse lienzos y libros adquiridos con las economías extraídas del arca donde se depositaron á costa de tantos sudores. El muchacho, grave y tristón, veía todo esto con aparente indiferencia, y cuando su madre le aseguraba que él sería la salvación y el honor de la familia, suspiraba hondamente, como si aquella salvación y honor le costasen un sacrificio inmenso. Eulalia, la hija del Marqués, iba de vez en cuando á examinar las obras, y llevaba siempre alguna labor delicada que hicieran ó perfeccionaran sus manos de princesa. Cierta vez llevó una docena de pañuelos bordados por ella con las iniciales del muchacho.

Algunos pañuelos estaban salpicados de sangre, porque al bordarlos le hirió la aguja sin duda en una convulsión de sollozo que conmovió su cuerpo virgen y fatigado. En la casa labradora vieron y agradecieron la sangre de sus dedos; pero ignoraron la de su alma, que había sangrado mucho más.

En la tertulia señorial se decía: Faltan tantos días para que Enrique se marche;— y Eulalia se reía porque no la dejaban llorar.

Llegó al fin, el fatídico día para la marcha señalado. Las familias, noble y plebeya, comulgaron juntas con el alba, y se reunieron luego en casa de Enrique.

Mi tía tuvo medio de llamar la atención al estudiante y hablarle á solas, y sacando el estuche extrajo de él la medalla. La pobre niña no tenía cadena ni cinta para colgarla al cuello del futuro sacerdote, que en su dolor hasta eso había olvidado. Dejósela sobre la mano, y toda ruborosa y agitada, víctima de su misma timidez, reía, reía, reía, con esa risa falsa del dolor intenso, que tan bien mienten las mujeres, y que creen los necios y los brutales signo vivo de placer. Enrique le tomó gravemente las manos. El no se reía, estaba triste, muy triste, y tan agradecido que no sabía qué decir. Hincóse de rodillas y tomando la mano de Eulalia besósele ardientemente, con hondo cariño, con indescriptible amor. Fué el primero y el último. Desde entonces no ha vuelto á recibir mi tía otro beso de varón.

Agitada por aquella emoción nueva, la pobre doncella seguía riendo, riendo, mien-

iras por sus mejillas corrían dos lágrimas ardientes. Enrique tampoco se atrevía á decir nada; mudo como su dolor, oprimía el regalo entre las manos sin proferir palabra.

Los llamaron.

El carro esperaba ya en la puerta, y en él montaron todos.

Nacía un sal desmayado de otoño, y ante la vista, pasando el bosque de robles, extendíase un valle sembrado de colinas que le dividían y apresaban como muchos tiranos que se reparten un gran reino. En este punto se despidieron quienes los acompañaban del estudiante y su padre.

El muchacho dijo:—Hasta la vista—y volvió el rostro.

La doncella no habló para que sus sollozos no se notasen, y pensó con amargura que Enrique no tenía corazón. ¡Pero cuánto se equivocaba!

## IX

Tornó al valle natal el exquintero narrando cosas del seminario y de su hijo, y Eulalia se informó detenidamente de cómo vivía, y de los medios que contaba. ¡Nadie deseaba como ella la prosperidad y el bienestar del muchacho!

Ya no volvió á romerías ni á bailes; se pasaba las horas en el balcón contemplando

los caminos que conducían al Seminario. En sus mejillas había trazos de lágrimas; pero como reía tanto, nadie en ella las sospechó, á excepción del ama Joaquina, la supersticiosa sirvienta que la crió á sus pechos. Esta la espiaba día y noche, y sentía sus dolores como si fueran propios; pero no conocía la causa. Un día los dolores aumentaron y se repartieron por el palacio, oprimiendo á cuantos en él moraban. Un mensajero trepó al castillejo pálido y sudoroso. Venía precedido de un espolique trémulo, y era un señor conde severamente vestido de negro, con rostro triste y amarillento, gesto avinagrado, ojos medrosos.

El señor conde habló á mis abuelos, y los ayes de dolor de éstos llenaron la estancia. Mi tía y sus hermanas acudieron á ellos y lloraron también.

Aquel conde era un nuestro pariente, que venía de Madrid portador de nuevas fatales; los dos bravos militares cuyas figuras bélicas vivían como ángeles en las mentes femeniles del palacio vetusto, habían muerto en la guerra defendiendo su honor y la hacienda del Rey.

## X

Poblóse el palacio de gentes caritativas que llegaban á tributar consuelos á mis

abuelos y á sus hijos. El santo nombre de Dios llenaba todos los salones, y al caer la tarde rezaban por los héroes muchos santos monjes y esposas del Señor, aliviando con sus preces el dolor de los padres. Mi abuela no se quitaba el pañuelo de los ojos amantes, suspirando sin tregua por sus hijos del alma.

Llegó una carta de Enrique dando sentido pésame.

Mi abuela la arrojó al suelo después de leerla, pero mi tía Eulalia la guardó para besar la huella de las manos del estudiante.

En una caja de ébano nos enviaron los sables de los jóvenes mártires, y se les puso en la capilla adornados con lazos de luto. Los escudos cubriéronse con paños negros, y cuando los aldeanos cruzaban ante ellos decían suspirando: — ¡¡ Pobres señores!! ¡¡ Pobres señores!!

Los sensibles y las madres lloraban, y los que eran piadosos rezaban por las almas de los muertos una ruda oración, llena de fe.

De vez en cuando recibía Enrique en el Seminario una donación anónima para ayudarle en sus estudios y proporcionarle cierta comodidad. No sabía de dónde procedía pero la guardaba suspirando porque lo sospechaba.

Mi tía Eulalia no gastaba nada. Se vestía

con tal sencillez que rayaba en pobreza; pero estaba alegre y reía con su risa de plata.

## XI

Los valientes militares socorrían á sus padres con una módica y necesaria cantidad mensual. Muertos aquéllos faltó ésta, y mi abuelo trató de sustituirla con rentas firmes, y emprendió negocios que creía seguros.

Viles mercachifles, asquerosos comerciantes y repugnantes corredores invadieron nuestra casa en hedionda procesión. Con ellos entró la escasez y la penuria. Hacía falta dinero, y mi abuelo vendió en parte el ámbito de robles con que Dios cercara nuestro palacio.

Una turba de leñadores llegó con sus hachas impías á demoler aquel bosque sagrado. Fué en la época de las nieves cuando la blanca enemiga que desde las montañas caía sobre el castillejo veíase detenida por los árboles que le escudaban con sus pechos de gigante. Aquellos robles eran para mí tía un recuerdo vivo de su malogrado amor. Junta con ellos vivía en su mente la imagen de Enrique; sólo ellos habían visto el beso que recibió en la mano y oído, quizás guardado, los suspiros de amor de la doncella.

Todos amaban á los robles, y la familia entera acudió á despedirlos y á verlos morir.

Los ancianos gigantes rodaban por el suelo lanzando tristes suspiros ayes de dolor, mas no de queja, que eran incondicionales servidores nacidos siglos hacía, al servicio de una noble casa.

Bandadas de pájaros ateridos dejábanlos al caer, llorando la pérdida de su patria, la destrucción de la ciudad de sus padres, donde por cientos de años se respetaron sus débiles nidos como inexpugnables fortalezas... Era un cuadro de dolor y desolación digno de ser cantado por la bíblica voz de los profetas.

Toda la familia de mis abuelos lloraba sin rebozo aquella tristeza grande y justificada, toda menos mi tía, la soltera, cuyas lágrimas estaban consagradas á Enrique y á la soledad; pero su rostro tenía una expresión tan majestuosa y tan doliente que infundía respeto más que piedad.

Blanca como la nieve que la rodeaba, alto al cielo el fino rostro y los dolientes ojos, caídas las manos de marfil sobre el dolor de su traje negro, parecía una escultura que los espíritus sabios de todos los grandes estatuarios muertos, se hubieran complacido en levantar con la nieve misma,

para que la perfección viviese en el mundo unos instantes y se derritiera después como sus vidas agitadas.

Terminó la tala, y en el castillejo entraron los desdichados nobles llorando. Eulalia no lo hizo hasta que estuvo sola.

Enrique gozaba anualmente de unas cortas vacaciones, pero durante ellas no frecuentaba nuestra casa. Mi tía y él no habían vuelto á hablarse á solas, y aun puede decirse que ni aun mirarse, porque tornaban los ojos cuando se encontraban. El mozo llevaba al cuello, no obstante, la medalla que de la niña recibió, y cuando bajaba á la iglesia y veía los santos sin flores, los ojos se le llenaban de lágrimas, pero no se atrevía á hacerles ningún donativo que viniendo sólo de sus manos carecería de valor á los ojos de los príncipes del cielo.

Andaba el robusto joven siempre solo, y por lo regular pasaba las horas en su despacho entre libros y laureles ganados en lides seminarísticas, que su inteligencia era tan grande como su voluntad.

Este despacho era una modesta salita enjablegada, sin otros muebles que tres sillas de paja, una mesa de pino y un dosel de terciopelo que severizaba á un crucifijo.

Cierto día de los últimos de su carrera hallábase el seminarista repasando, en la

descrita habitación, viejas fórmulas escolásticas.

«Terminus esto triplex, medius majorque, minorque».

«Latius hos quam praemissæ, conclusio non vult».

De pronto, unos nudillos suaves golpearon en la puerta débilmente.

—Adelante—dijo el muchacho; y mi tía entró en el cuarto temblorosa, azorada. Por un instante los dos permanecieron aterrados; pero el siervo de Cristo recobró muy pronto su pasmosa serenidad, é interrogó con sus dulces y grandes ojos á la noble doncella.

—Tenía que pedirte... digo que tenía que pedirle á usted un favor—musitó mi tía tartamudeando de emoción y casi desfallecida.

—Siéntese usted—dijo el seminarista interrumpiéndola y presentándole respetuosamente una silla, pero sin apearle el tratamiento como la otra quizás esperaba.

—Dirá usted—siguió ella cada vez más desacertada y confusa,—dirá usted que soy muy imprudente.

—No, señorita, digo que usted es muy confiada, y hace bien en serlo, porque es muy buena y Dios no desampara nunca á los buenos.

Hubo un silencio embarazoso. Mi tía prosiguió:

—Siempre he tenido por usted un interés muy grande, por eso desearía saber si está usted contento con la carrera á que sus padres le destinan. Si será usted en ella feliz.

—La voluntad de mis padres es para mí sagrada; estoy resignado; habiendo resignación existe fe, y donde vive la fe no se concibe la infelicidad.

Callaron ambos de nuevo. El futuro sacerdote preguntó:

—¿Sólo deseaba usted eso?

—Sólo eso—respondió mi tía.

—Gracias—dijo él con vehemencia, levantándose.

Tuvo un impulso natural y juvenil de arrodillarse ante ella y besarle las manos como antaño; pero se contuvo con esfuerzo titánico, y quedó su caluroso movimiento en una fría revenida.

Mi tía salió de la estancia muy triste y algo despechada.

Apenas franqueó la estancia cuando el seminarista cayó de rodillas á los pies de un crucifijo, cubriendo de besos las heridas divinas.

No se sabe cuánto tiempo estaría en esta posición; pero á media noche oyeron sus padres entre sueños, y lo creyeron pesadi-

lla, un ruido espantable como de correas plomosas que desgarrasen á golpes una carne robusta y joven. Al otro día, cuando la madre de Enrique penetró en su aposento, hallóle fregando el suelo, según dijo, para limpiar ciertas manchas de tinta roja.

## XII

El joven aldeano terminó su carrera con inusitada brillantez. El gran día de su primera misa estaba anunciado ya, y todo marchaba bien menos la salud del celebrante y la alegría de mi tía, que traspasaba los límites de lo correcto.

—Esta chica está loca—decía mi abuela disgustada.

El ama Joaquina no participaba, sin embargo, de tal opinión, y visto el poco éxito de sus conjuros determinóse á consultar á una bruja muy temida en el valle, que moraba en lo más alto de una desierta montaña. Los más viejos del pueblo la habían conocido anciana, y se decía de ella que era del tiempo de los moros, y tenía la vida asegurada hasta la víspera del juicio final.

Hasta su cabaña llegóse el ama en la tarde de un sábado, á fin de cogerla en casa antes que montada en su escoba, tomase el camino de Cernégula

La bruja estaba sentada en la puerta de su casa sobre una albarda inútil que debió tirar algún labrador. Era gibosa, pero no podía decirse por dónde, tan arrugada estaba; los párpados rojos y las cejas espesísimas daban á sus ojos un aspecto de centellas; sus dientes eran grandes y pocos, y todo el cuerpo parecía resto exiguo de animal antediluviano.

¡¡Una vieja!! —dijo sorprendida al mirar al ama Joaquina, luego:—¿Qué te pasa, mujer? ¿Casaste tu hija con quien la maltrata? ¿Tienes hijos en la guerra ó en el mar, ó te enamoraste de algún zagal que te desprecia?

—Nada de eso—respondió Joaquina, con temblorosa voz.—Todos mis hijos murieron en la cama á poco de nacer, y no soy andariega ni descocada. Vengo por el bien de mis señores, á quienes debo la vida que me queda. Tienen una hija embrujada... Tú la puedes desencantar, hazlo y te daré cuanto poseo.

La bruja se levantó apoyándose en su báculo de avellana.

—Tú eres criada de los señores del palacio. ¿No?

La sirvienta dijo que sí con la cabeza.

—Pues pasa —gritó la vieja, extendiendo su garra hacia el dintel de la cabaña.

La puerta de ésta era tan baja que para entrar en ella era necesario agacharse, prestando acatamiento al demonio. El interior era espantable. En un hogar medio derruido ardían débilmente algunas brasas; en el centro del único salón del palacio infernal había una mesa de pino con naipes encima, y dos taburetes á los lados; un macho cabrío rumiaba en un rincón un pienso invisible y misterioso.

La bruja hizo sentarse al ama Joaquina en uno de los taburetes, y ella lo verificó en el otro. Luego tomó las cartas y sin dejar nunca de mirar á la pobre mujer, murmuró lentamente:

—Satanás estuvo aquí hace poco.

—¿...Y...ese...?—preguntó el ama oprimiendo su escapulario con terror y señalando al macho cabrío.

—Ese es otro diablo. Pero no tengas miedo. Tiene figura corpórea, y mientras esté de éste, aquél no puede hacer mal á nadie.

—Aún estará así varios días; le tengo castigado—añadió la domadora de diablos con horrible sonrisa.— Por culpa suya hemos perdido dos almas esta semana que pasó...

Luego, gozándose interiormente del terror de la aldeana:

—Empecemos—dijo.

—Parte la baraja, y arrojó sobre las brasas un manojo de leña seca, que crepitó con temeroso rumor... llenando de sombras fatídicas la casucha.—Así,—decía la bruja manoseando las cartas.—Una, dos, tres. Levanta ahora. Oros... otra vez. «Una, dos, tres. Levanta ahora. Oros... otra vez, Copas. Oros y copas, está enamorada. A ver ese caballo; no es un rey. Manto lleva. ¿Tú conoces alguno que lleve manto?

—¡¡¡Santísimo Dios!!!—gritó el ama, esta vez con tal acento que asustó por un momento á la hechicera misma.

—¡¡Santísimo Dios!! no haberlo conocido hasta ahora. ¡Necia de mí que no supe verlo! ¡¡Empezó con la carrera el sufrimiento, y al acabarse los estudios se extinguirá la vida de mi señorita!! ¡¡Necia de mí que no supe verlo!!

—¿Qué diablos te pica?—preguntó la hechicera echándose anhelosa sobre la mesa ahita de saber la verdad.

—Nombre al del manto tres veces para que los demonios nos ayuden.

—Enrique. Enrique. Enrique—repitió el ama aterrada Y canta misa el jueves que viene. ¡¡¡Cielo santo!!!

La hechicera saltó en su taburete.

—¡¡Un sacerdote!! Dices que un sacer-

dote. Pero ¿tú ignoras, desdichada, que con las cosas de Dios no se puede jugar? ¿Tú ignoras que El puede más que todos los diablos juntos?—Y la vieja decía esto con verdadero terror... porque conservaba un resto de supersticiosa fe.

—¿Pues no lo sabía usted ya?—preguntó el ama atolondrada. —¿Y cómo dijo entonces que llevaba manto?

—Te diré, como saberlo lo sabía; pero alguien que tú no ves, me está diciendo al oído cosas de mucha dificultad.

Chasqueó la lengua, y el macho cabrío respingó.

—Mira como salta. Está agoliendo la ocasión de que le perdonen y de ganar otras dos almas como las que perdió. El caso es malo, malo, malo.

—Malo, malo, malo—repetía aterrada la segunda madre de Eulalia.

—Para arreglar casos difíciles está la «cencia»—dijo al fin la vieja, con orgullosa y cascada voz.

—¿Quieres que llame á Lucifer para que hablemos los tres de eso?

—¡¡No por Dios!!—gritó el ama juntando las manos con espanto, anhelante,—¡¡no, por lo que más quiera en este mundo y en el otro!!!

La hechicera, compadecida, renunció á la conferencia.

—Espérate, lo arreglaremos nosotros solos. Voy á ver lo que á éste le parece.

Acercóse al macho cabrío y pegó varias veces su oído y sus labios á la boca y á la oreja del animal.

Luego avanzó hacia el fuego y vertió sobre él un líquido verdoso que ardía produciendo un humo sofocante y negro. Este humo tomaba formas extrañas de animales horribles y poblaba de mónstruos la cabaña. La hechicera quemó también algunas hierbas y materias grasas, cuyos residuos recogió guardándolos en un frasco sucio de grosero cristal.

—Toma—dijo dándosele al ama,—juntarás á este unguento veinte gotas de tu sangre y cinco uñas de gato negro; del pozo de donde sacan el agua bendita para la iglesia tomarás igualmente cinco gotas diciendo al coger cada una: ¡Malditas sean las obras de Dios! Después vas con el frasco á la iglesia, y en el momento en que el nuevo cura alce la hostia por primera vez tiras el frasco delante del altar gritando: ¡Salvadme demonios! y con eso la hostia divina se subirá al cielo, y el mozo, no pudiendo decir misa, se casará con tu ama; pero te advierto, que

para que eso suceda tiene tu alma que condenarse para el eterno infinito.

—Mi alma es de mis amos—respondió la fiel servidora, y las lágrimas se atropellaron en sus ojos comprando la felicidad para sus señores y llorando prematuramente la eternidad de sus penas.

—¿Cuánto la debo?

—Pues...—y la hechicera vacilaba—un... duro,

Sacóle de su pañuelo la aflagada aldeana, que ganaba esa cantidad al mes, y se lo entregó. ¿No acababa de vender su alma? Todas las economías de treinta años estaban allí, en su pañuelo de hierbas, y todas con su vida las tenía dispuestas al sacrificio.

—Vete, pues—murmuró la vieja.—Van á dar las doce y pronto vendrá Satanás á buscarme para ir juntos al aquelarre.

Ama Joaquina salió de la cabaña. En el cielo, que acababa de perder, brillaban las estrellas más serenas que nunca; la luna, con sus lípidos rayos, revestía peñascos y arbustos haciéndoles parecer mónstruos apocalípticos y devoradores. En el hondo de los barrancos sonaban gritos infernales de almas condenadas, que saludaban á su nueva compañera.

El ama no se acostó aquella noche. Bajó

á la iglesia y ante sus puertas esperó llorando á que las abriesen.

Cuando las abrieron penetró en el templo, acercóse al cepillo de las Animas, y rezó junto á él unos instantes, huyendo luego.

Horas más tarde bendecía el cura la modesta piedad de los marqueses, á quienes creía donantes de varios miles de reales hallados con asombro y júbilo en el cepillo.

Este mismo día el gato negro del palacio apareció en el zaguán, degollado y con las uñas cortadas. Mis tías se indignaron contra el salvaje matador del inofensivo animalito, é hicieron mil conjeturas sobre el hecho y el autor de él, que tan mal debía quererles.

### XIII

Llegó el día en que el misacantano celebraba sus bodas con Dios... Habíase levantado en la iglesia una cómoda tribuna rodeando el blasonado sitial de mis abuelos, y toda la familia de ellos estaba en aquel sitio privilegiado. Los padres y hermanos del oficiante se sentaban en sillones á un lado del altar, y detrás de ellos estaban los criados de su casa y de la nuestra.

Mi tía la soltera hallábase tan pálida y demacrada que parecía una santa muerta venida de la tumba para presenciar la cere-

monia y partir al cielo en cuerpo y alma después.

También Enrique estaba lívido y tembloroso, y en sus movimientos se notaban señales de cilicios y penitencias.

Flores y colgaduras adornaban la humilde mansión del Señor, donde se congregaba el pueblo entero. Salieron al altar los graves sacerdotes que seguían á Enrique. Este y aquéllos subieron los escalones alfombrados, y comenzó la ceremonia.

Los parientes del celebrante lloraban tiernamente, sin hacer caso de los cantos sagrados. Mi tía Eulalia rezaba con el fervor enfermo con que lo hizo aquel día en que sus ojos hallaron amantes los de Enrique por última vez.

Todo siguió sus trámites normales hasta el momento de alzar. En el instante mismo en que al gemir de las campanillas los fieles se posternaban, y Enrique, solemne y conmovido, alzaba por vez primera en sus manos el Cuerpo del Redentor del Mundo, oyóse un grito sobrehumano, un alarido de bestia infernal, y el ama Joaquina, trémula, espantosa, hirsutos los cabellos y retorcidos como manojos de víboras, relucientes y chispeantes los ojos cual si en ellos brillase el réprobo fuego del demonio que la impulsaba, adelantóse hacia el altar, alto el brazo

rebelde y entreabierta la blasfema boca. Parecía querer arrojar contra el celebrante algo que llevaba en sus manos, y sus labios se movían pugnando por expresar sacrílegas palabras que concibió la mente; pero antes que pudiese llevar á cabo la acción y pronunciar la fórmula, una fuerza desconocida puso rígidos sus miembros, obscureció su pensamiento, paralizó su lengua, y la infeliz cayó al suelo revolcándose en convulsiones angustiosas y lanzando hondos gemidos.

A socorrerla acudieron presurosos sacerdotes y legos, sacósele de la iglesia, arrebatósele de la mano el frasco, y no bien ambas cosas se hubieron hecho cuando cobró el color y el habla, manifestando que sufría mucho y deseaba acostarse, por lo que á su aposento se la condujo.

La ceremonia terminó tristemente, y el *gaudeamus* se suspendió para mejor ocasión, con no poco placer de mi tía.

El médico de la villa llegó por la noche, y recetó á la vieja doméstica un calmante para que durmiese tranquila, quedando todos en crédito al galeno en la plena seguridad de que al otro día se levantaría la enferma, sosegada y tranquila, pasada la emoción que la ceremonia le produjo.

A la mañana siguiente, cuando entraron

á despertar al ama Joaquina, la encontraron muerta en su lecho.

#### XIV

Desde aquel día y hora nadie volvió á encontrar á la bruja del valle, y como algunos curiosos atrevidos subieron hasta el lugar en que estuvo la cabaña, ni restos de la tal cabaña hallaron, con lo cual vinieron en conocimiento de que los mismos demonios cuyo ilícito trato cultivaba su propietaria, la habían arrebatado á los profundos infiernos con cuanto le pertenecía, que no son los diablos gente espléndida ni amiga de dejar á otros lo que pueden tomar para sí. Y por no sé qué coincidencia dieron las gentes en relacionar la bruja con el gato que apareció muerto en el zaguán del palacio, al ama Joaquina con el gato, y á la bruja y á los tres con otra mujer vieja que en el pueblo y sin familia moraba. De donde resultó que el ama Joaquina, por instigación del demonio, había muerto á la bruja en el cuerpo del gato negro; haciéndose todo ello porque Satanás, cansado ya de la que tantos siglos disfrutara, quería cambiar de bruja y zampar la antigua en una caldera de pez hirviendo, poniendo en su lugar otra, si no más lozana, menos averiada.

Y de todo esto vino á resultar que aunque la bruja antigua fuése, se murió ó la mataron, quedó en el pueblo otra tan desdichada al principio y tan pícara al final como ella, que hay ciertos lugares donde es la bruja tan necesaria como el alcalde, y más molesta que el recaudador de Contribuciones; y aun podemos admiraros que los caciques, innovadores y enredadores que andan buscando votos por esas montañas de Dios, no hayan echado mano de las brujas para que como agentes les ayuden, porque yo sé de cierto que voto que ellas pidieran no habían de negárselo quienes les ofrecen dinero.

## XV

Todo desde aquel día fué de mal en peor en el palacio.

Maleficio. ¡Maleficio! decían los lugareños, cada vez que algún curial subía al caserón blasonado con pagarés vencidos ó letras protestadas, y á los viejos supervivientes del poderío de la casa que dormían su ancianidad al calor de la lumbre, les rechinaban los dientes, y poniéndose en pie contaban antiguas historias del pasado esplendor de sus señores, y del dominio que en todo el valle ejercieron.

Al fin sobrevino la catástrofe. Un día

aciago llegaron en repugnante grupo, negros curiales rapaces, y los echaron de la casa.

Como en los males de los reyes antiguos, un pueblo entero lloraba su duelo, y las madres gimientes clamaban angustiosas:—  
¡¡Maldito el sol que alumbró este día!!  
¡¡Maldito el tiempo que le trajo!!

Salieron los imbeles ancianos, mis abuelos, seguidos de sus hijas, delicadas, del palacio, que nobles de veras levantaron; salieron los descendientes de reyes unidos en caravana vergonzante y bohemia, que vagaba sin hogar á través de los pueblos. Pero iban todos tan dignos y severos, tan en armonía con su dolor de príncipes, que eran como reyes afrontando una revolución moral montando serenos al cada'so de la vida. Al pasar por las aldeas, hombres robustos, con los puños crispados, se asomaban á las puertas miserables de sus ruines viviendas, balbuciendo amenazas contra los perseguidores inícuos de los pobres caminantes, y las niñas inocentes, que se preparaban para la primera comunión, llegaban amorosas á besarles las manos. Así ganaron la villa, y en una modesta casa de ella se albergaron, humildes y grandiosos, como los padres de Dios en el establo de Galilea.

## XVI

Al castillo vino un marqués prestamista creado por Amadeo, con un gran escudo que le pintó un rey de armas á tantas onzas el cuartel. Creído por un rey de pega, era un marqués intruso, mujeriego y necio á carta cabal.

Establecióse un verano en el castillo con su familia burguesa, y enviaron á sus conocidos, que no eran pocos, fotografías con el palacio que de su «familia habían heredado», y en que ahora venían á morar.

Mas no fué larga su estancia en el usurpado caserón. Por las noches, las puertas se abrían y se cerraban para dar paso á seres invisibles, que apagaban y encendían las luces; gemidos extraños resonaban en los salones inmensos; fantasmas blancos recorrían las galerías arrastrando cadenas retumbantes, y la familia prestamista y burguesa salió huyendo del palacio, dejándose á los duendes, contra quienes no sirven diligencias de desahucio, ni les son precisos pactos de retro para morar donde les agrade.

¡Ama Joaquina! ¡Ama Joaquina! ¿Fué tu alma inulta, condenada por causa de tus

amos, la que no permitió que planta extranjera profanara su solar?

## XVII

Enrique era un tesoro de ciencia y un prodigio de capacidad. Su nombre se citaba con respeto por cuantos con la iglesia católica de España mantenían relaciones, y aun por muchos que sólo con la sabiduría y el arte tenían que ver.

Mi tía la soltera, seguía con vivísimo interés la historia de sus triunfos, sabía con intenso placer los ascensos que obtenía en su rápida carrera; pero no le escribía nunca por temor á disgustarle y á turbar la paz de su alma. De vez en cuando llegaban á casa de mi abuelo anónimos donativos, iguales, aunque más abundantes, que aquellos que se recibían en el seminario cuando Enrique estudiaba. Y mi tía Eulalia, como en sus tiempos el estudiante, no preguntaba quién los enviaba. Porque, ¿á qué conduce preguntar lo que se sabe?

## XVIII

La aristocracia es cosa grata á quienes la denigran porque no la tienen, y por eso mis tías conservaban un valor que no puede perderse aun cuando á veces se hipote-

que. Su corazón de aristócratas. Muchos ricos comerciantes é industriales acaudalados solicitaron sus manos albas; pero mi tía Eulalia, que fué la más preferida por ser la más bella, rechazóles á todos con dignidad y sin altivez. Ninguna alma grande quiere dos veces. Sólo hay un Dios, y el amor, que es imagen suya, á una persona solo debe y tiene que dirigirse. Mi madre y mi otra tía no habían tenido nunca amores, y así la belleza física en aquélla, y en ésta el vil metal, rindieron su corazones.

Aceptaron requiebros; escogieron novios, y fueron prometidas esposas.

Estando en esto murió mi abuelo, tan activa y tan noblemente como había vivido. Le vistieron de franciscano y le encerraron en un féretro de pino. Aún quedaba á la familia un panteón casi lleno de huesos venerandos, y el cuerpo del marqués fué á reunirse con los restos gloriosos de sus progenitores, mientras su alma volaba al lado del Altísimo.

## XIX

Se casó la mayor de las tres hermanas. Su marido se llamaba Pérez, comerciaba en garbanzos y tenía una fábrica de harinas. Venía á besarla después del trabajo (de lo

que él llamaba trabajo). El cura al bendecir á este ser innoble le hizo marqués, y le otorgó un nombre que hasta entonces había sido patrimonio de guerreros, de sabios, de gente que trabajaba para otros, olvidándose de sí. El se pavoneaba orgulloso, agitando con los peludos dedos su cadena de oro, y sus ojos iban de ella á las alhajas que ostentaba su mujer, porque para él no existían almas, sino cuerpos cubiertos de riqueza.

Durante estos días mi pobre abueita lloraba sin consuelo, y mi tía la soltera sufría sin límites. Cada caricia brutal que el grosero comerciante prodigaba á su mujer era un sarcasmo para el pobre ser sediento de noble amor, y que no debía gozarse nunca.

La desdichada apuraba la copa del dolor hasta las heces; pero decía como Cristo: Padre, si tengo que beber este cáliz cúmplase tu voluntad ante todo.

También se casó la segunda hermana, la que es hoy mi madre. Su marido era un caballero hidalgo y dadivoso, rico en virtudes y que merecía su amor. En aquel tiempo no era opulento, como por herencias derechas lo fué después. Y no está bien que yo les alabe, porque soy su hijo.

Mi tía la soltera quedó sola con su madre, en la estrechez de una guardilla lóbrega,

porque sus hijas, una no podía, y á la otra no la dejaban socorrerla.

Pero Dios se acordó de que tenía una servidora muy vieja, muy cansada que ansiaba contemplar su Grandeza sin fin y su Ser sin principio, y la llamó.

Yo la vi muerta, siendo aún muy niño. Fué el primer cadáver que me recordó que ha de llegar para mí el noble Doctor Don Angel, ese día ansiado y bellissimo de la muerte. Yo presentí en la calma de aquel semblante las dulzuras de la vida eterna, y envidié en sus ojos sin luz á los que no ven las injusticias del mundo. Cuando la enterraron, los cantos de una comunidad de frailes se me antojaron himnos divinos, y unas monjitas blancas que llevaban cirios ardiendo me recordaban las vírgenes cuerdas.

Mi tía la soltera quedó entonces sola, sin otro consuelo que su amor despreciado, pero refugiada en brazos del crucifijo, esos brazos hermosos y doloridos que están siempre abiertos para todos.

¡Su vida entonces sí que fué triste y malaventurada! Sus rentas modestísimas no le permitían tener criados. ¡Vivía sola, haciendo los oficios más viles! ¡Ella que descendía de Reyes?

Su único pesar era no poder socorrer á

los pobres, y cuando algún necesitado le pedía protección, como no podía otorgársela vertía unas lágrimas tan bellas como las que debieron llorar las Marías durante el martirio de Cristo.

Ya no sabía nada de Enrique. Se acordaba de él para rogar á Dios que le ayudase; pero como mujer honrada no le escribía, contra su voluntad.

En estas cosas llegó á tal extremo de necesidad y estrechez, que á milagro puede tenerse su vida, porque comía poco, tan poco como dormía y penaba, y veintidós horas del día se las pasaba llorando.

Su necesidad como su amor los conocía ella sola, y en eso también era alma grande que no quería hacer males ajenos de las propias penas.

## XX

Mi tía Eulalia vivía sola en una vieja guardilla, tan alta, tan alta, que á veces bajaban á besarla las nubes. El mísero marco de carcomida madera que encuadraba su ventana tenía la alegría y el verdor de floridas enredaderas, y en tiestos de barro plantas humildes, cual el alma de Eulalia, perfumaban el ambiente de la calle negra. A más mi tía poetizaba el conjunto de las flores con el esplendor de su rostro. Al mo-

rir el sol dejaba caer su flexible tronco sobre las plantas miríficas, y desparramando en el horizonte rosado la luz esotérica de sus ojos, soñaba. Tenía una lira de ancianas cuerdas, y de vez en cuando los sones maravillosos de su garganta se desparramaban por el ambiente tras la luz esotérica de sus ojos. En la calle se reunían los vecinos para oírla cantar, y decían satisfechos: Es muy bonito. Una pobre niña ciegucecita que vivía á su lado, le rogó que le enseñase á expresar con la voz el dolor de no tener vista; mi tía abrióle con sus notas los ojos del alma, le hizo ver la esplendidez de la naturaleza y el vigor de los hombres en una hermosa visión de maga; y la ciegucecita, agradecida y contenta, venía todas las tardes á cantar con ella, y juntas cantaban entre la miseria de la buhardilla como los tres santos jóvenes en el horno de Babilonia. Una persona piadosa, visitándolas un día, creyó ver que las acompañaban los ángeles; quizás fuese una ilusión de la persona piadosa.

## XXI

En la calma asfixiante de una tarde de verano, mi tía reclinada en el viejo sillón blasonado, única herencia que del castillejo y sus muebles conservara, leía la vida de Santa Cecilia. Golpearon en la puerta y sa-

lió á abrir. Eran sus hermanas, que llegaban sin aliento, derrengadas por los ciento cincuenta escalones. Dejáranse caer sobre lo primero que hallaron capaz de sostenerlas, y en un largo rato no hablaron, contentándose con respirar, y harto hacían. Al cabo dijo la mayor:

—Aunque no lo merezcas, nos preocupamos de tí, y mucho más de lo que crees. Estás perdiendo lastimosamente el tiempo y debes pensar en tu porvenir. Nosotras pensamos Un amigo de mi marido, indiano rico si los hay, da mañana un baile suntuoso en su villa; tiene un hijo soltero que es guapísimo, sabe conducir un automóvil, y, además, ha estado en Bélgica. A ese hijo parece que le gustas, ¡mujer no te pongas colorada!, parece que le gustas, y á la familia también. Es una gente muy buena, los Ramírez de la Calleja, los habrás oído nombrar. Conque nada, hemos prometido tu asistencia al baile y no te queda otro remedio que ir; no vas á desairarnos, á dejarnos mal.

—Pero...—balbució mi tía, en el colmo de la estupefacción.

—No hay pero que valga. Si es por cuestión de ropa no te apures; ellos y todos están al tanto de tu posición. Además—añadió

con sonrisa de diablesa,—tú con cualquier cosa estás bien.

Mi tía no juzgó prudente resistir; un sacrificio más no podía hacer huella en su corazón sacrificado; iría al baile, se impondría aquel tormento, puesto que sus hermanas lo deseaban. Recordó que en el fondo de su armario de cedro descansaba un viejo vestido albo que llevó para confirmarse al palacio episcopal. En la arqueta de marfil, entre rosarios y cruces, conservaba las reliquias de las joyas de su madre. Así, pues, hizo un esfuerzo doloroso y respondió;

—Iré, puesto que lo deseáis ¿Está lejos la villa de ese indiano?

—No, está muy cerca. Ahí al lado.

—Mandadme el coche cuando sea tiempo de ir allá.

—Pues no te digo que está al lado. Puedes ir á pie.

—No quiero que me vean vestida de esa traza por las calles; desde que vivo aquí no me he vestido nunca.

Sus hermanas la miraron con piedad.

—Está bien; te mandaremos el coche.

Salieron arrastrando con desdén por las escaleras humildes, la riqueza de sus orladas colas. Mi tía tomó su arqueta de marfil y se puso á escoger algunas joyas que prenderse al siguiente día; entre las joyas había

un retrato de Enrique. La joven le miró con remordimiento, y sobre las pobres perlas del modesto aderezo que eligió, cayeron las ricas perlas que brotaron de sus ojos.

## XXII

Eulalia tenía, en efecto, un nuevo admirador, y este admirador era un «señorito belga». Los señoritos belgas son una plaga peculiar y casi exclusiva del norte de España. Creen en su ruda ignorancia estos desleídos comerciantes y candorosos indios que Bélgica es la panacea de todos los males, que en Lovaina y Lieja viven los siete sabios de Grecia, y que para dotar al chico de la cultura que á ellos les falta, no hay más que enviarle al reino del sobrino de Cleopoldo. Y lo que sucede bien á la vista está, por desgracia. Al cabo de seis ó siete años regresan de Bélgica los muchachos sin haber pisado un aula, con el sentimiento de la patria y la familia perdidos, conociendo todos los vicios imaginables y algunos más, desprovistos de la más indumentaria y elemental cultura, y echando pestes de esta querida España, que no debiera recibirlos, porque no son dignos de llamarse hijos suyos. El señorito belga es, pues, casi siempre, de humilde origen, de posición acomodada, sin más ideal que la vanidosamente necia

propaganda de los vicios que en el extranjero contrajo; suele poseer un automóvil al que dirige, de ordinario, mucho mejor que á sí propio. Este automóvil vésele siempre circular por los sitios donde puede causar mayor daño y tener más admiradores. Su dueño, como buen «parvenu» procura dejarle á las puertas de los cafés para que le admire la plebe, y él anda siempre con vestimentas de automovilista; ¡aun para ir á misa las emplea, á fin de que el sacerdote sepa que hay en la iglesia una persona de importancia!; pues para él es un trono el asiento colocado ante un volante. Poseído de cuán gran mérito es saber hablar el difícilísimo idioma francés, no pierde ocasión de mostrar su ciencia, y cuando en la paz del casino provinciano templáis vuestro espíritu meditando en pagano con algún clásico latino, tal vez con él severo Marco Aurelio, con Persio el amable ó con Teticio el viejo, si llega á vuestros oídos un «couplet» obsceno, tarareado á media voz, es el señorito belga que, en la butaca de al lado, hojea el «Frou-Frou» y añora sus conquistas de «cocottes». ¡Ah, sus conquistas! esto es prodigioso. En Bruselas la mujer de un senador flamenco, socialista él, no gasta sino calzoncillos de bayeta, en señal de duelo, desde que la dejó el señorito, y

aquí cuando se viste de azul lo hace saber á los amigos para que dejen en casa á sus mujeres, «por si aca». Inútil es decir que el señorito belga es muy conocido y apreciado en cierta clase de tertulias que alcanzan su apogeo cuando se cierran los cafés. Pues bien, el pretendiente de Eulalia era el tipo perfecto de esta innoble clase, porque, modestia aparte, es imposible hacer un retrato más acabado de Ricardito Ramírez de la Calleja.

### XXIII

Los «salones» de los Ramírez de la Calleja estaban deslumbrantes. Toda la buena sociedad de la villa habíase dado, ó mejor, le habían dado cita en ellos. Catorce señoras de clases adineradas, con treinta y cinco pimpollos, sus hijas, representaban la aristocracia en unión de veintidós jóvenes, de los cuales sólo uno era doctor en Medicina; todas las demás personas distinguidas. Dos poetas pseudo clásicos de esos que ganan premios en juegos florales de ciudades menores de cincuenta mil habitantes, eran el elemento intelectual, y un vicario capitular y dos canónigos, que en llegando pidieron chocolate, «personificaban» al alto clero.

Mi tía la soltera hizo su aparición cuando la fiesta estaba ya comenzada, y un procu-

rador de los tribunales, que escribía en la Biblioteca «Patria» y cantaba y tocaba de de oído, acababa de destrozar al piano la novena sonata de Beethoven.

Venía Eulalia tan sencilla y modesta, con su marchito vestido blanco y la humillación de las perlas que ennegrecían en su cuello de alabastro, que por todas partes y de todas partes alzóse un murmullo de admiración. Ella, en su dulce modestia, creyólo simplemente de saludo, y correspondió inclinando su regia cabeza y tendiendo hacia la señora de la casa, que á recibirla salía, sus pálidas manos de muerta. Luego, con inocencia de colegiala, no perdida á los treinta años (las almas buenas no la pierden nunca), ofrendó sus mejillas á la anciana señora para que las besase, como hacía con su difunta madre. La anciana, hija del pueblo y apenas barnizada por el polvillo de oro que su marido el indiano le echara encima, supo comprender toda la ternura de aquel movimiento instintivo, y tomando la cabeza de mi tía entre sus manos rugosas, la besó muchas veces en las mejillas, diciéndole con amor de madre:

—¡Hija, hija mía!

Luego la dejó para ocultar su emoción, y mi tía, que amaba escuchar la música de lejos y el mar de cerca, fué á sentarse en la

«serre» y siguió soñando entre begonias y crisantemos.

En este momento penetró en el salón principal Ricardito Ramírez de la Calleja. Venía de una excursión en automóvil, y había llegado tarde á propósito para que todos apreciaran el bonito calzón corto y las preciosas polainas que le habían remitido de Bruselas. Lo cierto era que las había comprado en la ciudad vecina previo dictamen favorable de una muchacha pintada de rojo que solía asesorarle en sus casos difíciles; rero decir que vinieron de Bruselas, ¡oh, eso es muy chic! Era el tal Ricardito de buena presencia, ancho de espaldas, largo de piernas, la cabeza pequeña, las facciones correctas, aunque ajadas por los vicios que se adivinaban claramente en aquel rostro, y los ojos verdosos, de mirar enérgico y duro, hasta tal punto, que á veces le daban aire inteligente, de lo cual, sin embargo, no tenía nada.

La presencia de Ricardito fué recibida con murmullos admirativos. Su automóvil hacía soñar á muchas niñas, y sus acciones del Banco de Méjico despertaban á no pocas mamás.

La señora de Gomezpino, una exposadera cincuentona, mujer de un comerciante en garbanzos, se puso á hacer á grandes ras-

gos la loa de Ricardito; pero la de Berruguete, muchacha feísima, á quien el elogiado no había piropeado nunca, le pareció el elogio excesivo.

—"On dit qu'il n'est pas très bien élevé" — dijo haciendo varios dengues y recordando con todas las potencias del alma sus tiempos del Sacre Cœur. ¡Tú que tal dijiste! Precisamente la exposadera estaba entonces estudiando francés para entenderse con los extranjeros en el "tennis", y aunque entre cuatro profesores no podían ni á puñadas metérsele en la cabeza, ella no perdía ocasión de mostrar que lo conocía.

—¿Qué dices, criatura? exclamó volviéndose á la de Berruguete y tirándole las palabras á la cara con tanta furia, como le hubiese tirado, á no haber testigos, una venus de barro que tenía al lado.—¿Que él no es bien élevé? ¡Y á los quince años ya pasaba de la talla!

La de Berruguete abrió la sima de su boca y dejando ver la amenaza de su amarilla dentadura, gritó moviéndose mucho y soltando de vez en cuando pequeñas cargadas satírico convulsivas:

—Perdón, señora. En francés, para decir alto hay que decir grand, grand, grand, élevé es educado, educado, educado.

La de Gomezpino no podía hablar, se

ahogaba de coraje y manejaba el abanico como si fuera un mandoble.

—¡Querrás enseñarme francés tú á mí ¡A mí que he dirigido una peregrinación á Lourdes!

—Pregunte usted á sus maestros—aulló la de Berruguete volviéndole la espalda.

Ricardito en tanto buscaba con la vista á mi tía, y no hallándola, dirigióse á la «sere» acongojado y triste, huyendo de la soledad y el bullicio; pero cuán grata fué su sorpresa, al hallarla reclinada entre las flores, cerrados los ojos y balbucientes los labios. Por un instante se detuvo ante ella contemplándola enajenado, fuera de sí, como un derviche durante el halet. Mi tía Eulalia levantó al cabo la cabeza, y sus ojos tropezaron con los de su mudo adorador.

Estaba éste en una actitud tan humilde, tan contemplativa, tan amante, que mi tía no sintió miedo y le hizo una seña para que se acercase. Hízolo el muchacho; pero trémulo y anhelante; quiso recurrir á su cómico extranjerismo, para vencer la emoción, y ese extranjerismo sólo produjo una reverencia ridícula y estas incoherentes y mestizas palabras:

—Yo venía, deseaba... Yo sería muy honorato de bailar con usted.

Mi tía le miró con lástima. Con su fino

instinto de mujer enamorada comprendía la voraz y pasajera pasión que sus treinta hermosos años habían causado en aquel muchacho de veintidós, y una bellísima compasión hacia el que la amaba nacía en su alma digna y pura. A más, ¿á qué negarlo? su orgullo de hembra estaba satisfecho, y su corazón de mujer agradecido. Por otra parte, hacía mucho que la torturaba un escrúpulo: dudaba la infeliz que su soltería fuese una tentación para Enrique, y se preguntaba si no debía imponerse el sacrificio de contraer matrimonio con un hombre á quien no amase, para mayor paz del clérigo. Claro es que para tal sacrificio escogería á un viejecito muy cansado, para cuidarle como á un padre, nunca á un joven como Ricardito. Sonrióse, pues, oyendo las palabras del señorito, y le preguntó dulcemente:

—¿Es usted extranjero?

—No, señorita; pero he estado en Bélgica. Soy Ramírez de la Calleja.

Mi tía sonrió de nuevo, y señalándole una silla próxima al canapé en que se reclinaba, ordenó con imperio:

—Siéntese usted.

Ricardito obedeció. Ambos se contemplaban en silencio; pero los ojos del chicharrón ardían como dos hogueras, y á su res-

plandor veía mi tía Eulalia qué clase de pasión había inspirado. Sin embargo, nada temía; ante la pureza de los ojos de la doncella postrábanse vencidas las malas pasiones de Ricardito, como se postra siempre ante el espíritu la carne. Dejóle mi tía Eulalia gustar un rato el sabroso embarazo del silencio; pero viendo que se disponía á hablar, preguntóle sin acritud, aunque con mucha energía:

—¿Va usted á decirme que me quiere? No me lo diga usted, ya lo sé.

Y ante el pavor del muchacho:

—Oígame usted, Ricardo; de cosas de amor algo entiendo, porque por causa de amor he padecido mucho. Usted cree que me ama, por el momento quizás sea verdad; pero esos amores que meses duran, no son amores. El amor ha de ser único, único, eterno, como el que siento yo por una persona que no es usted —y ante el dolor de Ricardo, conmovida añadió:—la cual persona no me amará jamás.

Ricardito temblaba, y preguntó:

—¿Ha muerto quizás?

—Por lo menos pertenece á otro mundo. No hace falta abandonar la tierra para vivir en mundos distintos. Ricardo, usted es bueno, yo lo sé; sus excesos, perdóneme la libertad que me tomo, no pueden ser corre-

gidos sino por una mujer. Búsquela usted en su mundo, que la hallará si buscarla quiere, y sea con ella feliz. Y al serlo acuérdesese de mí como de una muerta, como de un espíritu. No necesito recomendarle como á caballero que de mis palabras no tenga noticia nadie—dijo mi tía, salió de la «serre» y volvió á su casa, donde se despojó llorando de las joyas de su madre.

En los elegantes salones de la elengantísima X no se la volvió á ver más.

#### XXIV

Sus dos hermanas atormentaban sin cesar á mi tía Eulalia para que se casase, y la torturada virgen, apurada en su conciencia por infantiles escrúpulos, determinó consultar el caso con una vieja abadesa, amiga de su madre, dispuesta si se lo ordenaban á consumir el más horrible de los sacrificios que podía exigirle la vida. La abadesa regía un convento blanco y pobrísimos que en los confines de la villa alzábase bajo la advocación de San Bernardo. Allí moraban además dos primas segundas de mi tía, dos niñas huerfanitas que hacían su aprendizaje de santas. Las niñas se llamaban Lucía y Magdalena. Su padre se suicidó después de haberse arruinado en malos negocios, y su madre murió de pesar poco

después; pero ellas lo ignoraban todo, y no sabían la historia de su familia ni los males del mundo; estaban destinadas á vivir con el casto esposo en un ambiente de ignorancia pura y de inocente sabiduría. Mi tía tenía un temor infantil á la conferencia con la abadesa, como pretexto para demorarla hizo llamar á sus dos primas. Mientras la lega fué á buscarlas, Eulalia, sentada en el humilde banco de pino, leía las piadosas sentencias que adornaban las paredes blancas, y gustaba las consoladoras promesas de de las sentencias. Pensaba también que quizás era aquel el retiro que la convendría para acabar sus días, y compenetrada con la paz de los muros santos sentía cierto miedo á dejar su recinto. Magdalena y Lucía llegaron en esto, radiantes y gozosas; representaban catorce y diez y seis años, y eran de una belleza singular y naciente. El incipiente desarrollo de sus cuerpos estaba encerrado en túnicas azules de lanilla gruesa, y en la cabeza traían coronas de nevadas flores. Corrieron hacia mi tía tendiéndole cariñosas en demanda de un beso, el candor de sus blancas frentes conventuales. Mi tía, sonriendo á la vista de sus flores, les preguntó si habían obtenido premios.

—Oh, no—respondió Magdalena;—jugaban á los mártires; á nosotras nos han mar-

tirizado, y en este momento acabamos de resucitar.

—Y cuando no jugáis á los mártires ¿qué hacéis?

—Leemos vidas de santos. No todas las vidas, pues algunas cosas de ellas no se pueden leer.

—¿Son malas las vidas de los santos?

Lucía se puso seria, encantadoramente seria.

—Son malos los hechos de las gentes infames á quienes los santos iban á convertir.

—Pero puesto que á ellos no les dañaban esos hechos...

—Ellos eran santos y nosotras somos pecadoras.

—Oh—dijo mi tía riendo con sinceridad,—vosotras debéis ser, en efecto, unas terribles, unas impenitentes pecadoras.

Las niñas bajaron los ojos con conmovedora humildad.

—Prima Eulalia, todas pecamos.

—Todas pecamos, sí—dijo una voz lenta, grave, una voz habituada á cantar el «Dies Yræ» al borde de los sepulcros, y la madre abadesa penetró en el locutorio sin alzar son ni dejar huella, solemne y aterradora como un espíritu. Era muy alta, muy descarnada, y su cuerpo, habituado á inclinarse sobre los ataúdes, parecía un espantable signo

de interrogación. Como sus opulentas primogénitoras, llevaba en la diestra un báculo de plata, única riqueza que restaba al monasterio, y la otra mano sostenía un libro abierto que temblaba con sus dedos sarmientosos.

Eulalia, dominada por un temeroso respeto, se puso en pié.

Tenía que hablaros, madre mía...

—¡Alabado sea Dios!—dijo la abadesa con tono seco de reproche.

—Por siempre sea alabado. Madre mía, os tengo que hablar.

La abadesa sentóse en un sillón que introdujo al punto una lega, y con un rayo de sus ojos enseñó la puerta á las dos niñas educandas. Estas se levantaron rápidamente, y haciendo un tímido adiós á mi tía Eulalia, besaron la mano de la abadesa y salieron. La anciana señora contempló á mi tía largo rato con sus ojos inmóviles.

—¡Cuánto sufres!—le dijo al fin.

—Mucho, reverenda madre.

—¿No recurres para tu consuelo á las lecturas piadosas?

—Sí tal, reverenda madre.—Y mirando el libro que sostenía la señora en la siniestra mano, preguntó humildemente, con la docilidad del que desea aprender:

—¿Qué leéis, reverenda madre?

Casi se sonrió la abadesa. Tendióle el libro afectuosamente por el sitio en que su dedo cadavérico entreabierto le mantenía. Era la «Agonía del tránsito de la muerte», del maestro Alexo Venegas, y mi tía leyó en la página que la abadesa conservaba abierta: «Capítulo IV. Que trata de los insultos secretos de Satanás». Y en la página siguiente: «Capítulo V. Del primer insulto de Satanás, que es deseo de larga vida»,

Levantó los ojos á la abadesa, que la miraba con piedad.

Satanás vela siempre—dijo la anciana señora con energía de centinela.

—No descansa, madre mía.

—Cuéntame, pues, cómo te aflige.

Mi tía narróle su vida entera, vertió en el pecho santo toda la amargura de su cruel secreto sin omitir un detalle. Expuso las dudas crueles que la atormentaban día y noche. ¿Qué debía hacer? ¿Casarse con un hombre cualquiera á quien no podría amar, siendo su alma de otro? ¿Vivir como hasta allí? ¿Refugiarse en un claustro?

La abadesa le oía decir, con los ojos cerrados, sin interrumpirla para nada. De vez en cuando dejaba volar un suspiro de angustia. De tarde en tarde besaba con fe el crucifijo de su rosario. En su mente revolvió sin duda los diversos insultos secretos

de Satanás de que habla el maestro Alexo Venegas.

Por fin dijo:

—Vuelve al mundo, hija mía. Dios quiere que luches en él. Casarte sería un sacrificio demasiado grande y además una felonía hacia el hombre que te diera su mano. El matrimonio es para las almas tanto como para los cuerpos, y tu alma no es libre ya. Tampoco puedes con tu pasión entrar á turbar la paz de un claustro. Queremos en los claustros santa alegría, y tu alma es esclava de la tristeza y del dolor para mientras te dure la vida. Dios quiere otorgarte la palma del martirio; entrarás en el cielo bautizada con sangre de amor. Dios te quiere santa. Ruégale por mí—dijo la abadesa y salió de la estancia dejando á mi tía ilustrada sobre su porvenir de llanto

Eulalia volvióse, pues, á su buhardilla, y en ella continuó la santidad de su amante vida.

## XXV

Cierta tarde recibió mi tía una esquila en buen papel, escrita con letra firme de conciencia serena, y su corazón latió con violencia. ¡El señor Obispo de la ciudad quería verla, y la citaba en su palacio! Apenas

tuvo tiempo de ponerse la mantilla y de coger el tren.

Cuando llegó, el portero galoneado la miró con desconfianza, y sólo al oír un nombre que no esperaba se inclinó ante ella dejándole paso.

Mi tía Eulalia subió los escalones de la mansión, tan señorial y tan vieja como el palacio en que ella nació.

Los familiares y pajes del Obispo, que ya tenían su visita anunciada, se inclinaron sonriendo ante la que creían una dama caritativa y opulenta; más se hubiesen inclinado al saber que veían á una santa.

Mi tía fué introducida en un salón inmenso; pero sencillo, severo y grave. El corazón le saltaba en el pecho como el hijo de Santa Ana saltó en el claustro materno al recibir la visita de la Virgen.

Tendióse desfallecida en un sillón, pero no aguardó largo tiempo. A poco oyéronse pasos graves y sonoros, un rumor de luegas vestiduras que se arrastraban sobre alfombras espesas, y una figura alta y hierática penetró en la estancia. Tenía luz de esmeraldas en la mano y en los ojos.

—Señora.

—Euri... Señor obispo.

¡Un sollozo inmenso brotó del pecho de mi tía la soltera! El prelado corrió hacia

ella con los brazos abiertos para sostenerla y consolarla,

—Hija... Hija mía.

Hubo un silencio conmovedor. El obispo soltó rápidamente el cuerpo de Eulalia cuando se convenció de que no estaba desmayada. La calma del prelado era sublime, sus ojos permanecían serenos y dulces con la paz de siempre; sus labios murmuraban algo en un idioma misterioso y cadente; sin duda de ellos al Eterno subía una oración de sacrificio en la armoniosa lengua del Lacio. Sólo en el albor de las finas manos bendicentes y santas que apretaban sobre el pecho morado el crucifijo de oro, notábase un temblor imperceptible casi.

—Señora, — dijo al fin el prelado rompiendo el silencio con voz insegura.—Señora, el Santo Papa Clemente, en su epístola segunda A Santiago, pariente del Señor, dispone que ningún clérigo solo, se dirija á la habitación de una mujer, ni vaya á ella sin mandato expreso del superior en edad; por eso la he citado á usted en mi casa, quiero decir en la casa del Obispado.

Mi tía, como antaño, para no llorar no respondió:

—Yo creía señor obispo...—dijo al cabo haciendo un esfuerzo—que me tenía... que nos tenía su ilustrísima olvidados.

—Dios sabe que no es cierto—interrumpió el prelado vivamente.—Ante Cristo crucificado los he tenido á ustedes... la he tenido á usted muy presente. Y á su vez... ¿se ha olvidado usted... se han olvidado ustedes de mí?

—¡Señor obispo!

—Ya sabía yo que no, hija, ya sabía yo que no.

Y luego, como si hablara consigo mismo:

—¡¡Qué calvario!! ¡Dios mío! ¡¡Qué calvario!!

—Sí, señor obispo. ¡¡Qué calvario!!

Hubo una pausa lastimosa.

—¡Cuánto hemos envejecido!—dijo quebrantándola el obispo, no sin cierta complacencia.—¿Verdad que estamos muy viejos?

—Su ilustrísima aún está joven y robusto.

El obispo se sonrió.

—Tengo sesenta años; he trabajado mucho—y añadió con voz temblorosa,—he padecido mucho también.

Mi tía lanzó un sollozo.

—No tanto como yo.

—Tanto—ratificó el obispo con gravedad. La escena era dolorosa, y Enrique quiso ponerla término.

Alzóse, causando con sus luengas vesti

duras de seda el rumor de muchos ángeles que cuchichearan en torno de él,

—Separémonos, hija mía. Separémonos. Ya nos veremos otras veces. Entretanto...— y el obispo sudaba...—entretanto... yo quisiera... desearía... ¡tenga usted!—y le alargó un manojito de billetes de banco.

Mi tía, á pesar de su orgullo, no se atrevió á rechazarlos viniendo de sus manos.

—No me desaire usted—le dijo el prelado,—estoy muy enfermo—y añadió sonriéndose:—Me han prohibido los disgustos. Un disgusto más puede acarrearne la muerte, y éste de no aceptar mi deuda sería muy grande.

—¿Muy enfermo? ¿Pues de qué padece su ilustrísima?

--Del corazón.

## XXVI

Un paje llegó sin aliento á dar á mi tía el fatal recado. Moríase el obispo; iban á darle el Viático, y quería hablarla después de comulgar.

Mi madre y yo fuimos á la Catedral para acompañar desde allí hasta la mansión del prelado, al Rey de Reyes y Señor de Señores. Mi tía la soltera estaba ya en ella, sonriente y pálida, como siempre. Sólo un ob-

servador concienzudo hubiese podido conocer su pena.

Tras breve ceremonia salió el Señor en busca de su siervo. La comitiva era nutrida, formábanla muchos frailes, canónigos y simples clérigos; iban dignidades chaparras, oprimiendo cirios enormes que salían sobre sus cabezas como mechas, haciéndoles parecer granadas próximas á estallar; frailes del Norte, enjutos y huesudos, semejantes á muertos desenterrados; señoras muy viejas, muy arrugadas y muy tristes, casi inateriales, como almas en pena.

Mi tía la soltera, más blanca que su cirio, iba también, al parecer indiferente, rezando oraciones que no se estilaban ya, y que ella aprendió de niña. Una campanilla aguda y sensacional sonaba. Los pasantes que estaban civilizados se descubrían con ó sin respeto, según su piedad y creencias.

Subimos las escaleras del palacio santo, y penetramos en el aposento de la agonía.

Su ilustrísima estaba tendido entre los lienzos de su lecho, groseros y limpios como los cuerpos de los apóstoles. La cama era de hierro, como su voluntad y su conciencia. Al sentir la comitiva consoladora se incorporó, y rezó algunos segundos con fe vivísima. Luego, tras las preguntas de rúbrica, el Santo de Israel entró en su pecho.

Por un cuarto de hora rezó; luego pronunció el nombre de mi tía. Que pase. Que nos dejen solos.

—Son dos santos—dijo mi madre llorando.

—Dios sabe los recados que tendrán que darse del cielo para la tierra y de la tierra para el cielo.

Los pajes y los canónigos asentían piadosamente á este dicho:

—¡Sí son dos santos! ¡Que rueguen al Señor por nosotros! ¡Son dos santos!

## XXVII

Eulalia se acercó al casto lecho del prelado agonizante. Los ojos de éste ya casi no veían, y se incorporó para mirarla. Estaban ambos pálidos y demacrados, de modo que no podía decirse cual de los dos moriría primero.

—¡Eulalia!!—dijo el prelado con dulce voz.

—¡Enrique mío!!—sollozó la soltera con angustia increíble; y sesenta años de viudez, de desconsuelo, de amor silencioso, se vertieron en llanto abundante sobre el lecho de agonía de un Obispo sapientísimo y santo.

—Sí, tuyo. Tuya ha sido, es y será mi alma. Te he llamado para decírtelo antes de

que nos libre la muerte de los tormentos de la vida. Tuya por Cristo y ante Cristo. ¡Tuya con Cristo y en Cristo por los siglos de los siglos!!

La muerte se enseñoreaba de su voz; pero el obispo luchaba con ella lanzando gemidos roncós que parecían rumor lejano de seres distintos, que entre muchos mundos peleasen.

—¿Luego... me querías?—prorrumpió mi tía besándole con locura las manos.

—Te adoraba. Te idolatraba. Te adoro. Te idolatro.

—¿Pues entonces...?—se atrevió á preguntar la soltera, con un sollozo imposible de describir.

—Por eso—musitó con fatiga el prelado,—por eso mismo. Tú eras una señora de rancio abolengo; yo un labrador, hijo de servidores de tu casa.

—¡Oh!—dijo mi tía; pero el obispo, con su mano radiante de luz verde le impuso silencio.

—Los amores carnales mueren en cuanto se consuman; los espirituales viven. Te amé en Cristo y por Cristo y con Cristo. Fui vuestro, no de mí, que por algo dice San Dionisio Areopagita que el amor no admite que sean de sí los amadores, sino que los hace ser de aquellos á quienes aman...

Treinta y cinco años he sido sacerdote de Cristo sin que un pensamiento impuro me haya vencido nunca. En ese tiempo espero haber ganado... ganado el cielo. Y tú.. y tú también debes de haberle merecido... En la'ia... Eulalia mía. Que Dios te bendiga como yo.— Alzó su mano, bendijo á la triste virgen, y apenas lo hizo cayó sobre las sábanas, inerte y rígido, mientras su alma volaba á la massión de los justos, en buena lid ganada y merecida.

Mi tía gritó. Acudieron pajes, frailes y canónigos, todos rezaban y estaban apenados; pero el dolor de mi tía Eulalia sólo Dios podía comprenderle.

### XXVIII

En su testamento dejó el obispo á mi tía bienes bastantes para rescatar el palacio donde se conocieron y vivir en él, si no lautamente, con holganza. Por tanto, le histórico caseron no saldrá de nuestra familia, porque mi tía piensa dejármelo á mí, y yo cuento morir en él... donándoselo á cualquier pariente lejauo, y ninguno próximo, que tendré y me rondarán si llego á ser rico y viejo, dos cosas que reunidas á una tercera, la calidad de solterón, á nadie son de desear, ni yo las deseo porque forman una mala. Esto sin contar lo que á la

vida aborrezco y lo que amo á la muerte, y espero de ella.

Pero mientras viva me dedico á consolar á la mártir del amor. Cuando alguien sin miramiento posible y con indelicadeza forzosa, habla del obispo ante ella, yo comprendo el dolor de los amores ignorados y exóticos, y compadezco á cuantos enamorados fueron en el mundo desde aquellos que vivieron hace siglos la tragedia del Helesponto hasta las lágrimas algo ridículas que vierten el común de los amantes.

Mi deber es acompañar y distraer en lo posible el dolor de mi tía la soltera, porque en el reino del dolor del mundo habrá muy pocas almas tan viudas como la suya.

La novela ó sucedido ó mezcla de ambas cosas que narrásteis, me parece muy bien, dijo un desengañado cuarentón, que había oído con tanta atención como agrado; pero habéis de explicarme como en ninguno de los dos amantes se trocó el amor en odio, porque es lo que acontece de ordinario, cuando se rechazan ó no se comprenden.

—Eso fué, replicó el caballero, porque eran ambos de muy serena condición temple apacible y ánimo elevado, por lo cual no pudo el despecho germinar en su alma, que ese tal es parásito de gentes ruines. !

Y á más de esto como se amaron siempre, mal pudieron odiarse nunca. Y para mayor abundancia ninguno de ellos era ridículo ni miope y el amor les mostraba la verdad sin engañarlos, ni aun pienso yo que ellos se dejaran engañar.

—Siendo ello así, afirmó el cuarentón, está en su lugar todo y sino es vuestro relato la más real de las novelas, debe ser la más novelesca de las realidades.

---



NOCHE NOVENA

— —

DE LA VERDADERA PUREZA



Todos sabeis nos dijo el caballero como tuve yo por corto tiempo la profunda curiosidad de conocer á fondo y en intimidad las sectas que contradicen á nuestra Santa Madre la Iglesia Católica Romana y puedo bajo mi fe y honor afirmaros, que nunca la admiré tanto como cuando la ví combatida, por enemigos que al remedarla le rendían tributo. Y fué de modo que cuanto mas examinaba yo las diversas sectas cristianas, (porque anticristiano uo concibe mi alma que pueda serlo nadie un minuto,) tanto más resaltaba sobre ellas la superioridad católica y mi conciencia á voces me decía que era la religión de mis padres, la más hermosa, leve y veraz con ser la más austera de todas.

Porque nadie puede saber sino estudia las sectas protestantes, cuan honda diferencia va del purísimo consuelo y espiritual deleite que la católica ofrece, á el frío misticismo protestante que no es más que un cuerpo sin alma. Por eso mi curiosidad de adolescente ha tenido por fin y resultado afirmarme en la fe de tal manera que si es

cierto que mueve las montañas yo las mandaré andar y andarán.

Mas conviene tomar la religión no con criterio estrecho sino con aquella amplia libertad que llevan consigo siempre la verdad y las virtudes.

Refiérese en la vida de los santos monjes que domaban sus cuerpos en la Tebaida, el caso de un varón sapiente y tentadísimo que, habiendo de tomar en brazos á su anciana madre para vadear un arroyuelo más rumoroso y crecido de lo regular, no quiso coger la preciosa y amante carne entre las manos, sino que la depositó en un paño grosero y así la transportó con gran cuidado y suma precaución de no tocarla. Admiróse la anciana, é interrogó á su hijo, más ofendida que curiosa:—?Por qué obraste así conmigo?

Dió el santo monje á lo ecos desiertos y de voz humana codiciosos, tristísimo suspiro de místico dolor, y así dijo:—Aunque madre, mujer eres, y el contacto de tu carne traería á mi memoria otros contactos y me haría pecar en el pensamiento. Y á la verdad que este monje arrepentido debió ser gran pecador en Pharan, y en Alejandría pródigo amante, y su arrepentimiento era joven y su fe flaca y su naturaleza indómita más que rebelde y antes perversa que per-

vertida. Pues qué, ¿de otra manera no se hubiese holgado y placido al tener un minuto entre sus brazos á la que le llevó en su vientre tantos meses? ¿Y no hubiese sentido impresión de santidad y sensación de gozo y aroma de gratitud y ambiente de honradez, al tocar aquella carne santa y bendita que padeció por él, que perdió la virginidad por darle la vida, que sufrió los dolores del parto para darle los gozos del cielo, que le alimentó con su aliento, le durmió á costa de su sueño y le educó á expensas de su tiempo y de su placer?

¡No! Sólo un gran libertino puede temblar ante su madre, como sólo un gran cobarde volver la espalda á la justicia, y sólo un gran avariento cerrar ante la necesidad su bolsa y su mano.

Y esto traigo para tratar de la pureza verdadera y del recato legítimo, lo cual pienso que será pertinente en esta época santa, en que tanto se peca con los ojos bajos y tanto se miente con los labios rezadores y tanto se finge con todo el cuerpo caduco y mortal, por los fariseos que no creen en la majestad de la vida.

Digo de la pureza, que por ser cualidad de gran valor y sin precio posible es muy difícil que se pierda, y los que creen inocentemente que la roba una mirada ó la

desflora un apretón de manos, de achaques mundanales saben poco. La que pierde la pureza por una mirada en público, es porque analizó en privado muchas miradas, y aquella á quien se la roba un apretón de manos, es porque anheló y soñó con dar muchos apretones. Las que tales miradas recogen y con tales apretones se pierden, estaban ya de antemano perdidas. Y como la pureza no es esclavitud, sino libertad, y toda libertad es bien y todo bien es alegría, las que bailan honesta y alegremente, sin temores ridículos ni miedos risibles y mentirosos, puras son. Su honesta libertad su pureza proclama. La que asiste al teatro y al ver reir al público, con infantil candor ríe, sin penetrar la impudicia de un autor grosero, pura es y heraldo de su pureza es su risa. La que, dentro de su clase y posición, sigue la moda que el gusto actual impone y no anda midiendo y confrontando los centímetros de cuello que podrán atisbar los libertinos, esa también es pura, sencilla, encantadoramente pura. Pero la que, al danzar, á todas partes vuelve los ojos para gozarse leyendo los deseos que provoca y excitarlos con aparente recato; la que en el teatro arruga el ceño en cuanto nombran á Venus y retira ofendida los gemelos si sale á ascena un hombre con pantalón

corto y medias encarnadas; las que van á cualquier sitio, con trajes incorrectos de puros estudiados, guantes sucios, velos enormes y uñas negras; las que se levantan á media función del palco ó de la butaca y cruzan el teatro desdeñosas y resentidas, despreciando á los pecadores que quedamos allí, esas... esas se saben de memoria á Felipe Trigo y quizás á algún otro Felipe.

No está la pureza en la austeridad mendosa, ni el recato en el mlrar exótico; no se halla el pudor en los trajes negros, ni crean virtud las uñas largas. En el alma, y sólo en el alma, reside la inocencia verdadera. Por eso dice Prudencio en su libro contra Symmaco que «el verdadero privilegio de la virgen cristiana no está en en el cuerpo virgen, sino en el espíritu casto». Por esa razón también sostiene San Basilio (*De verá virginitate*, 52) la virginidad de las santas doncellas, á quienes salvajes magistrados romanos condenaban en los tiempos de persecución del cristianismo á ser violadas, sabiendo que para ellas era la impureza mal mucho más temible que la muerte. Y el insigne Tertuliano repite esta misma idea con tan oportuno juego de palabras y forma tan elegante que fuera traducirla profanarla: «*Proxime ad lenonem damnando christianam, potius-*

*quam ad leonem, confessi estis labem pudicitæ apud nos atrocierem omni pæna et omni morte reputari.*» (Apolégica.) E igual dice San Agustín en sus confesiones y lo mismo expresa magníficamente nuestro poeta Aurelio Prudencio al referirnos el caso de una pobre virgen condenada al infame suplicio de la violación. Va por las calles desnuda la desdichada, seguida de una multitud vergonzosa que «se disputa el derecho de insultarla» (*novum ludibriorum mancipium petat*), pero va tan pudibunda, tan hermosa, tan casta, que nunca, dice el poeta, al cantar este triunfo sobre la carne, estuvo ni pareció tan honesta con sus más recatados vestidos.

Palladio, en su vida de los padres (*vita patrum*) capítulo CXLVIII, «de la digna mujer que se conservó doncella» refiere un hecho que confirma lo que llevamos dicho, no obstante los pe ligros y afrentas á que se vió la protagonista expuesta; lástima que lo escabroso de ciertos detalles esenciales no nos permita narrarlo aquí. Y por no encajar una disertación de tal índole en el género de esta conversación, me limitaré á decir de pasada, que en todas las herejías de los primeros siglos la corrupción, que luchaba desesperadamente contra la Iglesia, revistió formas de una castidad excesiva y falsa,

para poder bajo ese innoble velo entregarse á sus desórdenes. De ahí la fingida humildad de los nicolaitas; los delirios de Sabellio, Joviniano y Symmaco; la aparente fraternidad de Carpocrates y de su hijo Epifanio; la castidad mentirosa de cainitas y adanitas; la mendosa continencia de los marcionitas y la obligada mutilación de los valesianos. Todo confirma en esos tristes herejes que la alegría y la libertad son preciado galardón de la castidad cristiana. Desconfiad de las beatas regañonas y de los hombres que no predicán con el ejemplo, porque entre los hombres pasa igual; al que con noble sinceridad trata en sus escritos problemas y dice en ellos verdades á que la conciencia le obliga, se le calumnia de lo lindo, aunque lleve vida de anacoreta, y todo son loores, en cambio, para el poeta cursilón que sólo echa rosas en público por la boca y no escribe sino ñoñadas dignas de él, aunque en privado colecciona indecencias y sostenga innecesariamente conversaciones que debían ponerle el rostro más rojo que las barbas de Nerón.

Pero ¿qué importa, si el triunfo final ha de ser de la verdad? Porque el apóstol lo dijo: «La verdad nos hará libres».

Y así se ha de cumplir como el apóstol mandólo; pero entretanto ved, dijo un anciano, como la hipocresía mata al arte, desacredita la ciencia y oscurece la religión.

Dejadlos obrar replicó el caballero; las estrellas andan y el sol se enciende á diario y Dios vive.

---

NOCHE DÉCIMA

---

SOBRE CUAN GRAN MAL ES LA IGNORANCIA



Los crímenes de la historia y lo mismo podía decir la historia del crimen, todos los partidos se la achacan y ningún historiador acierta, porque es la ignorancia quien los cometió casi todos. Ciertamente hubo sacerdotes malos y cardenales amables que se dieron *vita bona*; pero ahí están Enrique VIII é Isabel de Inglaterra que los hacen santos á todos. En eso de quemar prójimos los rabiosos sectarios no se daban paz ni reposo; creo yo que lo harían con la piadosa intención de ir acostumbrando á los disidentes, para que al llegar al infierno no fuese la impresión tan grande.

Tampoco excluyamos de la historia esa ó del crimen aquel á nuestros anticlericales. ¡Los angelitos con comer monja asada se conforman! ¡y viva la humanidad! ¡y arriba el progreso! ¡y la fraternidad universal! ¿Qué serán esas cosas?

Es lo que le decía un doctor amigo á cierto orador sindicalista que iba á hablar en un mitin á favor de la paz:—Lleve usted emplastos del doctor Wintter.

La ignorancia es madre de todo mal,

abuela de todo crimen, madrastra de cualquier virtud y alcahueta de la menor hipocresía. Nuestros viejos leguleyos no eran malos, eran simplemente ignorantes, dado caso de que la ignorancia no sea maldad. Esas masas asesinas de frailes, tampoco son lo perversas que parecen; son tan solo muy ignorantes... y bastante brutos, sino lo toman á mal. En fin señores esta noche por apretarme mucho el mal, tengo mejor humor que de ordinario y contaré sobre este tema algo gracioso para que temple la risa el ahogo que siento y entre tanta alegría en mi alma como aire no quiere entrar en mis pulmones.

Reinando nuestro señor, el prudentísimo Monarca don Felipe, segundo de tal nombre, sobre los vastos dominios de la católica y catolizante España, existía en el Norte de Castilla un poblachón obscuro y viejo, cuna de hidalgos, depósito de odios, fábrica de vicios, arsenal de miserias y finalmente refugio de espadachines y alhóndiga de traídas y llevadas.

Eran en este lugar muchos pretenciosos, pocos trabajadores, y los dineros andaban escasísimos, al tenor de las cosechas.

Y como nunca fué el ocio patrocinador de nada bueno, ni produjo el vicio cosa

alguna que en realidad tenga belleza, hallábase la casta de hidalgos, en el dicho pueblo, tan deprimida y degenerada, que no había en todo él mujer que valiese la pena ni mozo capaz de engendrar amor en mujer que la pena valiese.

A pesar de esto, vivía allá Amor como en parte alguna y había lo de «muero por vuestros ojos» y aquello de «vuestra vista hechizóme», con todo lo demás que es de razón, que á juzgar por los escritos que Cupido ponía, inspirando amantes pleitos, todos eran en el lugar bellezas de Olimpo y gigantes de Génesis; pero ya es sabido que los ojos se engañau y miente el corazón, cuando Amor los ciega y oprime.

De todos los galanes que en el pueblo moraban había uno que lo era de necesidad, antes que por gusto y holganza, con lo cual dicho está que era híbrido de soldado y poeta, raza de amadores incorregibles, aunque á menudo corregidos, los cuales antes dejarán de vivir que de amar y primero volverán la espalda al enemigo que la frente á la enemiga, y con tanto gusto despedazarán una ternera ofrendada como un soneto ajeno, que no es poco decir para quien bien los conozca.

Llamábase nuestro rima-espadas y mata-versos don Francisco de Escalante, proba-

blemente deudo de aquel ridículo escritor Fray Diego, del mismo apellido, á quien don Juan de Ayora hizo andar por los tejados y saltar á los desvanes, dándole ocasión y lugar para escribir la más risiblemente lamentable historia que se conoce.

Sustentaba don Francisco, la bolsa con promesas de pago, la olla con la lengua, porque le traían á comer por oír sus finezas y donosuras y, finalmente, la honra propia con la deshonorra ajena.

Era muy entendido en prendas, versadísimo en dados, y resucitó más muertos en el juego que mató cristianos en la guerra, por cuya causa, decía él, no era su salvación dudosa.

Resulta de este verídico suceso que una tarde se reunieron en el mesón de un morisco que tenía mozas para el servicio y mesas para el juego, á más de nuestro don Francisco, los siguientes personajes, todo gente de pro, como se verá por sus nombres y hechos:

1º El piadoso Juan de Verrischiaga, vasco injerto en ladrón, criado del convento de San Francisco, gran rezador de las Animas, que oraba en vascuence siempre porque Dios le atendiese mejor, que, según él, ninguna lengua habla ni entiende como la de aquella tierra.

2.º Pero Fernández, escribano y ya está dicho de él cuanto malo se puede.

Y 3.º Don Manuel del Acebal y de Viano-Hermoso, el cual siendo noble arruinado, ponía todo su empeño en no ser arruinado noble, porque, decía él, un mal se aguanta, pero con dos no hay quien se avenga.

Reuniéronse, pues; pidieron y les trajeron el vino y los dados, comenzó la partida y ahí quedó todo. Digo que no hizo sino empezar, porque á las primeras de cambio cargó el vasco con la hacienda de los otros, pues traían tan pocos cuartos que de un ahorcado se hacen más.

Para no escandalizar á sus amigos, hízoles saber el justo varón que juntaba la ganancia á lo de las Animas que recaudó en el día y que con ello pagaría vino en adunia y un halda de huevos á condición de que rezasen por las benditas un responso cada cual, lo cual no pudo ser por no saberlo ninguno; pero, no obstante, el vino llegó y también el halda, con lo que todos se edificaron y lo tuvieron á milagro. Caldeóseles el cerebro con el vino que bebían y la imaginación fatigóse á cada cual con las sutilezas que decía cada uno, por cuya causa quiso don Juan contar algo que tuviese verdad, y para que le creyeran dijo que iba

á narrar suceso que no había visto y á hablar de cosas que no sabía, con lo que el auditorio tuvo por hecho seguro la certeza de lo que iba á decir.

—Es el caso—dijo don Manuel—que anda la Inquisición en ello, y he de encarecer á vuestras mercedes el recato v precaución que la cosa requiere.

—¿Aquelarre? — preguntó Verrischiaga.

—Puede que más. Y por no tener á vuestras mercedes en suspenso sobre asunto tan grave y dificultoso, diré, perdoneme Dios, que se trata de una mujer endemoniada.

—¡Tomáos con mi agüelol—replicó Pero Fernández—. Poco creí yo siempre en demoniuras ni en endemoniados, y menos aún en endemoniadas; porque es mucha cosa que con ser el diablo tan fino de gustos y tan doctor en todas las ciencias y hallándose á más tan atareado y falso de reposo, haya de buscar cárcel tan estrecha y lugar tan expuesto á riñas y desventuras como son el cuerpo y el alma de las mujeres; y aun diré que si alguno encierran en tal prisión antes será castigo que otra cosa, y así no ha de decirse mujer endemoniada, sino demonio enmujerado.

—Que sea endemoniada está por ver—arguyó desdeñoso don Juan—y á los reverendos del ropón importa y toca decirlo. Lo

que está visto y probado es que es doncella noble, que la trujeron aquí con dúa y que gasta papahigo; así como también que jamas, desde luengos años, lucieron en este pueblo soles cual los de sus ojos, ni tuvo envidia la casta Diana de otra tan peregrina beldad.

—¿Pues tan hermosa es?—preguntó don Francisco.

—Tanto, que el mismo anciano Polemón no resistiera sus miradas, ni San Antonio sus ataques, y que Catón fuera Catilina con ella si ella lo quisiera.

—¿Y dónde vive?

—No os separan de su virtud furiosos mares ni hay rebellines que escalar por ella; porque es pública voz y fama que la tienen reclusa en el convento de Santa Clara, en este mismo lugar, donde plugo á Dios que tan grandes hazañosos como los Escalantes naciesen.

—Lograda está—dijo el buscón con petulancia—; y como sus amigos riesen—tan lograda, añadió—, que de aquí á ocho días la habéis de ver venturosa con el yngo de mi amor, y la he de traer conmigo á esta misma posada y ¡voto á tal, que nos ha de servir la comida!

—Mejor sería que la pagase—argumentó el escribano—; que, en cuanto á mí, declaro no conocer mejor servicio que el pagarme

las deudas, ni creo exista más gran señor que el dinero y no me gusta que otro sino él me acompañe, que no hay amigo tan leal, ni consejero tan avisado, ni personaje de tal valimiento, y nadie le aventaja en guardar espaldas ni ninguno le pone pero en ganar pleitos, de Baldo para abajo.

—Así es la verdad—dijo el ventero, que á la sazón entraba—; y más causas que Baldo ganó en el mundo «de balde», que es muy sabio jurisconsulto. Pero la tapada de que habláis pagará esa comida, y aun otras siete, si mi señor don Francisco se lo manda. Y tengo por tan cierto que él la ha de enamorar y sacarla tiene del convento en que mora, que desde mañana le pondré aquí mi habitación, porque es muy largo el plazo que modestamente dijo y antes sé yo que ha de venir por aquí, que nunca en conquista alguna tardó tanto. Dicho lo cual, sacó á todos por el brazo á la calle y los encomendó á la luna, excepción hecha del vasco, que, no entendiendo bien la conversación, dió sobre el vino en toda libertad, y dormía ya santa y humildemente bajo la mesa. Allí le dejaremos nosotros y nos alejaremos de él, no se despierte y se le ocurra devolver por penitencia algo ó mucho de lo que comió y bebió.

## II

Era de todas veras el hecho triste de que doña Ana de Mendoza en el convento de Santa Clara se hallaba. Plugo al Señor hacerla nacer tan alto, que su padre era duque con cargo por el Rey y la engendró legítimamente de condesa verdadera, con lo cual estaba ella abocada á tanto poderío y grandeza, que desde que nació le dieron el «doña» y el «mi señora», que no oía otra cosa en todo el día. Pero pareciéndole poco, quiso oírlo también por la noche, y de ello resultó entrar en amoríos con un mozo lijajudo y pobre que andaba á caza de venturas ajenas, narrando desventuras propias,

Y se dió tan buena maña á enamorar á doña Ana que no valieron á disuadir á la doncella riñas de padre, lágrimas de madre ni sermones de fraile, porque juraba que todos los teólogos del mundo no la persuadirían á que es amor de pobre cosa vedada.

Vino todo á parar en que, no hallando sabio más grande ni dueña tan persuasiva, encomendaron sus padres la curación á la ausencia y al tiempo, y preguntando por un retiro conveniente, ninguno les ofrecieron mejor que el convento de Santa Clara,

y allá la mandaron con mucho lujo de coches y rodrigones, frailes y dueñas, entrometidos y entresacados. Pero Amor vela, y uno de los más celosos acompañantes de la doncella era el mismísimo galán don Federico, el cual iba disfrazado de auciano y con una barba tan larga y venerable como postiza. Con ella traía algo mejor, que eran reales de á ocho y escudos, porque aquellos que le fiaron sobre la dote, que eran muchos, le dieron más por perder menos.

Estando en esto vino el inflado Escalante á rondar las tapias del convento, y así que los enamorados le vieron, decidieron tomarle por auxiliar, para que, sin saberlo, les ayudase, y mientras ella hacía arrumacos en la ventana y daba suspiros al viento, abría él las puertas con moneda, que mejor ganzúa no hay, ya que es madre y objetivo de todas.

Eran las entrevistas de noche, y á veces tardaba tanto la dama, que no pudiendo don Francisco vivir sin su presencia, quería reproducir su imagen en el suelo con la espada, ó escribía versos en la tierra, dato que es importante, porque fué su perdición, con otras cosas; y éstas fueron: oír con atención si se abrían ó se cerraban las puertas del convento; beber agua en el arroyo las noches, y eran las más, en que no tenía

para vino, y calentarse, en fin, los dedos con eslabón, pedernal y yesca, que por no llevar guantes hasta las uñas se le helaban.

Así las cosas rindióse la dama del todo y las dueñas se ablandaron y envainaron los rodrigones, resultando de ello que doña Ana dejó el convento por una escala de seda y la recibió Escalante al pie del muro, llevándola en brazos hasta un vecino bosquecillo, donde tenían aparejados un rocín alquilon y una mula frailuna. Pero no llegó á cabalgar el malaventurado poeta, que desde la realidad volvió á los sueños por obra de un plebeyo garrote, con el cual y con otros le recorrieron todo el cuerpo hasta que por muerto le dejaron.

Y creo inútil decir que don Federico se escapó con doña Ana y que se casaron con pompa á poco. También huelga añadir que se echó al asuto tierra y que de tan alta familia nadie osó pensar mal y la justicia menos que nadie, con lo cual jueces é inquisidores fueron á las nupcias del brazo y y tuvieron unos y otros su regalico de boda.

Bueno será asimismo que se sepa cómo la justicia prendió al valeroso Escalante, á quien encontró aquella noche desvanecido, y para curarle del garrote le vapulearon

con una correa, hasta que con tal remedio vino en sí en un calabozo.

Se instruyó proceso, buscáronle dineros que no tenía y, no hallándolos, resultó convencido de brujería y hechizo, por más que clamaba el desdichado que de ser hechicero dineros haría y no lo sería si los tuviese.

Probóse, pues:

1.º Que junto á los muros del convento había trazado Escalante puntos y rayas en la tierra, de donde resultaba confeso de *geomancia* ó arte de descubrir el porvenir y maleficarle con aquellos trazos.

2.º Que oía con atención el silbo y ruidos del viento por entre los árboles, murallas y puertas, estando por tanto convencido de *aeromancia*, ó sea adivinación de misterios por los sonidos del aire.

3.º Que se inclinaba sobre el arroyo, con ánimo, á buen seguro, de ver qué figuras formaban en las aguas el plomo, cera ó pez que derretía sobre ellas, cuya hechicería se llama *hidromancia* y es desciframiento por agua.

4.º Que encendía luces misteriosas para predecir, según el color y forma de la llama, funesta brujería, que llaman *pyromancia* y es acreedora y digna de los mayores castigos.

El paro de todo fué salir Escalante por las calles del pueblo, montado en borriquillo muermoso, llevando las espaldas desnudas, y al verdugo tras sí, señalándoselas con brío que los dineros no pudieron amenguar, y gritando con poderosa voz que no mitigaron los escudos: ¡Esta es justicia que manda hacer el Rey en la persona de don Francisco Escalante, por ehchicero!

Y tan justicia fué, que no dejó al enamorado soldado otro recurso que la sal, ni más apelación que el vinagre, con cuya ayuda salió corrido del lugar, y adonde fué á parar no lo sabe allí nadie, y yo tampoco.

Ya veis pues, amigos, como aun las aventuras de amor tienen histórica sustancia y jugosa filosofía y como los males de un galancete pueden descubrir otros más profundos. *Neque sémper árcum tendit Apolo*, y de Minerva puede decirse otro tanto; un gran rigor consigo y una suma indulgencia hacia los demás, tal conducta es la única que puede templar la humana injusticia, porque siempre ignoramos más de lo que creemos.

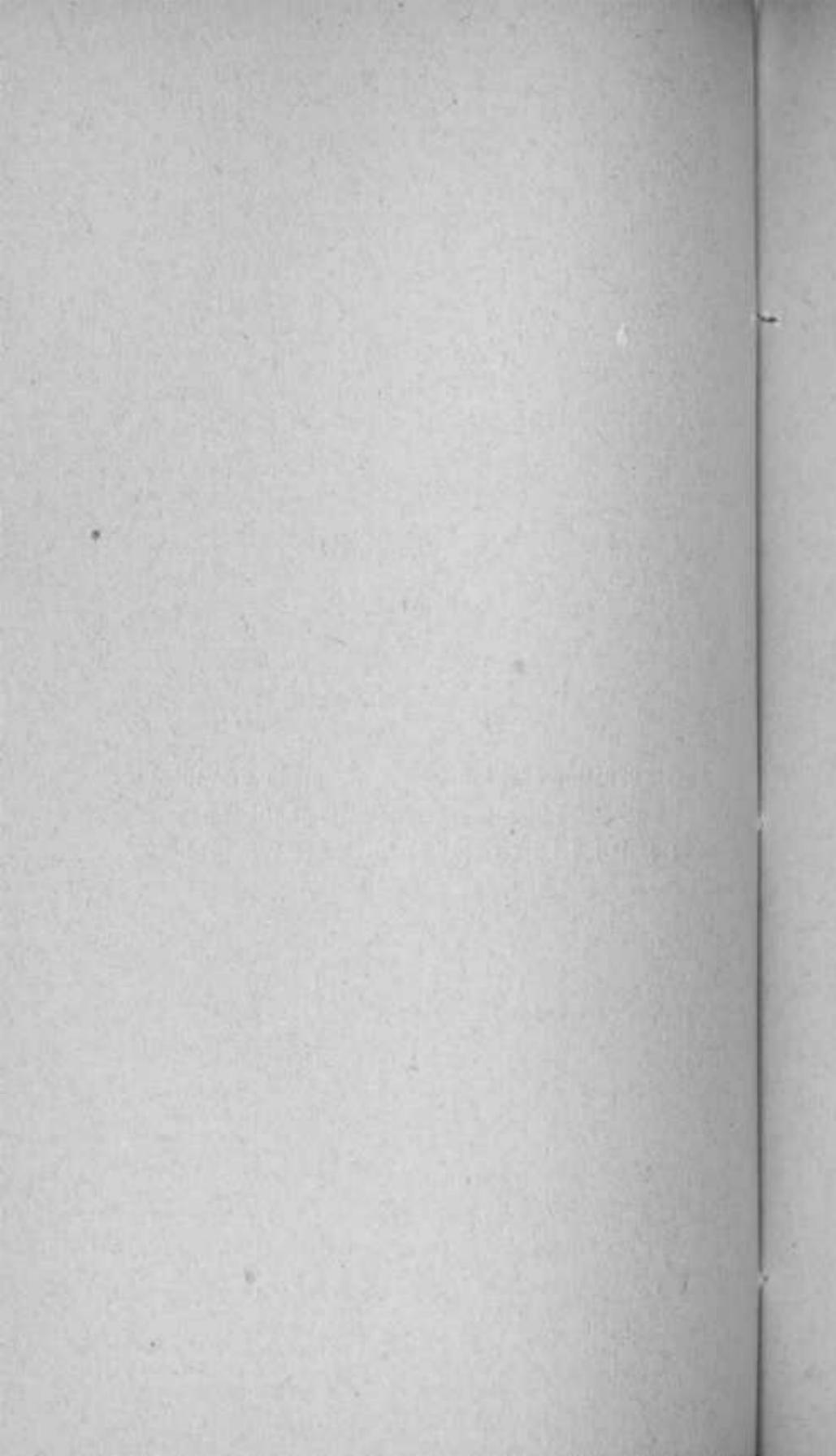
---



**NOCHE UNDÉCIMA**

---

**DE QUE DEBEMOS APARTARNOS DE LA SOBERBIA Y VANIDAD  
HUMANAS Y BUSCAR EL CONSUELO EN NUESTRO  
ESPÍRITU Y EN LOS ESPÍRITUS DE LOS MUERTOS**



La grave enfermedad y mortal dolencia que robaba la vida al buen caballero, tuvo tiempo de cruelísimo rigor, hasta el punto de que por muchos días anduvo en torno de la Estigia y á buen seguro que de entrar en la barca de la muerte no le dijera Mercurio aquello de la grasa, como refiere Luciano, que al atleta Damasías le dijo.

Pero quiso Dios guardarle para nuevos daños y probarle en mayores calamidades y con eso vivió; más con el cuerpo tan maltrecho que á no ser por las luces de los ojos antes pareciera cadáver que ser viviente, y cuando dormía muchos le juzgaban por muerto.

Él con todo reunía su tertulia, placiéndose en ella más, á medida que empeoraba, como si los deleites espirituales que sus amigos le servían fuesen un anticipo del cielo.

Y aconteció en una ocasión que uno de aquellos que más le admiraban y querían, quejóse ante él contra cierto aficionado á las letras que en un cuento-prólogo de un llamado Album Infantil, no citaba á nuestro

doctor entre los literatos aquí nacidos, haciéndolo con todos los que una vez empuñaron pluma. Y le extrañaba más esta conducta, cuanto que en aquella época era ya muy aplaudido y conocido del pueblo, y el propio autor del prólogo, con doblarle en edad, le pedía consejo, y en un banquete público celebrado en honor del caballero para festejar un éxito dramático, sentóse en la mesa presidencial y llegado el momento de brindar le tributó alabanzas tales que á Eurípides ruborizaran.

Oyó estas quejas y razones el enfermo con probada paciencia y triste sonrisa y cuando terminó de hablar el quejoso, oh vanidad, exclamó, ruin vanidad, ¿hasta cuando morarás entre nosotros? Pues, cómo, amigo ¿después de oirme tantas veces no has podido conocerme mejor? ¡Y me crees de un ánimo tan bajo y de condición tan plebeya, que una alabanza me domine y una omisioncilla me turbe! ¿Pues acaso estoy tan firme en la tierra, que la opinión de un hombre, pueda retenerme ó expulsarme de ella? Nunca creí que cosas tan nimias rompieran vuestra paz y sosiego y ello me hace ver claro que aun no alcanzastéis el triunfo sobre vuestra carne y que os place como á los gusanos arrastraros por el suelo.

Pues decid, con el apóstol San Pablo: *¿quien me librará de este cuerpo?* y así haréis vida en vuestro espíritu y viviréis. Porque en el espíritu está la vida y mirad, cuando contemplais un cadáver querido, como el sol brilla y las olas gritan y la tierra marcha y los astros; pero si quereis hablar de ello con el que perdisteis su lengua no dirá nada, aun cuando la tiene en la boca; pero se fué el espíritu y con él todo. Mucho ríe la primavera en los campos, mas tú no tienes fuerza de acompañarla si tu ánimo se acongoja.

Ya ves pues lo que vale el mundo entero, y de que te sirve la vida que hay en él, si tú no tienes la tuya. Despréndete pues de la vanidad y ten en mucho los mandatos de Dios y la opinión de los santos y de los filósofos; más no te cures de los hombres.

Porque si tu enemigo valiere más que tú, has de mirarle como maestro y te han de aprovechar sus enseñanzas y si valiere menos ¿en qué te podrá dañar? ¿Acaso el buey de que nos habla el amigo Fedro pacía menos tranquilo, cuando una rana quiso superarle en tamaño? El siguió pastando calmoso y el pobre animalejo, á fuerza de querer inflarse *«jacuit corpore rupto»*.

Y tu soberbia ténla muy en cuenta, porque con frecuencia te engaña y la razón es

de aquel á quien tu censuras. Por eso si esperabas oír en mi boca críticas contra ese aficionado te equivocaste, porque él erró de fijo en el banquete y quizás acertó en el cuento prólogo y en todo caso esas historietas y vengancillas no son dignas de mi boca ni de vuestros oídos.

¡Vanos honores, opinión mendosa, ¿cómo os admiraran tanto, si tan bien os conocen? «Si te dieran el mundo no tendrías paz», dice Kempis, y el santo monje no atesorando nada, la poseía. Mirad, mucho en esto amigos carísimos, porque yo que tanto os amo, quisiera por vuestro bien que no fuérais ambiciosos y que aspiráseis conmigo á la honrada y sana sabiduría, que con el saber le basta; porque la gloria, es de mundanos y de gente que no conoce la verdad. Y el que sin méritos para ello se lanza en pos de la gloria, mal hace en quejarse de que le maltraten, pues él mismo proveyó de armas á sus rivales.

Diríale yo al tal lo que la encina al fresno:  
«*Cædimur merito*».

Tened paciencia en la vida, os lo digo yo que he vuelto á vivir. Y esto de que volví á la vida, dígolo con resignación, porque no habiendo en el curso de esta enfermedad incurable perdido el entendimiento, las

pausas que hace la muerte en mí, antes afectan al cuerpo que al alma.

De ello me huelgo y mucho porque siempre amé sobre todo ruido baldío y antes que cualquier alharaca necia aquella soledad placentera conquese el filósofo verdadero como de un caro amigo se acompaña; y no digo esto por modestia, que bien saben los que la dulce soledad del pensador conocen, que si en aquel regalo sabrosísimo y deleitosa y particular holganza que un discreto aislamiento proporciona, algún afecto impuro cupiese, antes habría de ser orgullo refinado por el saber que humildad inspirada por el sentir.

Así en las más crudas horas de mi doloroso mal he tenido compensaciones de tal sabor y deleite, que bastaran á borrar, ya que no pudiesen destruir, el mal gusto de todas las drogas que se han fabricado desde que empezaron á usarlas el desenfadado Celso y el famoso Asclepiades de Bitinia.

Y son estos magnos placeres del espíritu. cosa de tan particular contentamiento, que aun parece que en los bienes del ánima se funden los males de la carne.

Conviene, de vez en cuando, para mejorar las obras, soñar y abismarse en la dulcísima realidad de las quimeras, viviendo épocas pasadas, futurando edades que qui-

zás al planeta tierra jamás lleguen y hablando en fin por medio de sus libros y consejos, con seres perfectos hoy, cuyos espíritus no tienen que sufrir la deleznable y enfadosa limitación de un vil cuerpo.

Cuanto á nuestra tertulia espiritual, har-to veis que está tan elegante y floridamente formada que el mismo Guidobaldo de Urbino no pudiese ponerle pero y se holgara á mi entender en ella y con ella.

¿Y como no placiera á tan sabio príncipe, si están acá todos los maestros latinos y no pocos de los griegos y vienen aquí con confianza y hanzo seguros de ser atendidos y entendidos, escuchadas y meditados, oídos y obedecidos, discutidos á menudo, respetados siempre, acatados en mucho y censurados en poquísimo y eso en lo que ellos propios á ser cristianos se censuraran?

Si viene acá Navagero, cuya andante curiosidad y finísima deleitación de la Naturaleza, tantas veces nos hizo deleitarnos y en tal grado que no parece sino que recorrimos con él cuantos lugares visitó, comulgando de sus mismas impresiones; y Baltasar Castiglione, cuyo *Cortesano*, asaz frecuente en la vida del siglo de oro, es raro aun en los libros en el nuestro; y Erasmo, original y magnífico en la jugosa sequedad de su lenguaje; y el rico, adornado

y florido Joviano Pontano, abundante en buen léxico latino y más pródigo en galanos decires que en sentencias profundas y otros muchos genios é ingenios que no necesitan en verdad para que el arte y la historia los prohijen ser expuestos en columna lactaria.

Dad pues vuestros espíritus á esta paz y nutriós de ella, porque de cierto que no es egoísta y menos aún egotista la calma y enseñanza del alma y no temáis que os aparte de la sociedad, que de la mala si lo hará, pero llevándoos á la buena.

Porque el buen pensar en bien obrar se traduce y el misántropo que de veras lo es así huye de los muertos como de los vivos, ó más.

En cambio el que ama y adora el bullicio y la gritería, cualquier reunión le parece buena y antes le veréis bebiendo en ladronesca que asistiendo en ladrería. Pero el que buscó el reposo del ánimo, los gritos de la plebe embriagada y faunesca no se le pueden hurtar y el tendrá medio de conservarse solo entre la multitud y hará gran bien. Porque estará con los filósofos y oirá su voz entre el mugir de la canalla y sintiendo asco de su hediondez no la despreciará antes será con ella muy afable, porque tendrá la aureola de la caridad que es

una de las siete luces que bajan sobre los sabios, del cielo. Y las otras seis son el amor que los enciende, la serenidad que los escuda, la abnegación que los señala, el dolor que los purifica, la entereza que los anima y la consolación que irradian. Y también hay siete tempestades y siete rayos que se declaran en el libro del firmamento donde la verdad está escrita. Y hay siete triunfos y siete derrotas y siete placeres y siete coromas y todas son en número de siete porque el candelabro del templo tenía siete brazos y siete cabezas la serpiente del mal, y el angel del Señor, la hirió con siete golpes de su espada.

Otra vez os lo digo, soñad; soñando aprenderéis muchas cosas y recibiréis muchos consejos y decid al que os llame visionarios: visionario eres tú, porque en la realidad que tu crees, sólo miras visiones de materia y las almas pueblan el mundo.

Así, amigos, si creéis en mi amor, no os cureis de mi gloria, porque no merezco ninguna y fuera el vuestro empeño vano; pero acordaos, sí, de estas conversaciones que tuvimos y en vuestro corazón alzad un recuerdo á todos los que hablaron en ellas. Y nutrid ese recuerdo con un cariño santo para que vivamos unos en otros y no nos separe la muerte. Y para que hagamos has-

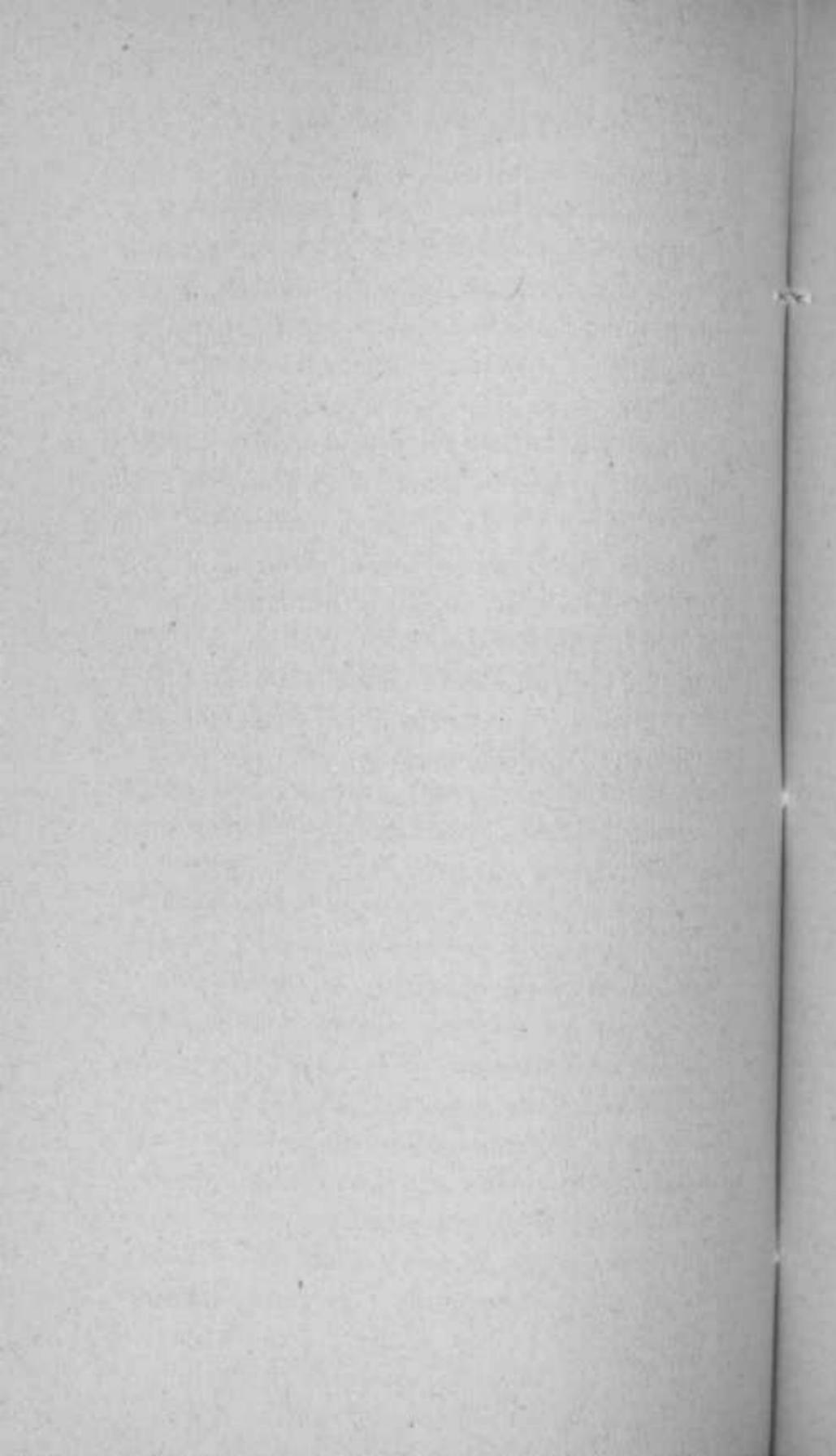
ta el fin juntos el bien que juntos empezamos á hacer.

Cuanto á mi tumba una cruz me basta porque es su sombra mejor que la del sauce que pidió el poeta; pero sin inscripción ni indicaciones.

Abrázeme la tierra como á hijo, y si la Naturaleza quiere, que vivan sobre mi las lágrimas rojas de las amapolas preteridas.

Así que el caballero terminó de hablar estuvo por mucho tiempo aguardando que alguien le respondiese; pero no haciéndolo ninguno, porque todos gustaban la emoción con el silencio, calló el también y sus labios se movían al soplo de la oración

---



NOCHE DUODÉCIMA

---

CUAN GRAN VIRTUD ES LA CALMA Y QUE  
DAÑOS VIENEN DE PERDERLA



Lágrimas y llantos son alfara de artesano que pagamos sin remisión en este taller de la vida; pero urge pagarlos con nobleza y altivez, sin perder nunca la calma; la dignidad menos aún, y perdiendo aquella que es el baluarte y barbacana de ésta, corre todo grandísimo peligro.

Templémonos al fuego de nuestro daños mirando de frente á la desdicha, estemo, como dijo el clásico encima de los males porque fuera de ellos solo se halla Dios.

Siendo amor afecto tan dulce, mirad que crímenes se cometen por su causa y esto es más que maldad falta de calma, atolondramiento y temor que siendo vicio de cobardes no puede dar generoso fruto nunca.

Escuchad esta historia y será muy corta, porque hoy es tarde y el viento y la lluvia crecen mucho.

## I

Perico nació natural y legalmente de padres viejos, cristianos y cristiano-viejos. Fué en una aldea del Norte desprovista de médico, dotada de cirujano y sin auxilio de

comadrona ni partera, de modo que la hembra que le parió hizolo sin otra obra que la de su marido, ni más ayuda que la de Dios, que no es tan poca como suponen los piosos varones que inventaron esa frase. Cuando Perico se desprendió del claustro materno tenía un nombre honrado, doscientos carros de tierra, doce vacas y tres pares de bueyes; de manera que no era monstruo, ni pobre, ni rico y podía ser feliz.

Frente á la casa en que él nació y vivía había otras y otra, es decir, muchas malas y una buena. En la casa buena vivían unos señores, graves y malos, que sólo los otoños habitaban el hotelito que creían palacio en el pueblo, porque en los pueblos es todo relativo, como en las ciudades.

Los señores graves tenían una hija, rubia y alegre. En Madrid decían que unilateralmente; pero en el pueblo no se ocupaban de eso, y á la niña no le importaba, porque no lo sabía, y tampoco, si lo supiese, le hubiera importado.

La niña se llamaba Adela. ¡Qué rubia era! Cuando corría, suelto el cabello, por los campos llenos de Sol, se la confundía con el maíz y los pájaros no huían de ella. Si se bañaba en el arroyo, era tan blanca que los peces equivocaban sus carnes duras con las

piedras seculares y venían á besarle los pies.

Con ella á su lado, como un paje, como un sirviente de honor, iba Perico, que era moreno, recio, y parecía hecho con la tierra que forma el patrimonio de los pobres. Sus ojos negros buscaban los azules de la muchacha y se prestaban mutua ayuda, audacia diferente, valor distinto, arrebatado y loco, el de ella, sereno el de él. No había nada que no pudiesen conseguir, y cuando al caer la tarde volvían á sus casas el hidalguillo modesto y la opulenta heredera, los niños aldeanos interrumpían, para saludarlos, sus juegos; y este homenaje de niños que dejan de jugar es tan grande, tan hermoso, que sólo hay otro igual en el mundo; el de las madres que dejan de llorar á sus hijos muertos.

## II

Perico crecía; Adela se formaba, y el amor nacía entre ambos.

Continuaban como antes, corriendo por los campos; pero sus ojos se encontraban con más fuego y mayor timidez, y los pájaros y los peces no se acercaban ya á la muchacha porque los ahuyentaba Perico, que tenía celos de ellos.

Los padres de Perico le llamaron un día;

tenía que estudiar, querían que fuese ingeniero. Ellos eran viejos, muy viejos; pobres, muy pobres; señores, muy señores; el honor de la estirpe dependía de él, y Perico, que era hombre, alzó la cabeza y le pareció ver en su escudo de piedra, en vez de las sabandijas que le adornaban, un tren que volaba y un puente que no se hundía nunca, y partió.

Hizo el viaje en una diligencia enorme, que marchaba dando tumbos entre blasfemias de bestia, que eran quejidos humanos, y quejidos humanos que eran gritos de bestia. El campo apacible pasaba ante sus ojos como una visión de amor. Llegó á Madrid, estudió, y además de estudiar escribió á Adela, cuyos padres se habían arruinado y vivían en el pueblo siempre. Adela le contestó; se dijeron lo que ya sabían ambos; que se amaban, una verdad que se dice sólo á los que la saben, como casi todas las verdades que se dicen. Se amaron por carta, pero se amaron: se dirían esas cosas que yo no he oído nunca, que adivino y que, siendo á los extraños bellas, han de ser á los propios gratas.

### III

Perico volvió al pueblo, rezó en la tumba de sus padres, que habían muerto, y besó

en los labios á Adela, que vivía para él. Era ingeniero. Los mayores blasfemaban más que nunca, porque el reino de las diligencias pasaba. Perico hizo un puente de hierro y un ferrocarril cruzó el pueblo. Cuando llegó por primera vez fué un día de fiesta. Todos los vecinos se citaron en el puente que el joven ideara, y cuando el veloz prodigio se precipitó en la obra del ingeniero y la cruzó á pocos pasos de él, Adela, que estaba á su lado, se dejó caer desvanecida en sus brazos, no pudiendo soportar la emoción.

—Qué deprisa va—dijo para disculparse—, y Perico, que hubiera deseado tenerla sobre su pecho horas enteras, respondió al soltarla con triste resignación:—Sí qué deprisa,

#### IV

El tren pasaba por el pueblo y se detenía en él; pero no iba solo. En sus entrañas se cobijaban figuras abigarradas, con las formas blancas y el alma negra. Iba gente mala, que no era feliz porque era gente egoísta. A veces, descendían en la aldea y se quedaban en ella y la aldea dejó de serlo.

Fué una caricatura de ciudad con sus casas malas y todo.

Adela no sabía lo que era un ingeniero,

es decir, lo que ganaba, porque el sueldo ó las rentas son para la sociedad apartada de Cristo la esencia de las personas. Pero Adela llegó á saberlo, y cuando lo supo, pensó que un ingeniero no puede comprar, si al sueldo de una Compañía se atiende, plumas caras, ni casi vestidos baratos.

Llegó al lugar un indiano joven y rico, mostró que lo era, hablóle de amor y de trajes y ella, tras un petexto fútil, riñó con Perico. Fué una de esas riñas cómicas para los demás, trágicas para los amantes, ó para el amante á lo menos. Ella estuvo muy dulce al despedirse: serían amigos; se querrían como hermanos, sólo como hermanos. El nada contestó. Se fué sin llorar y odiando. Los hombres no saben querer al que los desprecia, no son como las mujeres, que siguen amando en silencio siempre si son honradas, besando con humildad la mano del que las hiera, más amantes cuanto más ofendidas por los cobardes que buscan sus cuerpos y desdeñan sus almas.

## V

El indiano se llamaba Roberto. Era bruto, grande, odioso; un rico que sólo era eso: rico. Sabía lanzar en el vértigo un automóvil, montar á caballo, hablar inglés. Se paseaba con Adela por las callejas del pueblo

y rondaba su casa mientras Perico los espiaba no atreviéndose á mirar á los ojos de ninguno, porque, como se reflejaban unos en otros, todos le hacían daño.

En la iglesia se leyeron las proclamas. Perico oyó las primeras. Las otras no. ¿Para qué? Cuando se puede morir con una gota de veneno es necio apurar un frasco entero.

## VI

Roberto era un ladrón. Sí, un ladrón. Esto lo decía Perico. Le había robado un alma que era suya, que había formado él para el amor. Lo que él le enseñó, su ciencia, iba á ser para otro... si él quería; pero él no quería. Tenía derecho á defenderse en la lucha sin tregua de la vida. De caer, caería, matando. Adela sería suya ó de nadie.

## VII

Por las noches, era un invierno, Perico iba al puente que su ingenio levantó. Allí limaba frenético vigas y arcos de hierro con maestría colosal. Iba escondiéndose, huyendo; pero cuando llegaba emprendía su trabajo sin disimulos, con fe ciega, con fe de vengador. Era un titán destruyendo la colosal producción de su inteligencia y tantos brazos, sin otras armas que una lima, mo-

vido por su despreciado amor. La barba revuelta, el cuerpo embarrado, corría por entre los hierros como un simio, trabajando por la muerte á la luz de la misma Luna que alumbró su felicidad.

So oían ruidos, se oían rechinamientos, había crujidos extraños, cual de potentes brujas que sacudiesen como frágiles los barrotes de hierro; pero el señor ingeniero, al ser consultado, tranquilizaba á todos con su sonrisa. No era nada; no pasaría nada.

## VIII

Se celebró la boda. La iglesia estaba llena de flores, hijas de los campos amigos de los antiguos novios. El cura y los cantores esperaban dinero y pitanza y oficiaron pronto y bien. Perico asistió á la ceremonia. Cuando oyó el «sí» sintió un ruido mayor que el que haría su puente al desplegarse: pero lo sintió él solo. Los demás oían el órgano y reían. El rió también.

## IX

Se sentó junto al puente para ver pasar el tren que, en virtud de sus esfuerzos, le llevaba lo que más quería en el mundo y fuera del mundo.

Los novios iban en un reservado, besán-

dose quizás; ¿quién sabe lo que hacen en un reservado dos novios?

Perico estaba cansado. ¡Trabajó tanto la noche anterior!

El tren, en tanto, partió, entrando como un rayo en el puente que el joven levantara. Crujieron los arcos y se hundieron; las vigas hechas pedazos siguiéronles al abismo, y el ingeniero vió caer al espejante arroyo una catarata de vapor, de fuego, de carne, de sangre.

## X

Entró delirante en el despacho del juez. El doctor dormía y se levantó, ajustándose en la cabeza la borla roja la borla de sangre.

—Acabo de cometer un crimen.

—¿Un crimen? Que le sujeten. A ver; ¿qué crimen ha sido?

—He hecho descarrilar un tren y he matado á una mujer y á un hombre.

—¿Haciendo descarrilar á un tren! ¿A dos únicamente?

—¿A dos? No; han debido morir muchos más. Y Perico, conociendo entonces la magnitud de su crimen, lloró, víctima del amor, ese versátil tirano que nos lo da todo y todo nos lo quita.

## XI

Le ajusticiaron, y aun ajusticiándole la sociedad le compadeció.

Bien hizo, si se refería la compasión á la deshonra, el mayor mal de los males; pero injusta era si atendía á la muerte, que más vale subir al cadalso en un minuto que permanecer en él diez años. Esto aun para los que piensen sobre la muerte como sabido es que yo no pienso.

Es cierto que la falta de calma ocasiona males enormes y es porque es egoista y tiene su punto de partida en el egoismo. Nada que venga de él es bueno, terminó el narrador y todos asentimos.

---

NOCHE DÉCIMATERCERA

— —

SINIESTRA RIDICULEZ DE LAS POMPAS FÚNEBRES

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

Habiendo muerto un hombre mal rico de los que aumentan la injusticia humana, sus herederos y deudos le hicieron un entierro suntuoso y obligaron á asistir á él, según la infame costumbre, á los pobres niños y viejos recogidos en los asilos.

Narraron al doctor la magnificencia del cortejo, y él la comentó de este modo:

Si los honores que rendimos á los vivos, son á veces horriblemente cómicos, de los que tributamos á los muertos ¿qué se podrá y deberá decir? ¿Porqué en vez de rogar á Dios por ellos, ó de encomendarnos por medio de ellos á Dios, preferimos andar paseando en procesión cómicamente siniestra, lo único vil y bajo que tuvieron?

Qué diráis del cortesano, que gastase su vida haciendo zalemas ante un trono vacío ó del rústico que echase memoriales al caballo de su Señor. Pues eso se hace en las fúnebres comitivas suntuosas, aunque yo bien sé que si sólo el muerto los viera, no irían muchos de los que van. Ni es compatible ese lujo de confitería con el severo respeto que merecen los cadáveres, que yo al ver sacar á algunos, adobados y com-

puestos como faisán en mesa rica, me pregunté más de una vez si los iban á servir en banquete de antropófagos.

¡Que egoismo tan feroz supone ese lujo insultante y que ambiente anticristiano van exhalando desde sus urnas incorruptibles los que en vida se llamaban caballeros cristianísimos! ¡Oh, amigos, que necio afán de hacer amable á la muerte vistiéndola de prostituta, cuando es honrada matrona que sólo como tal merece y puede ser amada!

¡Que vano empeño de mentir la ruindad de la materia y engañar con ficciones al vulgo, trocándose por ello, los caballeros más sensatos, en escuderos y lamedores.

El Eclesiastes, reinando sobre Israel, confesó, hace miles de años, que todo es vanidad en el mundo; los que no reinamos ni esperamos reinar en parte alguna, afirmamos estar convencidos de ello; pero entonces, ¿por qué llevamos nuestra soberbia más allá de la muerte misma?

Si todos los honores son humo que se pierde, si es la gloria aroma que se disipa, si las dignidades y poderes de la tierra pasan con más premura y menor belleza que el verdor de los campos, ¿qué diremos de esas honras macabras, ridículas y mentirosas que se tributan á las carnes mal olientes de los cuerpos sin vida?

Qué horroroso sarcasmo, qué ironía tan insultante, qué igualdad más imperativa se desprenden de los cortejos lujosos, donde con cuerda vieja, madera pintada y flores mercenarias se trata de ocultar la hediondez de un cadáver, logrando sólo que resalte más.

Perdónenme los curas párrocos y los dueños de funerarias; yo no trato de mermar el producto de sus cantos ni de sus ataúdes, pero digo lisa y rotundamente que los entierros lujosos son, á más de prueba palmaria de escaso espíritu cristiano, patente exhibición de pobres sentimientos y demostración clarísima de mal gusto.

Y dejando para peor ocasión los cofres fúnebres y los carros mortuorios, voy á ocuparme hoy piadosamente de dos tumbas, humildes, simpáticas y preteridas, de dos greyes inocentes é indefensas, de un batallón de desvalidos y de un grupo cansado de vencidos luchadores: de los niños de la provincia y de los viejos de la Caridad. Y voy á preguntar con toda la incomprensión del absurdo y á gritar con toda la fuerza de la convicción: ¡A qué van esos pobres seres á los entierros? *¡Que no vayan!...*

Niños y ancianos, los seres más débiles de que la humanidad se compone, y para colmo *niños sin madre y viejos sin hogar!*

¿Saben esos señores que los alquilan los terribles efectos que la idea de la muerte produce en los ancianos y en los niños? ¿Ignoran acaso que puede provocar en unos recuerdos aciagos y temores justos y dañar á los otros con neurosis prematuras y locuras lúgubres?

Y en la casa donde tal vez se oculta la noticia del fallecimiento al abuelo achacoso, ó se impide ver el cadáver al tierno nietecillo, ¿se consiente que vayan sirviéndole de asalariados compañeros los imbeles vencidos, los abandonados infantes!

¡Y pensar, ¡Dios mío!, que por la misma cantidad por que los obligan á marchar en el entierro como bestias macabras, pudieran sufragarles una hora de esparcimiento, un rato agradable de fumar buen tabaco, añorando las horas de la juventud; un día bullicioso de merienda en el campo, presintiendo las energías de la mocedad y fortificándolas!

¿Y son cristianos los que tal hacen? Son cristianos, según dicen, y prefieren ver rostros macilentos á risueñas caras! Se apellidan cristianos y quieren morir ordenando que les sigan espectros famélicos y tristes en lugar de que les acompañe, pues pueden crearla, una alegre salmodia de perdidos

hallados, de desesperados que esperan, de hambrientos hartos!

¡Oh, Jesús, Dios de la caridad y del amor, Dios de los pobres y de los niños: no me des para honor fúnebre otro honor que aquel de unas lágrimas que rueden en cualquier bohardilla donde haya llevado yo el consuelo y la fe; no consientas que siga la podredumbre de mi cuerpo una de esas caravanas angustiosas y angustiadas; y si por azar me siguiese, déjame levantarme del ataúd el tiempo preciso para ordenarles que se vuelvan á sus casas!

Y no se me arguya aquí con teorías metafísicas sobre la categoría social y la jerarquía de las clases. Lo que es bueno ó malo, para todos lo es igualmente. Aparte de que las ideas que no se basen en sentimientos ó no los despierten, valdías son para el corazón. El mismo diablo lo confiesa y nos lo dice Gœthe por boca de Mefistófeles:

Ein Kerl der speculirt  
ist usie ein Thier auf dürrer Heide  
von einem bosen Geist hervuz geführt  
und rings umher liegt schone und grune Weide.

(El mamarracho que sólo se nutre de metafísica, es como un animal en una tierra infecunda. Un espíritu maligno le hace dar vueltas en un círculo infranqueable, alre-

dedor del cual se extienden hermosos y verdes pastos.)

Hay, además, otra consideración más humana, más cristiana, más generosa. Cambie los papeles la familia del poderoso muerto, vea que angustia se apodera de su corazón al colocar, *in mente*, al sér querido entre aquella fila de miserables, y obre con acuerdo al hermoso principio: «No quieras para otro lo que para tí no deseas».

Y aquí no puedo resistir á la tentación de citar un apólogo escrito en francés por el apóstol Tolstoy, una de esas admirables enseñanzas con que el filósofo ruso bañó de caridad al mundo en todas las lenguas de Europa.

He lo aquí:

Assarkadón, Rey de Asiria, ha vencido á Lahilié, Monarca enemigo suyo, y, tras una horrible matanza hecha en sus soldados, le guarda en un calabozo inmundo, recreándose en los suplicios que le hará padecer. Un majestuoso anciano, de barbas blancas, se presenta en tal ocasión al Rey asirio y le interroga:

—¿Vas á matar á Lahilié?

—En efecto, responde el vencedor; pero aún no he discurrido el suplicio. Puedes ayudarme.

—¡Desdichado! — exclama el anciano — ¿No sabes que Lahilié eres tú?

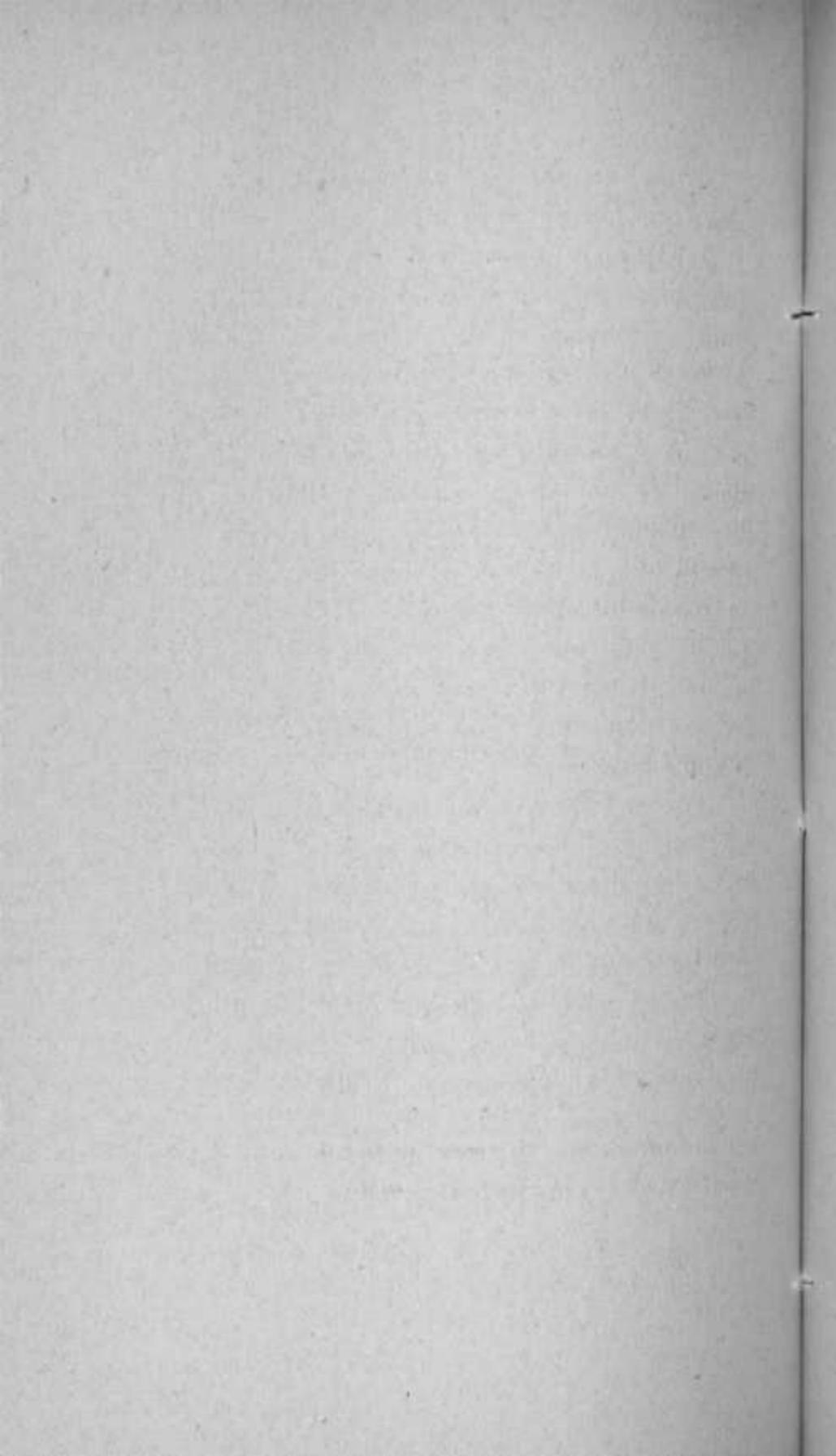
Y el Rey cae desplomado en un sueño espantoso y cree, en su pesadilla fatal, ser Lahilié y experimenta, no ya todos los dolores de los suplicios que á su cautivo preparaba, sino hasta las menores molestias sufridas por los soldados que defendiéndole perecieron. El anciano entonces le liberta y le dice: «Comprende, ¡oh Rey!, que la vida no eres tú solo: la vida es un todo que hace un cuerpo de los que vivimos: por eso el mal que hacen á otros y que sufren otros á tí volverá, tarde ó temprano. Por interés propio haz bien á los otros y te harás bien á tí mismo.»

No quiero haceros á vosotros la injuria, y á Tolstoy el desacato, de explicar su apólogo. Bien claro es; que todos le comenten, y que para empezar á hacer por algo ese bien tan fecundo en bienes se pongan hoy á mi lado y griten hasta que lo oigan quienes oírlo deben: ¡A qué van á los entierros los niños y los viejos de la Caridad?

*¡Que no vayan!*

¡Que no vayan dijimos todos á una voz,  
y las estrellas corrían en el cielo.

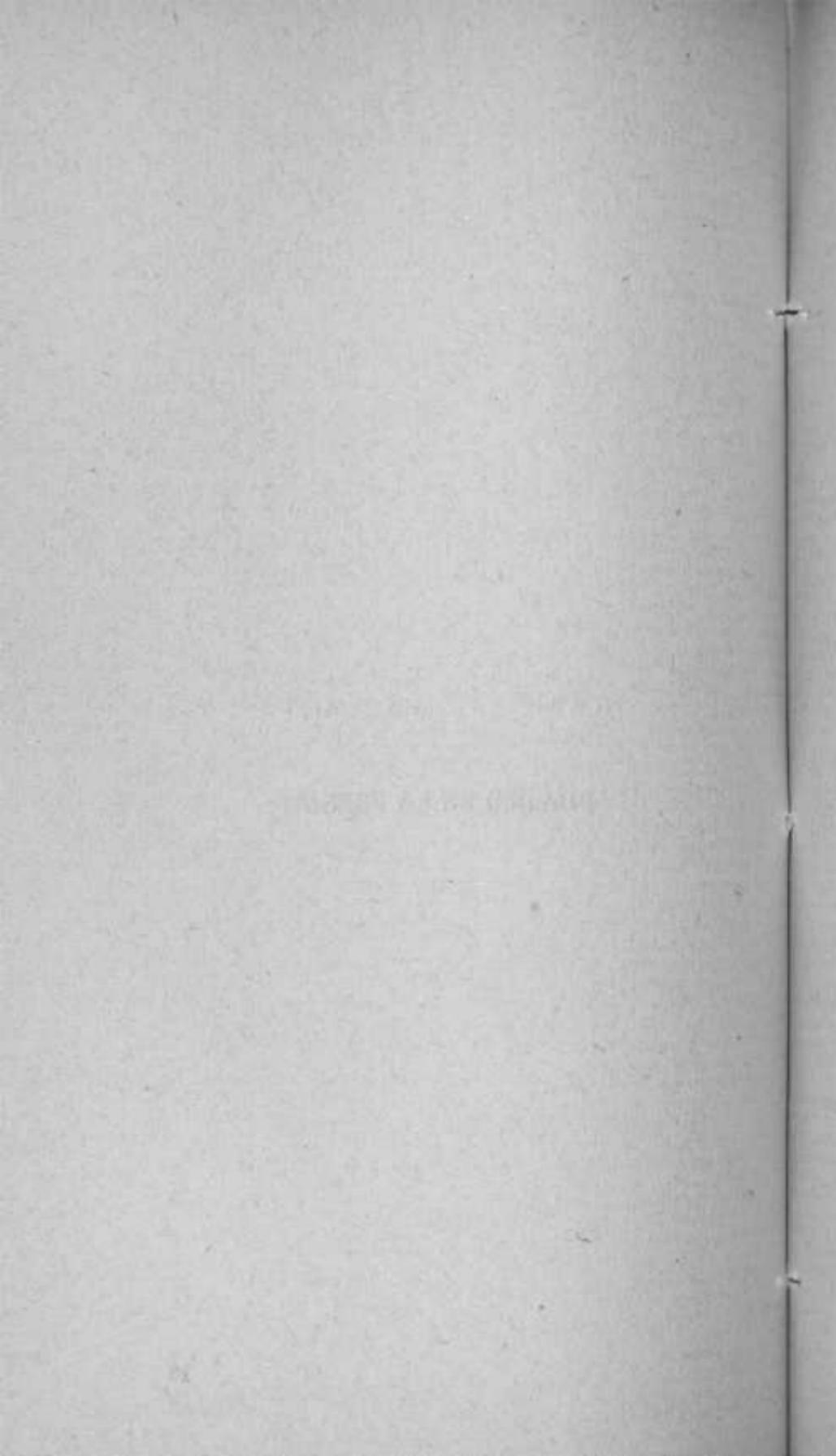
---



NOCHE DÉCIMACUARTA

— —

DIÁLOGO DE LA POESÍA



Refiriónos esta noche el enfermo doctor, como no hace luengos años, vivían en nuestra ciudad cuatro doctos varones, nutridos de profundos estudios en veraces fuentes tomados, vestidos y adornados de las inmarcesibles galas que prestan al rostro el sereno pensar y el recto sentir y dotados en fin de aquella no aprendida y gustosa tranquilidad conque los artistas nacen, los sabios crecen y mueren los filósofos.

Los cuales varones, hallando en la soledad y apartamiento más, adecuado cuadro á sus razones, gustaban de pasear por lugares retirados y umbrosos, donde ya que los hombres no escuchaban sus enseñanzas, las repitiesen, al menos, los más sensibles peñascos y se aleccionasen y aprendiesen los montes con la voz misteriosa de los ecos.

Y sucedió que habiéndose internado un día, en cierto bosque muy poblado y antiguo, llegaron á un lugar donde á la entrada de una caverna, que fuera á los paganos espantable, los árboles se retiraban y aun parecía que se inclinaban ante ella rindiéndole veneración. Reinaba en este sitio,

tan armónico concierto de sonidos, que ni aun la voz humana fué bastante á romperle ni turbarle, antes al contrario, muchos cientos de pintadas y variadísimas aves que allí tenían su morada, unieron sus gorjeos y cantos al acento armonioso de la castellana lengua y sin temor ni inquietud alguna, vinieron á posarse junto á los filósofos, para alabar con ellos á Dios. Y lo mismo hacían otros muchos animales de diversas y sonoras voces y aun millares de insectillos que conserva el Creador entre las hierbas del campo, los cuales con su junto rumor alzaban al cielo una oración gratísima de vida.

Por si esto fuera poco, animóles la cadencia del viento y aun una pura y sonorísima fuente que á todo ser brindaba consuelo, unió su perenne rumor á tanta belleza y de estos rumores de las fuentes no osaré yo decir sino que son gratísimos, pero no más, porque cada cual los oye á su placer y los interpreta á su modo y tienen la virtud de hablar á la vez con muchos y decirles las cosas más diversas.

Llegados que fueron á este remedo del paraíso estuvieron los cuatro sabios por largo rato como en éxtasis y contemplación; pero luego se repusieron y animaron, porque en el hanzo de aquel lugar la inacción no cabía, aunque el éxtasis no lo sea, por-

que no es sino trabajo del alma; más ellos, como mortales, quisieron que en un momento de la vida del mundo, se juntasen á tantas maravillas sus voces precederas, y sentándose á la entrada de la caverna, dieron en hablar de poesía, porque así acomodaba en aquella ocasión.

Y los caballeros que hablaron se nombrarán para los efectos del diálogo, Lactancio y Laercio y Menandro y Sinfrosio, y hablaron así:

### LACTANCIO

Mirad y comprended, amigo Laercio, cuan errado andabais ayer al afirmar, sostener y aún probar, á vuestra manera, que para el fino deleitamiento y acabada comprensión de la poesía hacen falta otras ciencias ni más artes que aquellas dulcísimas conque dotó el Creador á las sensibles almas. Y decidme, si cualquier ánima de estas condiciones que aquí se hallase, no sentiría y aun expresara lo que nosotros sentimos y pensamos.

### LAERCIO

Ni por un momento lo dudo y á pecado grave de funesta pretensión tuviera tal pensamiento; mas lo que sí afirmo y sostengo es que si ese alma que decís fuese lega,

no sentiría con vigor la emoción poética y menos aún acertaría á expresarla.

### SINFROSIO

Pues yo digo que cualquier nacido puede sentir tal emoción y una vez sentida él la expresará aunque sea mudo y tenga que valerse de piedras, porque chocando una con otra creará una ruda música que le haga comprendido de todos.

### MENANDRO

Eso es mucha verdad; pero aquí hablamos de la pura y perfecta poesía, no de la popular que aun siendo buena no es la más alta ni la mejor y vuestra música de piedras no creo que os la figuréis digna de regias cámaras.

### LACTANCIO

Decidnos, pues, sabio Laercio, ya que os declarais partidario de esa poesía de alquimia, ¿tenéis por hombre docto al padre Homero?

### LAERCIO

Si existió le tengo por doctísimo; pues aparte del estudio que supone la perfección de su lenguaje era peritísimo en el arte de la guerra, cuyas añagazas y mistertos des-

cribía muy bien, no menos que la variedad de las armas; y también sabía toda la fábula de sus dioses, no ignorando tampoco la geografía de su tiempo aunque fantasease sobre ella.

### SINFROSIO

¿Y qué diréis de su conocimiento del corazón de los hombres?

### LAERCIO

Hablar de eso fuera repetir cosas de otros.

### LACTANCIO

En fin, que vos lo mismo que Menandro creéis que existen dos géneros ó modos de poesía, uno sólo asequible á los doctos y perfectos y otro para consuelo de gentes iletradas y de espíritus rudos.

### MENANDRO

¿Pues habrá quién crea lo contrario?

### LAERCIO

Eso creo Lactancio y que estoy en lo cierto también.

### SINFROSIO

Luego que diréis con ese criterio de los libros al uso de estos tiempos en que tan-

to se siente, se estudia poco y se escribe mucho,

### LAERCIO

Digo que son, los más disparatados, muchos perversos, bastantes malos y que los buenos que se hallan, y son los que menos suenan, han de guardarse como objetos curiosos y venerarse como reliquias de valía.

### LACTANCIO

¿Y qué graves causas pueden engendrar tan hondos males? Porque en verdad os digo que yo los siento y me demando si nuestra generación nació huera y todo el fósforo de ella le acapararon unos pocos,

### MENANDRO

¿Pues quién podría acaparar las obras de Dios?

### LAERCIO

Así es la verdad, que Su Espíritu vive en las cosas que creó y estas son las de antaño y aún mejoradas; pero las gentes de pluma atentas, no al sabor de la verdad sino al medro particularísimo, comienzan á escribir antes de haber estudiado y como tienen formada cuadrilla de periodistas, saben muy bien que les aplaudirán lo que escriban,

sea ello lo que fuere. Por eso con cuatro frases de francés, maldito idioma dulzón, que está corrompiendo, por obra de tontos, la grandiosidad del nuestro, creense ya doctísimos los tales necios y el veneno de su ignerancia y mal gusto corre por las venas del pueblo y le corrompe y aparta de las buenas tradiciones castellanas.

### SINFROSIO

Según eso no debe darse, á lo que decís, el nombre de literato sino á aquellos doctos varones que conocen las lenguas madres y aun otras de las del día y á más de esto leyeron con cuidadoso esmero los consagrados autores y se nutrieron de su savia fecundísima.

### LAERCIO

Yo creo que no ha de darse el nombre de literato sino al que tiene buen gusto, alma sensible, levantados sentimientos y un conocimiento tal del idioma en que se expresa que sabiendo la misión y significado que cada palabra tiene, la coloque en su lugar y no le haga usurpar el de otra. De esto nace la precisión, que engendra la claridad y ambas forman la elegancia del estilo. No os negaré que para eso son las lenguas madres muy útiles y que el conocimiento de

varios idiomas ilustra el del nuestro propio, porque al estudiarlos y comparar las voces, precisamos mucho el valor de nuestras palabras.

### LACTANCIO

¿Y han de emplearse por tanto muchas voces?

### LAERCIO

Así ha de ser si se emplean muchas ideas. Porque ya dije que cada palabra responde á su idea propia y aunque haya muchas parecidas, marcan diferentes grados ó escalas de una sensación y se han de usar la pertinente y no otra.

### MENANDRO

Tan es así que la pobreza de léxico es penuria intelectual, ausencia de saber, falta de estudio y denuncia de incapacidad.

### SINFROSIO

Ha de tenerse con todo gran precaución de no caer en el defecto contrario; porque hay escritorcillo que emplea mil vocablos sin ton ni son y causa gran daño.

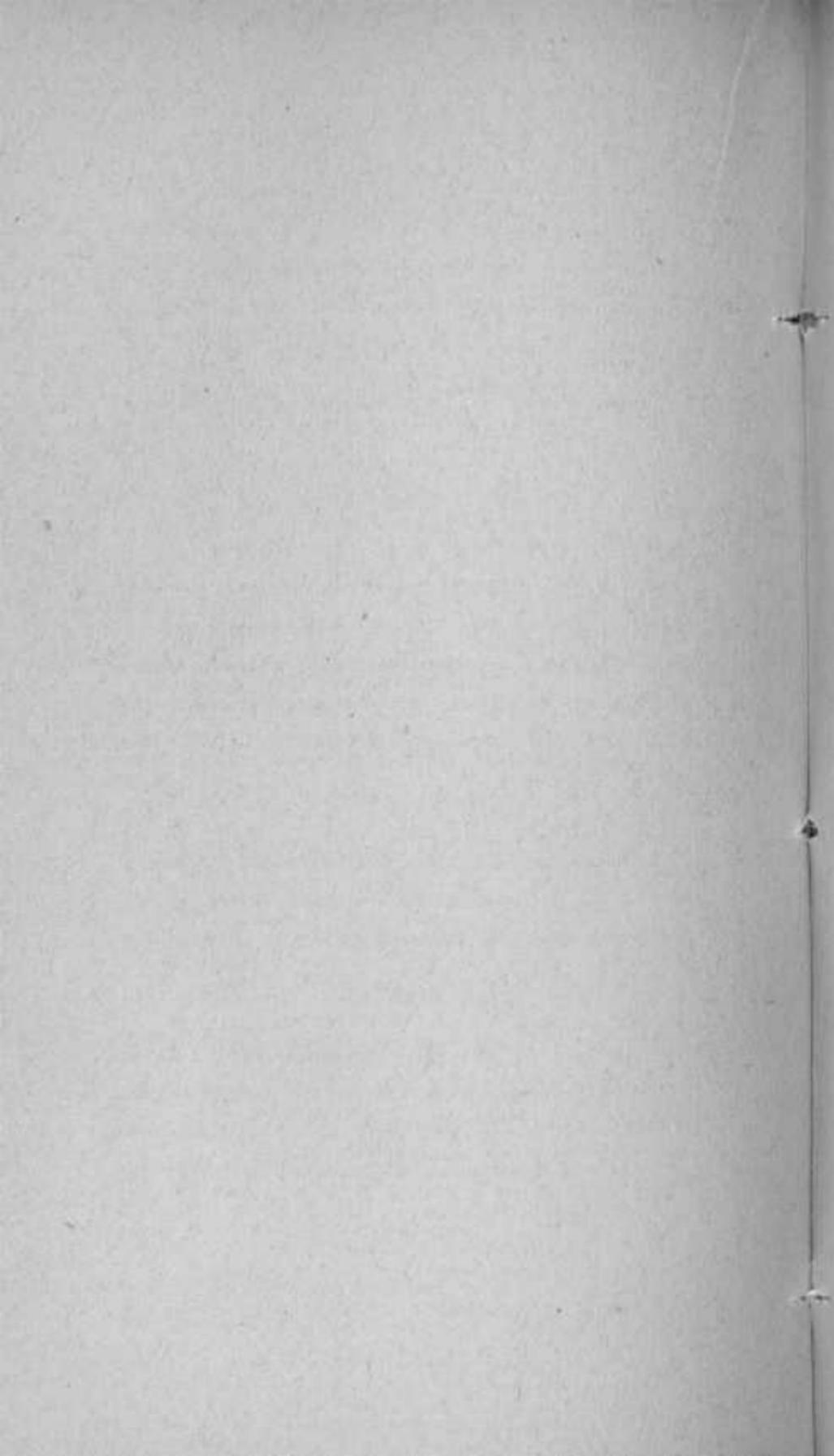
### LAERCIO

Tan grande que de ahí viene la gangrena del idioma y de estos tales dije yo que le

envenenaban. Pero ese mal el buen gusto le remedia porque los vocablos han de seguir el tono de lo que se escribe y tanta poesía encierra la oda de Horacio á la vida campestre y retirada como el himno de Prudencio al durable martirio de la virgen Engrates. Aparte de que el que emplea mal los vocablos desconoce el idioma y no debe escribir.

Aquí termina el diálogo de la poesía ó al menos no sabemos que exista más de él, lo que no debe acongojarnos, pues aunque pudo ser más largo, bien hubiera podido ser más corto. A todos pareció muy discreto y causó mucho placer.

---



ESTE LIBRO SE ACABÓ DE  

---

IMPRIMIR EN SANTANDER  

---

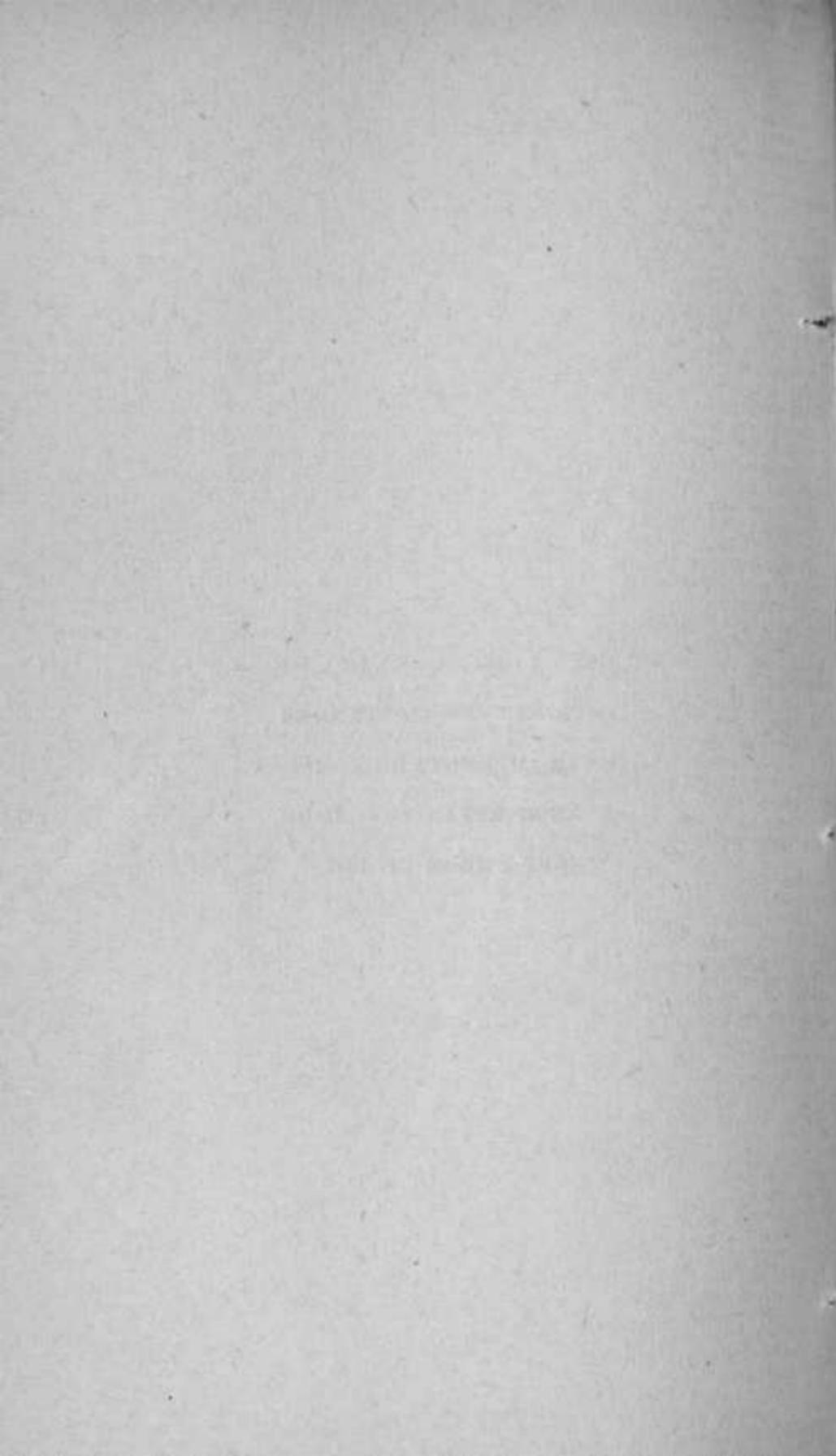
EN LA IMPRENTA DE RAMÓN  

---

G. ARCE ESTANDO Á 27 DE  

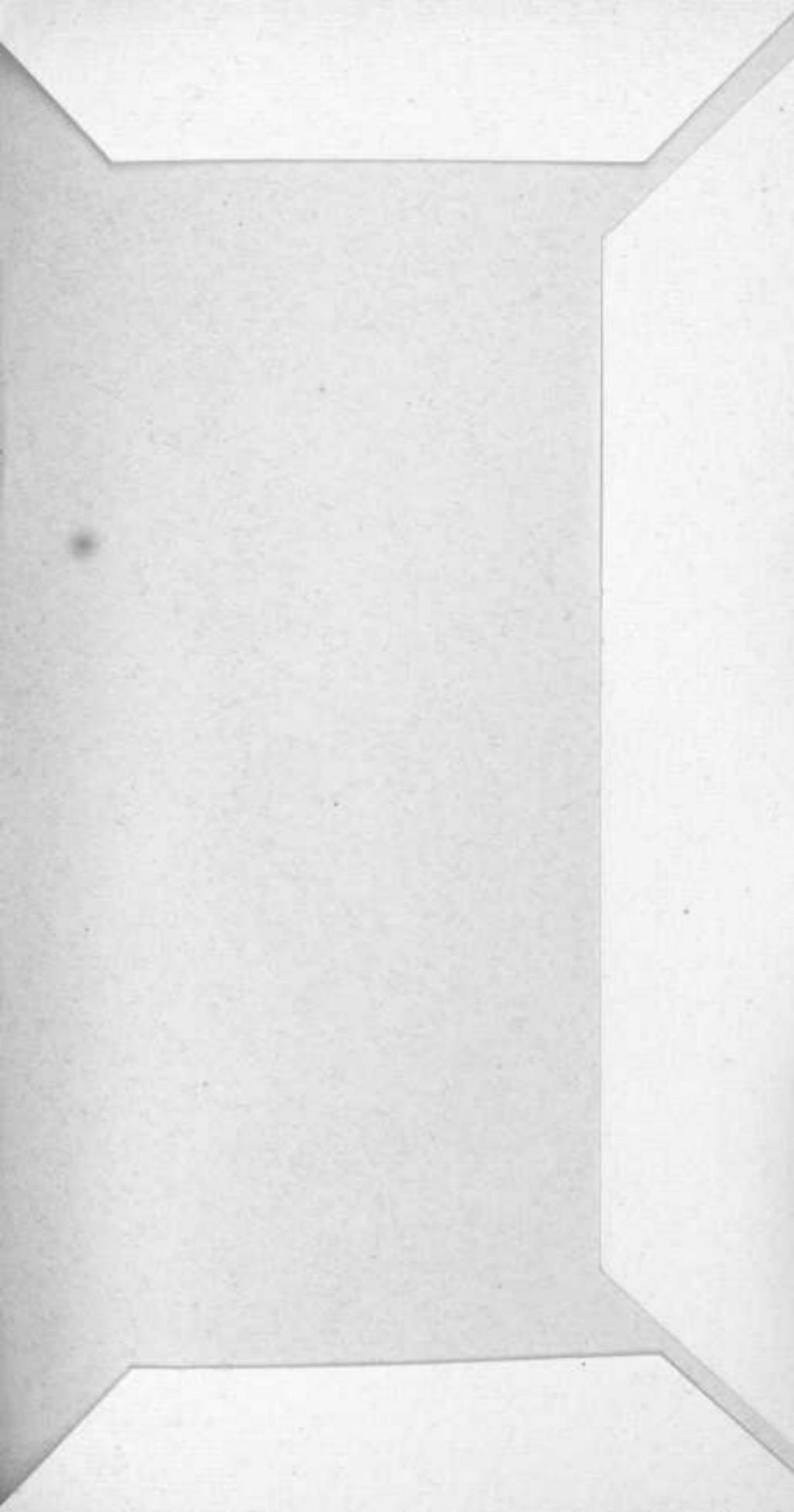
---

SEPTIEMBRE DE 1913.









### OBRAS DEL AUTOR

*Pecados Mortales*, (agotada).

*Las Murmuradoras*, comedia en dos actos, precedidos de un prólogo, estrenada con éxito extraordinario por la Compañía de Francisco Alfonso Villagómez.

*El poder de un desengaño*, comedia en un acto estrenada con gran éxito por Francisco Alonso Villagómez.

### EN PREPARACIÓN

*Erasmus y el Erasmismo en España.*



PRD 10

PESETAS

